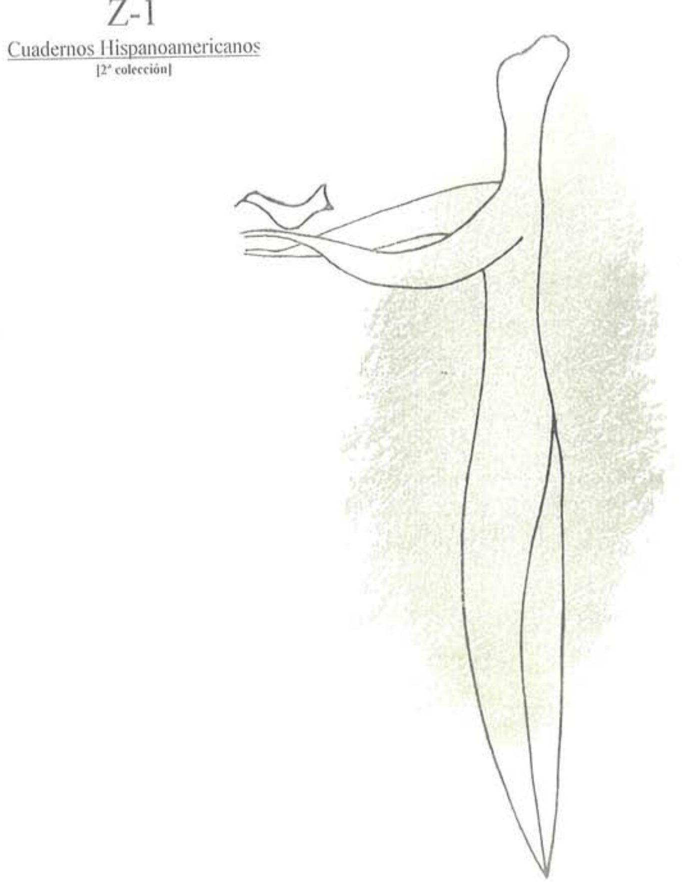
CUADERNOS

HISPANOAMERICANOS



MADRID 44
AGOSTO, 1953

CUADERNOS HISPANO-AMERICANOS

•

LA REVISTA
de
AMERICA
para
EUROPA

•

LA REVISTA
de
EUROPA
para
AMERICA

I N D I C E

Páginas

BRÚJULA DEL PENSAMIENTO

DÍEZ DEL CORRAL (Antonio): *Los puntos cardinales de Europa* 135
SOUVIRÓN (José María): *Descubrimiento* 150
ROA (Armando): *Santiago Ramón y Cajal* 155
MARTÍNEZ RIVAS (Carlos): *Retrato de dama con joven donante* 169
HORIA (Vintila): *La interpretación cíclica de la historia* 177
VALENTE (José Angel): *El condenado* 191

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

El latido de Europa:

Más sobre el lenguaje de las abejas (199).—Autenticidad del cine italiano (200).—Hans Reichenbach (203).—Ibsen y el hastío romántico (205).—La democracia cristiana o la invitación a la soledad (207).—La semana rumana 209

"Nuestra América":

La obra de Andrés Bello (211).—Puerto Rico, un pueblo "manos a la obra" (213).—José de la Cuadra (214).—Lo que la agricultura hispanoamericana debe a la Iglesia (216).—Una biblioteca de autores colombianos (218).—Conclusiones del Congreso de vida rural de Manizales (221).—La pintura escolar argentina, vista a través de una exposición (221).—Ciento veinte millones de campesinos pobres 223

España en su tiempo:

Santayana, náufrago en el mundo (227).—La exposición de F. Mateos (229).—La sociedad española de cibernética (233).—Primera Exposición Internacional de Artesanía (235).—El cuarteto Vegh (236).—Jornada de lengua y literatura hispanoamericanas en Salamanca 237

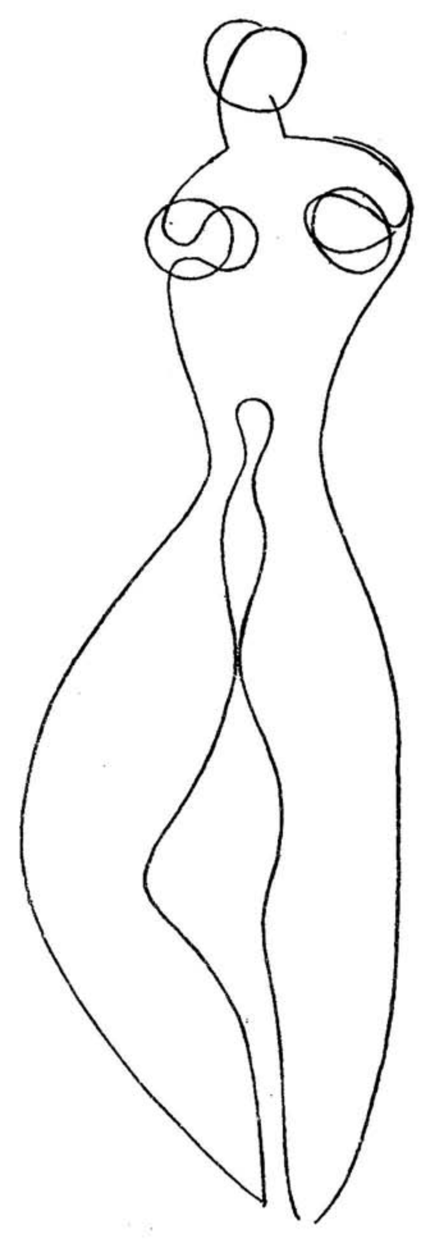
Bibliografía y notas:

El tema de Occidente (242).—Poesía española. Ensayos de métodos y límites estilísticos (247).—La novela mejicana de Agustín Yáñez (249).—Una traducción en verso de la *Odisea* (255).—Luis Gallegos Valdés, crítico de literatura (259).—Picasso: retratos y y recuerdos (260).—*Carta de ayer,* segunda novela de Luis Romero (261).—La crisis de Europa 263

Asteriscos:

La máquina de trovar electrónica (265).—Paz en el paralelo 38 (267). Homenaje a Vicente Van Gogh (268).—Cine en relieve (270).—Sobre el porvenir de las ciencias (270).—Poesía y Geografía 274

Páginas de color: La nación argentina en sus orígenes étnicos y en su potencial humano, por *Liubimiro Males.*—Portada y dibujos del escultor español *Carlos Ferreira;* dibujo del poema, del dibujante español *Calderón.*



BRUJULA DEL PENSAMIENTO

LOS PUNTOS CARDINALES DE EUROPA

POR

LUIS DIEZ DEL CORRAL

Gracias a la estructura radial del continente, el hombre europeo ha podido compendiar la experiencia de paralelos y meridianos bastante alejados entre sí, evitando por lo menos, hasta fecha reciente, los riesgos de la masificación. Entre las simplicidades geográficas del más aislador de los océanos y de la más ingente masa terrestre, entre la aridez del mayor desierto y la aridez glacial, el cuerpo bien membrado de Europa se alarga y distiende hasta el máximo. Por las costas escandinavas, la agricultura y la vida urbana alcanzan altitudes inigualadas en otros meridianos; el Mediterráneo, de otra parte, refrescará y hará habitable lo que sin sus aguas sería puro desierto (1).

Otras grandes unidades políticogeográficas terminan de golpe; Europa, no: se adelgaza y desfleca en sus extremos, como para que se pueda examinar mejor el hilo raro de su trama y de su urdimbre y para establecer zonas de transición, líneas de sutura, puentes más o menos largos con otros continentes, con el fin de cumplir su función de centralidad planetaria.

Atengámonos de momento al tejido interno de Europa. En primer lugar, hay que destacar que se trata de una textura bien fabricada, con igual cuidado de los hilos de su trama y de su urdimbre, que se entremezclan tensa, correctamente. Con decisión se orienta por los puntos cardinales la figura estrellada de Europa: la racionalidad de Europa se evidencia a partir de su misma estructura geográfica tendida sobre geométricas coordenadas. El eje vertical desciende desde el cabo Norte hasta Sicilia siguiendo litorales peninsulares, y cuando tiene que atravesar el continente, se apoya en el rectilíneo curso del Rin. En el otro sentido hay una espina dorsal bien acusada, que empieza en Galicia y, siguiendo los Alpes,

(1) La patria de San Agustín era en la antigüedad un trozo límite de Occidente, extremada conjunción de caracteres físicos, que parece reflejarse en la que sus grandes figuras históricas muestran combinando la amplia comprensión intelectual con el ardor cordial: esa sabiduría africana, que no pocos hispanos contrapondrán, con Unamuno, a una cultura europea demasiado nórdica por la temprana privación que el Islam le impusiera del litoral Sur del Mediterráneo.

llega hasta el Cáucaso, y a un lado y otro se ve reduplicada por el eje del Mediterráneo y la línea que describen las costas meridionales del Báltico y el mar del Norte.

Paralelos y meridianos recorren abstractos todas las tierras; sólo Europa los ha vivido íntimamente, convirtiéndolos en propio tejido fisiológico. No todas las unidades políticogeográficas cuentan por igual con las dimensiones de longitud y latitud que formalmente les corresponden: algunas de ellas se encuentran construídas fundamentalmente sobre una dimensión; otras, en el rigor de los términos, no tienen o no han tenido, antes de la influencia ejercida por Europa, ninguna. La India, por ejemplo, no está hecha de un tejido continuo, sino de retazos minúsculos; "es más bien una reunión de fragmentos—escribirá Sumner Maine—que una antigua sociedad completa en sí misma". "La aldea hindú—añadirá Vidal de la Blache (2)—*est organisée pour se suffire comme si rien n'existait autour de lui. Constitué en unité agricole, avec son personnel attitré de fonctionnaires et d'artisans, il forme un microcosme.*" En la India, los horizontes son o minúsculos (aldeanos) o inmensos (metafísicos); pero siempre, por inmediatos o por lejanísimos, ofrécense como circunferencias mal dibujadas, sin clara distinción de sus cuadrantes. Y no muy distinta era, en definitiva, a pesar de su enorme tensión, la estructura del mundo helénico, constelación de mónadas aisladas, sustantivas, desorientadas y explosivas.

El Islam se encuentra constituído, sobre todo, a base de paralelos. Viene a ser como una estrecha y larguísima pieza textil, que comienza en el Atlántico para prolongarse casi hasta el Pacífico. En dirección Este-Oeste, el desarrollo del mundo musulmán se realizó con rapidez asombrosa, y ha presentado siempre una imperturbable solidez; en cambio, el camino de los meridianos se le presentará sumamente dificultoso, a pesar de los éxitos iniciales. El mundo y el hombre musulmanes disponen de una rosa de los vientos mutilada; Bizancio, el Occidente, el Indostán, fueron quitándoles los elementos que apuntaban hacia el Norte o el Sur; y todas las tardes, con sus rituales reverencias, los fieles secuaces del Profeta, insistentemente, describen y proclaman la unilateralidad de su orientación. El Islam será por ella, siempre, una gran unidad religiosa; pero no formará una orgánica constelación política.

En cambio, el Occidente americano, prolongación perfeccionada en muchos aspectos del europeo, pondrá extremadamente en prác-

---

(2) Vidal de la Blache: *Principes de Géographie humaine.* París, 1941, página 39.

tica—sobre todo en su sector nórdico—el sistema de las coordenadas. Los Estados Unidos han llegado a producir un tipo de vida amplia, racional y estrictamente ordenada, que ya se delata en su estampa cartográfica por las fronteras exteriores e internas, que corren al hilo de los meridianos y paralelos y son el precipitado de una historia que, desde sus comienzos, ha descrito una serie de movimientos y avances sobre el mapa con rigor geométrico, como de campo de instrucción militar. Primero, formación en línea de las colonias atlánticas y, una vez consolidada e independiente, despliegue de la misma hacia el Far West en una serie de etapas predispuestas por la articulación vertical de la orografía e hidrografía del país, hasta alcanzar el litoral limpiamente cortado del Pacífico. No bien incorporado todo el territorio en proyección Este-Oeste, entrará en juego violentamente la tensión de los otros dos puntos cardinales Norte y Sur, que darán nombre a los dos bandos contendientes de la guerra de Secesión: secesión amenazadora del Sur de la gran rosa de los vientos americana, que logrará evitarla, desarrollando de manera prodigiosa y a la par, apretadamente, todos sus grandes pétalos.

Pero, en definitiva, se trata de un producto como de invernadero, sobre una tierra al mismo tiempo virgen y ricamente abonada y trabajada por gentes que conocían de antemano su oficio y que llevaban consigo el sentido dramático de los horizontes europeos, aunque allí lo desarrollaran de una manera neutra, fríamente racional, sin antagonismos políticos internos ni externos, protegidos como estaban por los océanos en la gran ínsula continental de las inclemencias internacionales. Es muy probable que le haya llegado su hora a esta especie de sentido espacial amplísimo, articulado y compacto a la vez, frente a la inconexión radial y al antagonismo propios del sentido espacial europeo. Pero es preciso reconocer que esa rosa de los vientos europea—para seguir fieles a nuestra imagen—, exigua ahora, deshojada en buena parte, endebles y demasiado abiertos los elementos restantes, cuenta con el indudable mérito de haber sido modelo ejemplar y posibilitante, por los gérmenes que esparciera, de todos los ejemplares más grandes y mejor organizados acaso, más coherentes, por lo menos, que aparezcan en la superficie del planeta.

La brújula había sido inventada en el Extremo Oriente, sin encontrar aplicación en su espacio distenso; mas en cuanto cayó en manos de los europeos, y en particular de los hispanos, que se habían pasado todo el medioevo midiendo en muy concreto esfuerzo los difíciles meridianos peninsulares, se transformó por adecua-

ción con sus apetencias íntimas en mágico instrumento, en una especie de devanadera insaciable de paralelos y meridianos.

* * *

La vida en Europa siempre se ha encontrado organizada, tanto en su conjunto como dentro de sus partes integrantes, llámense naciones, regiones o comarcas, siguiendo las líneas de las geométricas (3), y no de una manera estática, sino dinámica y muy efectiva. Incluso el paisaje europeo sólo puede ser enteramente comprendido en función de otros paisajes. Existe, cierto es, una forma vegetativa, enraizada de pertenecer a una comarca o de llevar en la retina y en la sangre su paisaje: es una forma elemental, primaria, existente por doquiera. Lo importante en el continente europeo es que sus paisajes no están cerrados sobre sí mismos o perdidos en un cosmos etéreo como los paisajes chinos, sino que se hallan concretamente referidos los unos a los otros, que se contraponen, contrastan y complementan, revelando de esta suerte cada uno más profundamente su propio sentido.

Sabido es que el paisaje y la pintura mediterránea nos los han revalorizado los hombres del Norte. Los pinos, las palmeras y los olivos mediterráneos eran gozados como paisaje, ciertamente, muchos siglos antes que Winckelmann y Goethe descendieran por el Brennero y Byron y Shelley arribaran a las costas ibéricas o italianas; pero después de haber sido vistos por sus ojos nórdicos, nosotros, hombres del Sur, los vemos, indefectiblemente, de otra forma. Una palmera mediterránea es palmera de otro modo, más pleno e ideal al mismo tiempo, desde el momento que hemos hecho nuestra la tensión imaginativa y sentimental que Heine pusiera en su conocido poema entre ella y el abeto nórdico. Su ser se encuentra más definido: ha hecho patente como patrimonio propio toda la concreción y brillantez que le faltan al brumoso hermano del Norte.

Los humanistas románticos alemanes, acompañados y seguidos

(3) Las naciones europeas cuentan con su Sur y su Norte internos netamente acusados y contrapuestos, los cuales desempeñan funciones similares en los distintos países. Por el mismo clima hay un no sé qué en Burdeos que lo hace más meridional que nuestro Norte cántabro, y hasta al bajar a Scania desde Estocolmo se recibe la impresión de descender a una cierta Andalucía escandinava. Dentro de la psicología de los pueblos, de su estructura social y económica, las regiones meridionales tienen reservadas ciertas funciones que les son comunes. El bávaro es, a la manera alemana, más alegre y menos industrioso que el milanés, a la manera italiana, y podría reputársele por siciliano teutón; el vasco francés es más jocundo, menos trabajador, más *bon vivant* que su congénere hispano, y su paisaje dispone, desde luego, de muchas más chimeneas fabriles.

de filósofos, de historiadores y de artistas de todas clases, nos han transmitido su devoción por el paisaje meridional, y, a pesar de su escueta presencia, lo vemos también nosotros un poco como desde lejos, con esa perfección vagamente ideal e íntima que proyecta la nostalgia transalpina.

Desgraciadamente, el paisaje del Norte europeo, el paisaje escandinavo o escocés, no ha sido interpretado con similar interés por hombres del Sur, y en buena parte a ello se debe que, en definitiva, se encuentre menos desentrañado estéticamente que el paisaje meridional. La gente del Sur ha sentido, sin duda, admiración por el Norte: sus minorías aristocráticas han proclamado hasta el siglo XVIII, e incluso después, con orgullo su progenie nórdica; pero se trataba de un entronque racial más que espiritual, de gotas de sangre o actitudes y sentimientos heredados con la sangre, y la peregrinación al solar nativo resultaba innecesaria. Todavía el inquieto Rimbaud sentirá correr en sus venas sangre escandinava y la llamada del paisaje nórdico: "*Je suis*—escribirá en *Une saison en enfer*—*de race lointaine: mes pères étaient Scandinaves: ils se perçaient les côtes, buvaient leur sang...*" "*Je voyageais un peu. J'allais au Nord... Je voulus reconnaître là toutes mes odeurs féodales, bergères, sources sauvages*" (4). Pero tratábase de viajes fantásticos, y cuando el poeta, desarraigado, emprenda el vuelo, se dirigirá hacia el Sur y el Oriente y no hacia el Septentrión. Lo mismo le sucederá a otro genial contemporáneo, Gauguin, igualmente atraído por el alma del paisaje nórdico y dotado de facultades extraordinarias para expresar pictóricamente sus delicadezas e intimidades.

Resulta más difícil en Europa caminar hacia el Norte que hacia el Sur, como si su suelo estuviera, efectivamente, erguido según se le representa en los mapas, y para ir hacia el Norte hubiera que trepar, mientras que para marchar hacia el Mediodía bastara con entregarse a la ley de una gravitación históricogeográfica. Compréndese, en verdad, tal esfuerzo, ya que se trata de pasar de lo concreto a lo vago e impreciso, de lo objetivable y evidente, que descarga la conciencia y la libera, a una vivencia del mundo, que consiste en envolverlo de subjetividad, en cargar la conciencia con el peso de cuanto hay. Es éste un proceso cuesta arriba, que ha seguido con cierta espontaneidad el mundo moderno en el orden del pensamiento; pero que se resiste a secundar la mirada del hombre meridional, aunque se traduzca en un decisivo enrique-

(4) *Une saison en enfer, Délires, Brouillons de une saison en enfer, Confins du monde.*

cimiento, tanto para ella como para la posible interpretación de su paisaje nativo y del nórdico como contrapuestos y complementarios.

Porque el estilo peculiar del paisaje del Norte se pone tanto más de relieve cuanto más educada en el Sur se encuentre la mirada que lo contempla. Sólo el que llega a un *fiord* noruego cargado con honrados prejuicios clasicistas, podrá asombrarse de verdad ante el fantástico espectáculo que la Naturaleza le ofrece.

* * *

El primer asombro consiste en el tamaño y el gran montaje del espectáculo. También en el Mediterráneo se adentran unos en otros y se combinan mar y tierra, golfos y promontorios, cimas y llanuras acuáticas; pero en el litoral atlántico de Escandinavia, la mezcla de los elementos llega a un estado de verdadero frenesí, y en grande, en proporciones inigualadas, según parece, en ningún rincón del planeta. En el Mediterráneo, tan extremado repliegue geográfico, tanta subdivisión y recorte del litoral, parecen como obedecer al propósito de ponerlo a escala humana; en el Norte, la Naturaleza no ha tenido en cuenta al hombre más que como espectador o, mejor, como soñador, y en este caso, la escala humana es inmensa. Es decir, inmensa o mínima, burladora de la realidad exterior o burlada por ella, por su carácter inaprehensible. La solidez y evidencia geológicas del grandioso paisaje noruego parecen manifestarse justamente para estremecerse y esfumarse.

Si en el Mediterráneo el elemento dominante es el terrestre, y los promontorios penetran en el agua con sus netas aristas de garra y sus cimas rocosas reverberantes como pequeños olimpos al sol, contrastando dominadoramente su seca altivez con la superficie del mar, negada incluso con frecuencia por el fondo transparente, en el Norte europeo el elemento dominador es por completo el más multiforme de la Naturaleza: el agua, en todos sus contradictorios estados físicos. Son las lenguas aceradas de los *fiords* las que van cortando las montañas, abriendo los desfiladeros, horadando las entrañas a la gruesa corteza orográfica. Primer relieve del continente europeo, la cordillera escandinava ha sido varias veces deshecha y triturada por las aguas; y lo que todavía le queda de gallardía le viene de abajo, de los socavados acuáticos. Encima de los *fiords*, sobre la meseta, las cimas, los gigantes del Jostedalsbrae ofrecen el más triste espectáculo alpino, sin fuerzas apenas para levantar sobre sus espaldas el sólido lastre acuático de los glacia-

res (5), envueltos en las nubes, brumas y nieblas que, sin cesar, envía el océano.

Pues el confuso señorío acuático se ejerce también en la atmósfera. Frente al reino mediterráneo de la luz, el escandinavo es el de la penumbra, una penumbra amplia, suave y penetrante. Los colores, en verdad, no existen; todos están profundamente impregnados de gris y ofrecen las tonalidades más tenues. Para ver un color violento hay que mirar a los barcos y a los prados cultivados: son obra de los hombres. El gris es el sustentador del color, el fondo del que emerge y al que revierte, el común denominador de todos los colores; pero, en compensación, éstos se encuentran siempre sutilmente presentes, y jamás se ve algo por completo gris, como ocurre en paisajes más coloreados.

La caída de la noche es el más delicioso espectáculo: los ojos no se cansan de ver cómo cambian los tonos grises matizados por los colores, imperceptibles casi, de un arco iris lunar; y cuando se considera ya el paisaje apagado y el agua plomiza dormida, transparecen por debajo de la quieta superficie tonalidades malvas, turquesas, esmeraldas, sin densidad, como desleídas y sólo insinuadas, y se tiene la impresión de que la retina multiplicara su sensibilidad en recompensa a la pérdida de claridades afirmativas y fatigosas, y que fuera a otorgarnos la posibilidad de ver la noche cual día más sutil, como en esos cuadros de Rembrandt, desde cuyas penumbras brotan con levísimo toque de color las manos y las frentes más espirituales.

Por el contrario, a ninguna hora del día es posible reducir el espectáculo a formas específicas, definidas. Ni las rocas son compactas, ni las montañas ofrecen consistencia, ni la superficie del agua es algo tangible, ni los perfiles de las cumbres terminan, ni las nubes presentan formas a las miradas. Los colores son indefinibles; la hora, también, y las distancias no se dejan calcular. No hay propiamente elementos en esta Naturaleza ni formas consistentes, sino una fantasmagórica sucesión de apariencias: nada más lejos de las simples interpretaciones de la Naturaleza que hi-

(5) Los gigantes de la mitología mediterránea tienen que ver con el fuego, con el volcán, con el rayo; aspiran siempre a escalar; los nórdicos son pacíficos, y de las tres clases en que se dividen, dos pertenecen a la esfera acuática en sus distintas formas: los Hrinthursar, Rimegiants del hielo y la niebla; y los gigantes del mar: Aegir, personificación del mar en calma, y Hymir, de Hymiskvitha, con su barba congelada, gigante del mar glacial. Significativo resulta también que el agua tuviera un sentido no de purificación, sino de vigorización en los ritos de la vieja mitología escandinava: el recién nacido ha de ser asperjiado con agua para alcanzar el pleno *status* familiar, y, al mismo tiempo, para preservarle, según se cuenta en el *Havamal*, de caer en la batalla.

cieron los primeros filósofos griegos. En el fondo, tampoco hay cambio, pues éste supone un salto de estado a estado que allí no existe: no hay algo o alguien que cambia, sino mera transmutabilidad, una pura movilidad aparencial.

Es algo que está más cerca del ensueño que de la realidad externa, que causa desazón al ojo racionalizado, amante de formas y cosas concretas; pero ¡qué experiencia tan deliciosa para la mirada vagarosa, qué libertad e incitación sin límites para la fantasía y para la expansión desbordada, musical, de la intimidad!

* * *

La historia del Occidente ha sido un constante barajar de Nortes y Sures con más o menos pureza, rapidez o conciencia. ¡En cuantas retinas de occidentales no se han superpuesto el paisaje de la penumbra y el paisaje de la luz, el escenario natural de apariencias e intimidades y el otro escenario de las realidades concretas y táctiles! Los griegos pudieron elaborar el mundo prodigioso de sus mitos, de sus polis, de sus imágenes poéticas, de sus estatuas y de sus ideas porque partieron de un asombro radical, porque conservaron siempre una retina ingenua de nórdicos recién llegados, que oleadas sucesivas de inmigrantes se encargaron de revivir. En todo buen griego había ya algo del viajero Shelley o del viajero Goethe. Aunque la *Odisea* no fuese más que un compendio de cuentos y narraciones cretenses y fenicias, nunca habrían llegado a escribirla estos pueblos, porque, dejando aparte la cuestión del talento artístico, les faltaba la actitud distante, sorprendida y entusiástica ante la Naturaleza que los griegos advenedizos aportaron. Toda la mitología griega es la destilación abundante de esa actitud, nunca cansada de mirar y contemplar a su alrededor, de perfilar, esculpir y aposentar sus vagos mitos nórdicos.

Asombro aún mayor y más rápido acaso el de aquellos normandos oriundos del extremo septentrional europeo, que tras breve descanso en Francia se encontraron dueños, de buenas a primeras, de la hermosa Trinacria, enriquecida por la naturaleza mediterránea con abundancia desusada, y que a la herencia de la antigüedad clásica unía la del Oriente, transmitida por los árabes: "Paraje maravilloso hacia el que se dirigen—como Goethe, anheloso de conocerla, escribiera (6)—tantos radios de la historia universal." También se había prendado de la isla el gran Federico II, por cu-

---

(6) *Italieniche Reise*, I teil, brief 14 1/2, marzo 1787.

yos afanes fabulosos y solícitos sobre *humus* tan rico y abonado históricamente se levantaría—arbusto, no árbol todavía, pero con la nitidez y el vigor de un adelfo siciliano—la primera organización política moderna, en que se funden la plasticidad, la concreción racional del Sur con el empeño de la voluntad, con los anhelos ilimitados del alma fáustica.

Y por lo que se refiere al tránsito en la otra dirección, con todo el esfuerzo exigido, ¡cuántas sensaciones de suavidad, de frescura; cuántas impresiones de amplitud de horizontes y de recogimiento y sobrecogimiento al mismo tiempo no han experimentado los viajeros meridionales en ruta hacia el Norte! Tanto los guerreros, desde el gran César, padre del Occidente—admirado *incredibili lenitate* de las aguas del Saona o por el *vastissimo atque apertissimo Oceano* (7)—, hasta los andaluces de los Tercios españoles, últimos soldados meridionales que treparon por el mapa de Europa; como los comerciantes italianos que se instalaban en Flandes y adquirían esa mirada desvaída y tierna que les pintaba Van Eyck; o los hombres de pluma, como Luis Vives, que cambiaría Valencia por Brujas para escribir con una tibieza y una modulación humanas que nunca habría alcanzado en su tierra.

Junto al humanismo mediterráneo existe también el humanismo nórdico, más penumbroso e intimista, que en la figura de un Erasmo, de un Rembrandt o un Kierkegaard ejercerá un influjo decisivo sobre los hombres del Sur, y muy especialmente sobre los adustos y personalísimos iberos. Si los flamencos llevaban de su viaje a Italia el anhelo de la perfección plástica y del clasicismo, era a cambio de haber cedido la refulgencia de sus óleos y de la intimidad callada de sus retratos; si el francés del Norte recibía el impacto fecundo de los caracteres literarios y artísticos hispanos, era en pago de la consecuencia estilística y de la elegancia ideal que él enseñara. Si ellos, los nórdicos, gozan con la rotundidez y el asentamiento de nuestro paisaje, de nuestro arte y de nuestras formas de vida, y con la aureola de nuestra antigüedad, nosotros, meridionales, gozamos, a veces amargamente, con sus desabrimientos y sus creadoras angustias, que nos hacen beber a grandes tragos en sus poemas líricos y en sus sinfonías y también en su ciencia y en su técnica fáusticas.

A veces, el intercambio resulta estremecedor. La intimidad penumbrosa del Norte carga o acentúa la distensión de insospechados resortes de la psicología meridional, hasta llegar a producir

---

(7) *Bellum gallicum*, L. I, XII, 1, y L. III, IX, 7.

su misma rotura. "En la primavera nórdica—escribirá, asombrado, desde Finlandia Ganivet—, todo crece como por arte de encantamiento: las hojas, las flores y los frutos se atropellan por salir en busca del sol, como si temiesen no llegar a tiempo; y en medio de esta orgía, de este despliegue de fuerzas acumuladas durante largos meses de letargo, siguen flotando en el aire la serenidad, la calma, el silencio de los días invernales." Pero, a renglón seguido, recordará el escritor granadino haber leído un libro de extremada delicadeza: *Le trésor des humbles*, de Maeterlinck, donde se describe en "frases sutiles, casi vaporosas", el alma de los niños predestinados a morir en los primeros años de la vida; y el joven y melancólico Ganivet continuará, como mirándose en el espejo de su personal destino: "Finlandia es como esos niños; el espíritu del país es siempre triste: en invierno vaga solitario sobre planicies blancas, inacabables, sin hallar donde acogerse; en verano lleva consigo el presentimiento de su próximo fin. Hay un período de muerte y otro período de vida; y en la lucha entre ambos, la muerte es la que triunfa, es la que imprime carácter al territorio, porque ella es lo sustancial, lo permanente, lo verdaderamente eterno" (8).

Pocos años antes que Ganivet—estupendo meridional—en el extremo Norte, en tierras mediterráneas dos grandes nórdicos caerían destrozados por la locura: Van Gogh, como ebrio de explosiva alegría meridional, y Nietzsche, *fugitivus errans* por las ciudades italianas, exponente supremo de la insaciable nostalgia alemana por la naturaleza y la cultura mediterráneas. En el destino de esos tres hombres pesó no poco ese juego europeo de contrastes fecundo y peligroso, trágico a veces entre Mediodía y Septentrión.

* * *

Tal coordenada ha desempeñado, sin embargo, por lo general, tanto en Europa, considerada unitariamente, como en cada una de sus partes, funciones articuladoras e integradoras por lo que se refiere a la vida política, religiosa, cultural, estética, etc., presentándose de esta suerte como columna vertebral, en contraste con la coordenada horizontal, más borrosa y sesgada por la índole peninsular de Europa. Hacia el Este, sus líneas geográficas se van abriendo, perdiendo precisión, hasta embotarse en la masa terrestre eurasiática. ¿Dónde empieza o termina Europa por el lado

---

(8) *Cartas finlandesas*, XII.

oriental? ¿En los lejanos Urales, que sobre el mapa informe describen una larga línea de separación muy aparente, pero tanto más caprichosa por su aislado geometrismo? ¿En el amplio e incierto istmo que se extiende entre el Báltico y el mar Negro?

El eje Este-Oeste de Europa es el más combatido por las fuerzas de la Naturaleza y de la Historia: el camino solar, el que sigue la fecunda acción marítima, el que ha descrito el curso de las civilizaciones y el de las invasiones que se han ido sucediendo desde la lejana prehistoria sobre nuestro continente. Europa se ha definido sobre ese eje Este-Oeste, hasta el punto de ser llamada el Occidente por antonomasia, precisamente por ser el más problemático, el que requería más definidora afirmación: el eje que también siga fundamentalmente la expansión de Europa (9) y el que centre su mayor amenaza de expropiación. Frente al carácter integrador de la coordenada vertical, la otra será la coordenada de los antagonismos, la coordenada dramática y fugitiva de Europa.

Los ritmos históricos, las formas de la estructura geográfica, las mentalidades y reacciones de tipo social varían al compás del horario europeo, desde la quietud recortada, conservadora, intemporal de las penínsulas atlánticas, hasta el trágico enfrentamiento germanoeslavo sobre las tierras indiferenciadas del Este europeo, donde la inestabilidad ha sido permanente. En cuanto el viajero deja atrás la línea del Elba, límite aproximado del Sacrum Imperium en el Mediterráneo, el paisaje comienza a presentarse dudoso e incierto y a cargarse de confuso dramatismo. Los lagos se entremezclan con las tierras; los campos, con los bosques; las islas medio desprendidas del continente, con las ensenadas confusas del Báltico, en tanta mayor confusión cuanto que el relieve geográfico casi ha desaparecido.

Imprecisos y provisionales se muestran los límites lingüísticos, las fronteras étnicas y políticas. Los Tratados de la anterior posguerra habían intentado introducir un cierto orden; pero las

---

(9) No se subraya suficientemente la dirección horizontal de la expansión europea, dando de lado el terreno más inmediato y lógico—incluso históricamente—para su desarrollo: el norte de Africa. En lugar de proseguir la tarea de la reconquista al sur del Estrecho de Gibraltar, de acuerdo con las directrices de Isabel la Católica, los conquistadores españoles quebrarán la línea de expansión hispana y la prolongarán, perpendicularmente, hacia el extremo Occidente o el extremo Oriente. Marruecos, la más cercana de las tierras no europeas, será la que, en último lugar, ingrese en la órbita colonial de Occidente. Por el contrario, en la estructura interna de las naciones europeas, la línea más integradora y fecunda en los distintos órdenes hasta los más triviales de la vida, es la vertical: la línea San Sebastián, Madrid, Sevilla, mucho más transitada y vivida que la contrapuesta en nuestra Península: la línea Edimburgo, Londres, o la línea Milán, Roma y Nápoles, etcétera.

fronteras políticas seguían mordiendo en las lingüísticas o nacionales y éstas en las religiosas. ¡Cómo perfilar y dar carácter al borroso semblante que presenta el paisaje del Este prusiano o de las vecinas tierras eslavas, que apenas sobresalen con sus masas de pinos sobre las plomizas lagunas, frías reliquias de glaciar, entre unos horizontes inmensos en su vaguedad, sobre los cuales las nubes cernían, en mis años estudiantiles, unas luces turbias y tristes, como cargadas de presagios, que las rubias ardillas parecían concretar con su desazonadora inquietud sobre los troncos rígidos, en hileras regimentadas!

El espíritu europeo ha realizado allí magníficos esfuerzos de organización en torno a la Praga imperial y barroca, o en la aristocrática y católica Polonia; pero estas tierras orientales de Europa son como una oscura pizarra a medio escribir, sometida siempre a la mano que acierta a borrar y a escribir con rasgos más firmes bien sean gestas teutónicas, órdenes de *junkers*, imperativos kantianos o ukases eslavos. El formidable *Drang nach Osten*, que los germanos fueron acreciendo siglo tras siglo desde los centrales del Medioevo, se ha visto anulado en ganancias que parecían definitivas. Poblaciones enteras trasplantadas, nuevos nombres de ciudades con nuevos habitantes, aniquilación de las formas tradicionales de organización social, de las antiguas *élites* y de sus normas de vida.

¡Cuánto se ha borrado sobre estas tierras desdichadas y qué es lo que en ellas acertará a sobrevivir de lo mucho que supieron crear en su pasado de singular y auténticamente europeo! ¿Qué versión actual cabe esperar de aquella profunda piedad hacia Europa que sentía el alma ultrarrusa de Dostoiewsky: "Quiero afincarme en Europa, Aloyscha—dice en *Los hermanos Karamázovi*—; me voy de aquí, y mira: ¡sé que voy sólo a un cementerio; pero, eso sí, el más querido de los cementerios! Caros difuntos yacen allí; cada piedra sepulcral pregona una vida ferviente, una apasionada fe en su hazaña, en su verdad, en su lucha y en su ciencia; tales que yo sé de antemano que he de postrarme en tierra y llorar sobre ella..., no obstante tener al mismo tiempo la convicción en el fondo de mi alma de que todo eso lleva ya mucho tiempo siendo un cementerio y nada más"? (10).

* * *

Frente a esa arriesgada indeterminación geográfica destaca el

(10) *Los hermanos Karamázovi*, parte II, libro V, cap. III.

preciso y recogido reposo de las tierras más occidentales del continente. Al terminar en el océano, Europa lo penetra con prolongaciones de forma prominente; cerrada sobre sí; apartados rincones en que la vida se recorta y amortigua: *finis terrae* no sólo en sentido geográfico, sino en otro más profundo, vital e histórico. En muchas de estas tierras: Escocia, Irlanda, Bretaña, Galicia, encontró refugio un pueblo europeo de deplorable destino, el celta, dueño todavía en el siglo III antes de Cristo de gran parte del continente, con acusada personalidad cultural pero de escasa reciedumbre política, de suerte que en el choque implacable con las oleadas invasoras acabaría viéndose sometido o reducido a las tierras marginales del Atlántico.

Todavía al principio de la Edad Media ejercerá una gran influencia desde Irlanda en la configuración del naciente mundo europeo, y luego, a lo largo de los siglos medievales, seguirá irradiando dentro del complejo conjunto cultural de Occidente desde la periferia continental sobre los pueblos del interior, mediante múltiples formas culturales difusas, sentimentales e imaginativas. Con sus grandes santuarios y sus ciclos legendarios, los *finis terrae* europeos se convertirán en centro de atracción para las poblaciones del interior, acostumbrándolas a peregrinar desde fecha temprana por las rutas hacia el Occidente; un Occidente que no termina con las tierras, sino que se prolonga míticamente sobre el mar.

La mitología celta abunda especialmente en mitos y leyendas sobre una tierra del más allá, maravillosa región que, insistentemente, describen los cuentos irlandeses: *Tir nan Og* ("La tierra de la juventud"), *Mag Mall* ("La llanura agradable"), *Tir fa Tonn* ("La tierra bajo las olas"). Trátase de una tierra llena de los mejores dones de la Naturaleza, rica en árboles deliciosos y cantos de pájaros, tranquila, respetada por las tormentas y las desgracias terrestres; la muerte es desconocida en ella, y existe cuanto puede ser imaginado o deseado por los mortales, que son atraídos a tales paraísos por una divinidad para gozar de sus delicias (11). Mitos similares se encuentran en otros pueblos; pero los celtas son especialmente abundantes y muy característicos de la situación geográfica e histórica en que se formaron y mantuvieron. Con ellos, la coordenada Este-Oeste se prolonga en el campo de la imaginación hacia nuevas tierras paradisíacas más allá de los mares o debajo de sus olas, hacia un nuevo mundo más perfecto, anticipado ya fabulosamente muchos siglos antes de ser descubierto.

---

(11) J. A. M. MacCulloch: *The celtic and scandinavian religions.* Hutchinson University Library, pág. 89.

Los monumentos prehistóricos, copiosos en las regiones celtas de las *finis terrae*, y sobre todo en Bretaña, dan ya formidable testimonio de tales anhelos. Dólmenes, menhires y alineamientos pueblan a veces, con densidad abrumadora, las costas bretonas. "*C'est le voisinage impérieux de l'Océan*—escribe Camille Jullian (12)—*qui a attiré vers les caps et les îles ce monde de trépassés, cette aristocratie de défunts qui les couronnent de ses tombeaux.*" Sin duda para evitarles un viaje demasiado largo por tierra, los contemporáneos enterraban a los suyos cerca de las riberas que debían atravesar. Centenares y centenares de enormes monolitos se ordenan geométricamente en los alineamientos de Carnac, que en estos tiempos de grandes cementerios militares se presentan inmediatamente con aire de tumbas de una tropa gigantesca, atestiguando desde la misma prehistoria el ansia expansiva del Occidente, su ambición inveterada y trágica de *plus ultra*.

* * *

¿Dónde situar el punto de intersección de las dos grandes coordenadas, el centro de la rosa de los vientos europea?

Los Alpes, con su enhiesta y recortada mole, reclaman evidentemente la atención. En sus faldas se aprietan los tres grandes pueblos de la Europa central, fundidos en una unidad histórica, política y cultural por encima de contraposiciones raciales y lingüísticas, constituyendo un núcleo ejemplar, en miniatura, de una Europa unida. Dentro de los Alpes, razones especiales abonan la elección de Innsbruck como centro de esa gran rosa de los vientos. Situada sobre la ruta del Brennero, transpuesta ya la masa de los Alpes, con su río tributario del Danubio, hacia el que se dirige enfáticamente a través de un amplio paisaje montañoso, corrige Innsbruck la situación acaso demasiado occidental de los cantones suizos.

Además, la Historia y el arte han otorgado a la ciudad austríaca un título especialísimo para aspirar a la centralidad europea: la capilla funeraria del último emperador medieval del Occidente, uno de los monumentos más deliciosos y europeos de toda Europa. Personajes míticos, legendarios e históricos, antiguos y modernos, venidos del Septentrión y del Mediodía, de Oriente y Occidente, se congregan en torno a la tumba de Maximiliano: Clovis y el rey Arturo; Rodolfo de Habsburgo, fundador de la dinastía, y Teo-

---

(12) Camille Jullian: *Histoire de la Gaule*. París, 1908-1920, t. I, pág. 158.

dorico, rey de los ostrogodos, hacen la guardia con multitud de personajes reales y las dos mujeres del emperador, las más ricas herederas de su tiempo, María de Borgoña y Bianca María Sforza de Milán. Histórica, legendaria o familiarmente, todos los puntos cardinales de Europa se aprietan alrededor de la tumba imperial. En unos casos, con la concreción de carne y hueso de las dos esposas y de las tierras que aportaron en dote; en otros, mediante la vaguedad fabulosa del rey Arturo, héroe máximo del Occidente bretón, o la vital, histórica, dinástica y aun fúnebre del mismo hijo del emperador, de Felipe el Hermoso, errabundo *post mortem* a través de las extremas tierras de Iberia, o bien mediante la imprecisión vagabunda de Teodorico, rey de los godos del Este, orientales por su nombre, su patria originaria y las tierras que recorrieron en sus migraciones.

A caballo de los Alpes, a caballo también de las dos grandes edades históricas del Occidente, emperadores antiguos y medievales, héroes de las distintas mitologías, santos auxiliares y patronos, fundadores de dinastías y parientes, componen el más abigarrado y representativo museo estatuario de los puntos cardinales geográficos e históricos de Europa en torno—¡doble melancolía!—a la vacía tumba del caballeroso emperador.

Luis Díaz del Corral
Jorge Juan, 7.
MADRID.



DESCUBRIMIENTO

POR

JOSE MARIA SOUVIRON

He vuelto ahora a ver el árbol
como de niño lo veía.
Señal de verdad en mis ojos,
hechos gratitud renacida.
Al cabo de tanto camino,
estoy de nuevo en la partida.
La Creación toda me parece
inmediata, recién nacida.
Creo que vuelvo a sentir a Dios
como de niño lo sentía.

Era entonces el campo una belleza
que recorrían mis pasos sin temores.
La verde yerba y los terrones rojos,
el sendero dorado hasta la era:
a un lado, almendros; a otro lado, olivos
y algún fuerte algarrobo achaparrado
que daba sombra, y cuyos secos frutos
tenían un dulzor áspero y hondo.
En los cortijos de la cercanía
cantaban claros gallos matinales,
y el de la casa a todos contestaba.
Por la noche, ladridos a lo lejos
y el vibrar monocorde de los grillos.

Ya estabas tú, Señor, en mis senderos;
ya te sentía yo cuando volvía
solo, en la tarde, bajo el cielo rosa,
y algo se conmovía junto a mis pasos
que no me daba susto, sino que
ponía en fuga al miedo del ocaso.
No era rumor, ni voz, tampoco brisa,
sino un raro contento de sentir
cómo todo lo que se iba durmiendo
en el tierno sosiego de la tarde
estaba defendido por tu mano.

Luego, en la habitación, cuando la luz
se apagaba, y los pasos de mi madre
se iban adelgazando hacia el vestíbulo;
cuando hablaba mi padre en la terraza
con el guarda jurado, sobre antiguas
cacerías, y yo trataba en vano
de oír, ya dominado por el sueño;
si algún ruido sonaba en el desván
o algún disparo, lejos, en los montes,
yo sentía que estabas en mi cuarto
para tranquilizarme y darme paz.
Si algún terror soñado me agitaba,
despertaba invocándote, y al punto
el horror se perdía en los caminos
—en los vagos caminos de la noche
no sé si por la tierra o por el aire—

Gozo de las mañanas estivales
cuando, desde la cama, se sabía
que pasaba el rebaño ya en retorno
bajo la gran ventana de ancha reja.
Ya el sol estaba sobre la colina
y entraba por la reja, y lentamente
daba vida a los muebles, a la puerta,
a las doradas barras de la cama
y al cuadro con un ángel que seguía
a un niño por un puente de madera.

Allí estabas con toda la dulzura
del alba: con el son de las esquilas,
el piar de los pájaros, el largo
mugir de alguna vaca en el establo.
Allí estabas como un amigo joven
—algo mayor que yo—para guardarme.
Pensaba yo en el mozo carpintero
que ayudaba a José, traía madera,
barría las virutas, y soñaba
mirando las colinas nazarenas
desde otra ventana sobre el campo.

Una tarde otoñal volvimos todos
a la ciudad. Yo iba en el pescante.
(El olor a caballo, y el compás
de las grupas, al trote, en la pareja;
el sonajero de los cascabeles,
los gritos animosos del cochero.)
La ciudad abrazada por el mar,
llena de campanarios y jardines.
Desde el curvado cierro de cristales
se veían las cumbres de los árboles,
las puntas de los mástiles de algunos
bergantines mecidos en el puerto...
y la calle.
La calle que, unos días,
era lento paseo—los domingos—;
otros, en Carnaval, bullicio loco,
interrumpido por los dulces sones
de los violines de la estudiantina.
Y otros días, peligro: los huelguistas
pasaban con banderas y letreros,
hasta que unos soldados que salían
por una bocacalle les cerraban
—a un toque de corneta—su camino.
Yo los veía, tendido sobre el mármol
del cierro: los disparos, las carreras,
un hombre que caía y se quedaba
en extraña postura, quieto. ¿Muerto?
¿Era la muerte aquel quedarse quieto
en la acera, los brazos extendidos,
y la gorra, que había rodado lejos,
sola como un gran punto en la calzada?

Allí estabas, Señor, junto a mi vida,
diciéndome que aquello era la muerte;
pero que en la quietud sobre las losas
no terminaba el ser del hombre quieto.
De mi mezcla de miedo y esperanza
surgía un ansia viva de buscarte,
y eras nueva verdad para mi mente;
para mi corazón, nuevo cariño.

Un día llegaste vivo hasta mi pecho
—el altar era un cálido jardín
y en el coro cantaba la hermosura—.
Ahí te guareciste, hasta otro día
en que, perdida la niñez del cuerpo
y la infancia del alma, te alejaste;
mejor dicho, te eché. Fuí yo quien quiso
arrojarte de allí.
Después volviste
—tras una larga lucha en los caminos,
porque tú me buscabas y yo huía—.
Tanta niebla y ceniza acumulada
había en el hombre que aquel niño fué,
que por años no vi lo que Tú eras
hasta que un día volvió la soledad
de la que Tú quisiste rescatarme.

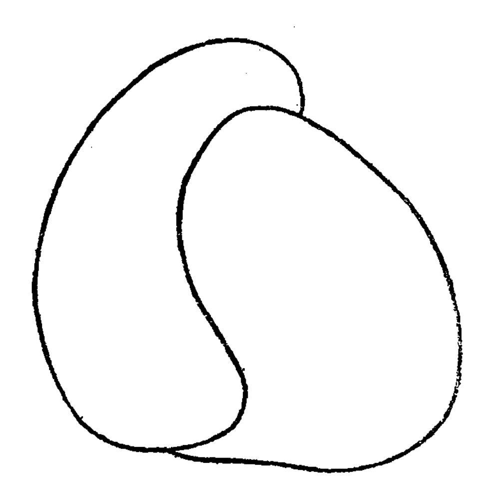
Señor, la soledad volvió a ser dura:
la soledad de ayer, insoportable,
que fué vencida y se tornó costumbre,
había resucitado con la misma
fuerza de aquella soledad de antaño,
como era entonces, cuando, no domada,
hería el alma a cada movimiento.
Tenía que dominarla nuevamente.
Con experiencia, sí, pero también
con menos fuerzas y mayor cansancio.

Creía que no cabía más dolor
en este corazón ya saturado,
y aun había sitio para nuevas penas.
El corazón es grande como un cielo
de noche clara; caben más estrellas
en la serenidad de su infinito.
Y en ese instante vuelves Tú, Señor,
con la certeza de tu compañía.

Y ahora vuelvo a verte como entonces:
Tú eres mi Señor, el que guardaba
mis pasos por el cálido sendero
—a un lado, almendros; a otro lado, olivos—;
el que me acompañaba aquellas noches

cuando se oían ladridos a lo lejos;
el que me quitó el miedo de la muerte
cuando aquel hombre se quedó en la calle
—la gorra, como un punto, en la calzada—.
Y ahora que vuelvo a verte como entonces,
veo la verdad del árbol y la estrella,
del agua, de la planta y de la brisa,
como son de verdad, en la belleza
con que, cuando era niño, los sentía.

José María Souvirón.
Avenida de Holanda, 470.
SANTIAGO DE CHILE.



SANTIAGO RAMON Y CAJAL (1)

POR

ARMANDO ROA

La personalidad de Ramón y Cajal no despertaría interés diverso a la de cualquier otro sabio de no haber surgido curiosamente en un pueblo ajeno hasta entonces a las creaciones de la ciencia y no un pueblo cualquiera, sino uno decisivo para el destino de Occidente. Algo extraño había hecho florecer las ideas modernas nacidas allá; las de Servet, Huarte y Luis Vives, en otras partes. El caso de Cajal viene a coincidir por eso con el de la infecundidad científica de España; él mismo lo suponía y le dedicó largas meditaciones; a él acudiremos, pues, en el planteamiento del problema.

De las exigencias primarias que puso a la estructura anímica del sabio: ansia de perpetuar el nombre, patriotismo, voluntad tenaz y amor a la Naturaleza, nos sorprende ver que no hay una sola ajena a las más variadas y ricas creaciones de España, y, sin embargo, no se formaron sabios; el motivo, entonces, es de otra especie.

EL AMOR A LA NATURALEZA Y EL SENTIDO PRÁCTICO

El amor a la Naturaleza y sus detalles fundamenta, sin duda, la vocación científica; el español lo tuvo. ¿Cómo, si no, la obra de sus descubridores y creadores de pueblos? Pero Cajal, después de analizarlo, vuelve sobre él y lo encuentra estrecho, de pura tendencia utilitaria; debido a eso, la Naturaleza terminó ocultándose: "... si cotejamos, en fin, en cada una de las citadas épocas, las conquistas intelectuales positivas hechas por españoles con las debidas a sabios extranjeros, nos veremos obligados a reconocer que ni la raza ni la ciencia españolas han decaído ni se han estacionado por completo. Sobre poco más o menos, su rendimiento científico se mantuvo siempre al mismo nivel.

"La imparcialidad obliga, empero, a confesar que, apreciado

(1) Trabajo premiado en el Concurso organizado por el Centro de Profesionales Hispanos de Santiago de Chile en la celebración del Centenario de Cajal.

globalmente, dicho rendimiento ha sido pobre y discontinuo, mostrando, con relación al resto de Europa, un atraso y, sobre todo, una mezquindad teórica deplorable. Dominó en nuestros cosmógrafos, físicos, metalurgistas, matemáticos y médicos la tendencia hacia lo útil inmediato, al practicismo estrecho. Se ignoró que sólo las ideas son realmente fecundas. Y, buscando recetas y fórmulas de acción, atrofiáronse las alas del espíritu, incapacitándonos para las grandes invenciones. Además, en cada período, nuestros hombres de ciencia fueron escasos, y los genios, como las cumbres más elevadas, surgen solamente en las cordilleras. Para producir un Galileo o un Newton es preciso una legión de investigadores estimables."

El defecto hispánico habría sido, pues, la impaciencia, el no esperar la madurez de los conceptos, el no darse tiempo para el estudio de los múltiples aspectos de las cosas y, desde luego, de aquellos en que coinciden unas y otras. Estuvieron ausentes ideas como masa, energía, campo gravitacional, ecuaciones de incertidumbre, etc., aparecidas sucesivamente en Europa, y que facilitan el agrupamiento de objetos distantes y, por tanto, el sometimiento a leyes. En lo demasiado heterogéneo—y así es la Naturaleza para el alma española—no caben leyes científicas.

Las leyes establecen una relación permanente entre dos o más objetos; previo es descubrir el ángulo de similitud gracias al cual decimos que tal elemento del efecto viene de la causa, pues en ambos se encuentran de idéntica manera. La ciencia busca, lógicamente, lo práctico; pero lo ve más útil si abarca mayor número de objetos, y, si es posible, el universo entero; la ciencia sabe su origen lento y largo, y presiente que, previo al aprovechamiento de cada cosa, deben tocarse esas similitudes que enlazan lo familiar con lo lejano. Los avances concretos llevan siempre por detrás especulaciones teóricas de siglos.

LAS IDEAS TEÓRICAS Y LA TÉCNICA

Nos preguntamos entonces, presionados por Ramón y Cajal: ¿careció España de genios teoréticos? El lo pone en duda; recuerda a Raimundo Lulio y a Miguel de Molinos como sorprendentes excepciones. "Ni las herejías—dice, recordando una opinión de Menéndez y Pelayo—alcanzaron vuelo especulativo." Nosotros vemos en tales afirmaciones un exagerado pesimismo, propio de su época.

Desde luego, Francisco Suárez, al negar, en un sistema metafí-

sico acabado, la diferencia "esencia-existencia", propia de la Edad Media, fué una de las fuentes vitales del cartesianismo, y a través de esa escuela influyó en la filosofía y en la ciencia modernas; porque la negación, aun cuando se la considere falsa en su contenido filosófico, acostumbró de hecho al pensamiento a no investigar realidades cuya existencia no fuera perceptible de alguna manera. Si lo más fundamental a la esencia es su existencia, puesto que coincide con ella, la prueba mejor de la verdad de una esencia será comprobar sus modos de existencia. Toda especulación en torno a ideas del tipo de las de ente, sustancia, cualidad, etc., ajenas a la existencia perceptible inmediata, se fué enrareciendo hasta perderse en remotos horizontes; el hombre no quiso en lo sucesivo saber de nada cuya existencia no pudiese verificar por los sentidos. Suárez aparece en el comienzo de este camino.

Francisco Sánchez y Luis Vives influyen con fuerza en la Europa de su tiempo; Vives es uno de los creadores de la psicología experimental. No fué, pues, España estéril en este plano.

En el orden de la técnica alcanzó también un alto nivel; ello indica su habilidad particular en el manejo de lo concreto. Así lo testimonian los documentos y los extranjeros que por allí pasaron en su época de oro.

EL DESDOBLAMIENTO DEL ALMA ESPAÑOLA

El problema se torna agudo. Si había ideas valiosas, amor a la Naturaleza, habilidad y finura en el trato directo con las cosas, ¿qué motivo impidió el florecimiento de una ciencia, a la altura de su mística, su novela, su teatro, su pintura, su poesía, sus conquistadores, sus tratadistas de Derecho? A nuestro juicio, una ruptura anímica que no permitió darse ya en un mismo individuo: el impulso teórico junto al sentido práctico. Hubo grandes especulativos y grandes técnicos; pero no esa síntesis armoniosa y ese fecundamiento recíproco, que es lo constitutivo de la personalidad del sabio.

Cervantes cogió claramente ese doloroso estado cuando, de una parte, puso al hombre teorético, cuyos razonamientos magníficos no coinciden jamás con la realidad concreta que lo solicita, y, del otro, al hombre práctico, cuya impotencia en la búsqueda de la causa y semejanza de las cosas lo pierde en un mundo caótico, convirtiendo su incurable practicismo en ilusoria utilidad.

Justo, pensando en esto, escribía Cajal: "... y nos preguntamos, con inquietud en el alma y lágrimas en los ojos: ¿Cómo? ¿Esta-

rán también condenados a perecer irremisiblemente todos los altos idealismos de la ciencia, de la filosofía y de la política? ¿Reservado queda no más a la demencia afrontar los grandes heroísmos y las magnas empresas humanitarias?

"Y esta emoción melancólica y deprimente llega a la agudeza al ver cómo, a la hora de la muerte, el loco sublime, convertido ya en Alonso Quijano, el bueno, recobra bruscamente la razón para proclamar la triste y enervadora doctrina de la resignación ante las iniquidades del mundo.

"“En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño”, nos dice con voz desfallecida, en que parecen vibrar estertores de agonía. ¡Arranque de infinita desilusión, que nos anuncia cómo el paraíso de paz y de ventura y la ensoñada Edad de Oro que la Humanidad anhela para el presente o para no muy alejado futuro representa un remotísimo pasado que ya no volverá!”

LA POLARIDAD DE LAS COSAS

Pero la ruptura del alma española en los dos mundos separados de lo teórico y lo práctico deriva de un oscurecimiento previo de la polaridad de las cosas. Todas las cosas, y es la condición de su existencia, envuelven como términos polares: “tiempo y perduración”, “infinitud y límite”, “universalidad y singularidad”; así, por transitorias que se las piense, mantienen ciertas constantes a través de sus cambios; por singulares que sean, no pierden sus coincidencias con otras a las cuales se unen bajo conceptos de género y especie, o bien de masa, energía, campo gravitacional, etc.

Si las cosas fuesen demasiado temporales, no podría haber relaciones estables entre ellas, y serían imposibles las leyes científicas; si, al revés, las dominase lo eterno, ya no cambiarían, y la referencia causal de dos fenómenos, de los cuales uno da y el otro recibe, viene a tornarse en puramente ilusoria. Si son absolutamente idénticas, universalidad pura, no cabe influjo de lo mismo sobre lo mismo; pero si son heterogéneas al máximo, tampoco cabe punto de contacto, y no hay posibilidad de leyes. Sólo el equilibrio polar abre a la ciencia. Al interrogar a la Naturaleza, el espíritu debe detenerse en el momento preciso en que sus conceptos básicos, si se los apura más, entran en conflicto. El europeo creó la ciencia cuando, agotadas las luchas medievales entre universalistas y nominalistas, vislumbró un equilibrió entre ambos conceptos.

Si el español se abruma por lo perecedero y singular de las cosas, es movido también por un amor infinito hacia ellas. Seguramente de eso nace su impulso al arte pictórico, deseo violento de retener la figura y la vida, de hacer la fugacidad menos perentoria.

De no ver las cosas con su polaridad oscurecida, el amor debiera llevarlo a la ciencia; pero oculto el núcleo de perdurabilidad: yacente, sin embargo, aun en las menos duraderas, el amor no encuentra otra realidad—¡y qué inmensa en el caso de España!—que el mundo de la plástica.

Volvamos a Cajal, cuya vocación nos preocupa. Se movía en medio de un entusiasmo orgiástico por la Naturaleza y sus detalles, y había puesto originariamente su destino en entregarse, a través de la pintura, a su imitación absoluta. Sus opiniones de los ochenta años, de mal gusto a veces en cuanto a telas y pintores, nos dicen mucho de lo que entendía por Naturaleza y artes plásticas.

"Durante mi fase de madurez (hace veinticinco o treinta años), los buenos pintores, fieles al concepto clásico de la exacta representación objetiva, no incompatible con un sano idealismo, copiaban fielmente a la Naturaleza.

"Acataban sumisos los cánones inmutables legados por la antigüedad, ampliados y enriquecidos con mágicos efectos de color, dibujo y expresión por el Renacimiento y las posteriores centurias. Luchaban por adquirir maestría en la composición y el diseño, imitar al modelo, dominar la luz, fijar, según normas geométricas, la perspectiva e infundir espíritu y belleza en la figura humana. No desdeñaban el trasunto fiel del paisaje, los celajes, la indumentaria y cuantos elementos de ambiente y de interior completan y realzan el tema pictórico. En mi devoción fervorosa de la anatomía humana estaba yo encantado al advertir cómo el artista creaba hombres de carne y hueso, sin traicionar las sabias leyes de la perspectiva y el ritmo del movimiento y el esfuerzo...

"Aquellos eximios artistas que tardaban meses en domar la realidad, quedarían absortos si resucitaran y vieran que un modernista puede improvisar un cuadro, vamos al decir, en dos o tres días."

El entusiasmo por la imitación excesiva, y el calificar de traidores a quienes de ella no se cuidan, habla por sí solo de su sentimiento de transitoriedad ante la Naturaleza y de su deseo amoroso de retenerla. La libertad plástica al modo europeo moderno exige creer en la estabilidad propia de los objetos, que ya no necesitan resguardarse, por tanto, en una imitación extrema.

Ahora, ¿qué le llevó desde su vocación originaria por la plástica a aquella otra por la ciencia, haciéndolo el primer sabio de su pueblo? Nos parecen decisivas sus lecturas de juventud, esa "manía filosófica", que, al decir suyo, le hizo devorar a Spinoza, Berkeley, Hume, Kant, Fichte. Como se sabe, terminó adscribiéndose a la teoría de Fichte, según la cual los seres son meras proyecciones del yo trascendental o espejos de nosotros mismos.

"A la verdad, el gallardo idealismo de Berkeley y Fichte teníanme cautivado. Ni se ha de olvidar que por aquella época era yo ferviente y exagerado espiritualista.

"Con un ardor digno de mejor causa pretendía refutar ante mis camaradas, un poco desconcertados, la existencia del mundo exterior, el noumeno misterioso de Kant, afirmando resueltamente que el "yo" o, por mejor decir, mi "propio yo" era la única realidad absoluta y positiva" (1).

El idealismo fichteano le hizo concebir en esa temprana época la unidad escondida tras la singularidad de los objetos, al convertirlos en meras proyecciones de un mismo yo; también cierta permanencia, la permanencia del yo, al cual todos desean reflejar.

LA VUELTA A LA POLARIDAD

Este idealismo radical se moderó con el tiempo; pero dejó restablecida la polaridad "singular-universal", "transitorio-perdurable" dada en la Naturaleza, y que es necesaria para que nuestro amor hacia ella se convierta en vocación científica.

El idealismo no lo desvió, por tanto, en ningún sentido, de su entusiasmo por la Naturaleza, sus colores y formas; pero en vez de entregarse ahora a su imitación plástica, será su investigador, y justo, en la ciencia más vecina al mundo de lo pictórico: la histología y la histopatología. El dedicarse en seguida a ciertos temas y partir de tales o cuales hipótesis dependió, como es obvio, del estado de la histología de su tiempo.

Cajal describió con acierto su ánimo en aquella etapa de comienzo, cuando sus tendencias a la plástica y la ciencia buscaban armonía: "Claro es que durante la luna de miel del microscopio no hacía sino curiosear sin método y desflorar asuntos. Se me ofrecía un campo maravilloso de exploraciones, lleno de gratísimas sor-

(1) *Mi infancia y juventud*, cap. XXI.

presas. Con este espíritu de espectador embobado examiné los glóbulos de la sangre, las células epiteliales, los corpúsculos musculares, los nerviosos, etc., deteniéndome acá y allá para dibujar o fotografiar las escenas más cautivadoras de la vida de los infinitamente pequeños" (1).

En suma, la feliz combinación que en su alma permitió la formación del sabio fué el imperioso y potente entusiasmo por la Naturaleza, mediatizado por sus ingenuas ideas filosóficas; así entendemos aquello, tantas veces repetido por él, de que el científico necesita envolver el amor a las cosas en cierta dosis de sano idealismo.

Era Cajal un virtuoso de la técnica, según lo evidencian sus disecciones anatómicas; hubiese sido un genio práctico: la especulación filosófica le despertó estratos dormidos. Como por contextura anímica no tendía, sin embargo, a lo teórico, puso su fe no en la inteligencia, fundamento más bien del mundo ontológico, sino en el desarrollo volitivo; la voluntad era justamente la potencia capaz de restablecer su equilibrio, pues tendiendo constantemente a la acción, necesita, de un lado, un manejo delicado de las cosas, y del otro, descubrir los principios generales de sus acciones y reacciones.

Fué una suerte para España encontrar a través de él un equilibrio polar perdido, como lo han probado en seguida sus nuevas generaciones de investigadores; pero es tiempo ya de dejar en suspenso toda esta serie de cuestiones, para ocuparnos del método, convicciones e ideas de Cajal.

MÉTODO EN CAJAL

Perteneció Cajal a una generación de sabios cuyo deseo era investigar en la realidad sus últimos elementos perceptivos, átomos o células, suponiendo con aparente lógica—aparente, como había de demostrarlo más tarde la física cuántica—que las leyes fenoménicas de esos elementos debían explicar de un modo claro y exacto el comportamiento de los cuerpos grandes. No buscaban, por cierto, la estructura íntima y esencial de ellos, sino sus condiciones de aparición y cambio. Se partía de dos hipótesis: una, la de que las cosas son un mero agregado de unidades elementales, cuya disposición en tal o cual forma es el resultado de fuerzas mecánicas, como presión, atracción, adaptación a un lugar, etc.; la otra, el

(1) *Mi infancia y juventud*, cap. XXVI.

determinismo, o sea la conexión necesaria y permanente que todo hecho nuevo debe guardar con uno anterior, que es quien posibilita su nacimiento; esa referencia, una vez claramente establecida, es la ley. Si bien el conocimiento de estas leyes no nos dice el porqué de tal enlace y no otro, y tampoco nos revela la esencia íntima de cada hecho, basta, sin embargo, para los dos únicos fines que, a juicio de Cajal y la mayoría de los investigadores científicos, le es posible alcanzar al hombre: prever y actuar. La legalidad de los hechos permite adivinar acontecimientos o modificarlos a voluntad, aun cuando la verdadera causa o razón de ser de esa ley sea una incógnita.

Es preciso hacer notar aquí la diferencia clara entre causa y ley para dar la importancia necesaria a la personal actitud de Cajal frente a la ciencia; más adelante veremos también cómo la hipótesis de las unidades elementales de sustancia viva lo llevó casi obligadamente a la teoría de la neurona.

Entendemos por causa aquello de lo cual se origina realmente una cosa; conocer una causa exige entonces conocer su estructura íntima y la del ser originado; así nos damos cuenta de los elementos de este último existentes en la primera, e intuímos la razón en virtud de la cual se mueve a engendrarlo, en la paradójica circunstancia que el efecto no puede encerrar en sí elementos distintos de la causa. Se comprende desde la partida la dificultad de una sabiduría de esta clase; ella queda reservada más bien a los investigadores metafísicos; el científico debe contentarse con relaciones de hecho entre los diversos fenómenos; pero cuando ellas son verdaderas, le permiten una conquista inapreciable: el dominio progresivo del mundo. ¿De dónde deriva esta creencia en la legalidad fenoménica si permanecemos casi siempre ajenos a las causas verdaderas? No puede darla la experiencia científica; sin creer previamente en un orden legal de los fenómenos, no cabría buscarla por medio de la experiencia, además que siempre, como dice Meyerson, será mínimo el número de experiencias hechas frente a las infinitas por hacer; esa creencia deriva más bien, según la mayoría de los investigadores, de la necesidad de dominio, de las exigencias de la acción. El hombre siente el impulso de dominar la Naturaleza; para dominar es antecedente indispensable el prever, y para prever debemos tener la certeza de que de tal acontecimiento se seguirá tal otro dentro de una legalidad precisa.

La ciencia tendría, pues, su fundamento en las exigencias dominantes de la voluntad; en cambio, la metafísica, que aspira al conocer en sí, deriva de ese deseo natural de la inteligencia, señala-

do ya por Aristóteles al saber desinteresado; por eso, una y otra, la metafísica y la ciencia, son igualmente necesarias; obedecen, como lo ha dicho el mismo Meyerson, a dos tendencias irrefrenables del espíritu.

El que la ciencia derive de una convicción de legalidad impuesta por las tendencias activas o volitivas del hombre, le exige, por un lado, ir hasta la Naturaleza misma para coger el orden real en que se suceden los fenómenos (se valdrá para ello de la observación y la experiencia), y le exige, por el otro—y es valor de Cajal haberlo señalado—, fortificar la voluntad del investigador hasta sus límites absolutos. Es la acción quien engendra la creencia en un orden sometido a leyes, y esa creencia será tanto más firme y fascinante cuanto más alta es la voluntad que impone: "Organo de acción encaminado a fines prácticos, nuestro cerebro parece haber sido construído no para hallar las últimas razones de las cosas, sino para fijar sus causas próximas y determinar sus relaciones constantes. Y esto, que parece poco, es muchísimo, porque habiéndosenos concedido el supremo poder de actuar sobre el mundo, suavizándolo y modificándolo en provecho de la vida, podemos pasarnos muy bien sin el conocimiento de la esencia de las cosas" (1). Y en el comienzo de sus *Reglas y consejos sobre investigación científica,* ha dicho Cajal: "A la voluntad, más que a la inteligencia, se enderezan nuestros consejos, porque tenemos la convicción de que aquélla, como afirma cuerdamente Payot, es tan educable como ésta, y creemos, además, que toda obra grande, en arte como en ciencia, es el resultado de una gran pasión puesta al servicio de una gran idea."

Frente a Claudio Bernard y otros teóricos de método científico, preocupados casi exclusivamente en señalar las diversas etapas de una investigación, abstrayéndola del investigador mismo, representa Cajal una visión mucho más completa del proceso y casi la única que toma en cuenta los dos términos obligados de todo descubrimiento: el investigador y la Naturaleza.

Durante la observación de un hecho, Claudio Bernard insistirá en la necesidad de detenerse cuidadosamente, delimitarlo, tratar de reproducirlo, para enlazarlo en seguida a una hipótesis provisoria interpretativa que lo haga fecundo; Cajal, en cambio, sin descuidar la necesidad de rigurosos análisis técnicos, verá más bien la causa de una observación bien realizada en la actitud personal del investigador, actitud que ya no deriva sólo de su inteligencia,

---

(1) *Reglas y consejos sobre investigación científica.* Librería Beltrán. 8.ª edición. Madrid, 1940.

sino de su sentimiento y su voluntad: "No basta examinar, hay que contemplar; impregnemos de emoción y simpatía las cosas observadas; hagámoslas nuestras tanto por el corazón como por la inteligencia. Sólo así nos entregarán su secreto. Porque el entusiasmo acrecienta y afina diariamente en su adorada nuevas perfecciones: quien contempla con delectación un objeto, acaba por discernir en él detalles interesantes y propiedades peregrinas escapadas a la atención distraída de los trabajadores rutinarios" (1). "El conocimiento del objeto sólo será completo—afirma Cajal—cuando, a fuerza de contemplarlo y amarlo, seamos capaces de reproducirlo con exactitud mediante el dibujo; en ciencias biológicas es un procedimiento indispensable; aun en física, lord Kelvin decía no entender un fenómeno si no era capaz de representarlo en un esquema mecánico."

Esta importancia de lo volitivo lo lleva a preocuparse de la vida ética, de los deleites, de las inquietudes amorosas del investigador, convencido de que, dependiendo la ciencia más de la voluntad que de la inteligencia, un desvío en actitudes tan aparentemente alejadas del laboratorio conducirían al fracaso de la investigación misma. Los fracasados de la ciencia son para él los fracasados de la voluntad. La voluntad recta se caracteriza por amor a la Naturaleza y sus detalles: amor a lo exacto, pasión por la gloria, patriotismo, tenacidad frente a los problemas, pues la Naturaleza sólo se entrega a quien la requiere largamente. Aun en descubrimientos casuales, como en las tinciones histológicas, ha habido una penosa y oscura lucha: la Naturaleza no da su secreto a quien lo solicita, sino a quien lo merece.

Tampoco guarda objetos inútiles ni propone investigaciones vacías. "Cultivemos la ciencia por sí misma—dice Cajal—, sin considerar por el momento las aplicaciones. Estas llegan siempre; a veces tardan años, a veces siglos. Poco importa que una verdad científica sea aprovechada por nuestros hijos o nuestros nietos. Medrada andaría la causa del progreso si Galvani, si Volta, si Faraday, si Hertz, descubridores de hechos fundamentales de la ciencia de la electricidad, hubieran menospreciado sus hallazgos por carecer entonces de aplicación industrial.

"Dejamos consignado que lo inútil, aun aceptando el punto de vista humano, no existe en la Naturaleza. Y, en último extremo, aun cuando no fuera posible poner al servicio de nuestra comodidad y provecho ciertas conquistas científicas, siempre quedaría

---

(1) *Reglas y consejos sobre investigación científica*, pág. 171.

una utilidad positiva: la noble satisfacción de nuestra curiosidad satisfecha y la fruición incomparable causada en el ánimo por el sentimiento de nuestro poder ante la dificultad vencida.

"... En la lucha con la Naturaleza, el biólogo, como el astrónomo, debe prescindir de la tierra que habita y concentrar su mirada en la serena región de las ideas, donde tarde o temprano surgirá la luz de la verdad" (1).

Ya en la investigación misma, y una vez bien observados los hechos, el investigador debe imaginar hipótesis capaces de ser comprobadas por la experiencia. Ninguna hipótesis debe emitirse si no cumple a lo menos, según Cajal, los siguientes postulados:

"1.º Que sea obligatoria, es decir, que sin ella no quede arbitrio para explicar los fenómenos. 2.º Que sea, además, contrastable o comprobable, o, por lo menos, que pueda concebirse, para un plazo más o menos remoto, su comprobabilidad, pues las hipótesis que se sustraen por completo a la piedra de toque de la observación o de la experiencia dejan en realidad los problemas sin esclarecer y no pueden representar otra cosa que síntesis artificiales coordinadoras, pero no explicativas, de los hechos, cuando no meras explicaciones verbales. 3.º Que sea fácilmente imaginable, es decir, traducible en lenguaje físicoquímico, y si es posible, como quería lord Kelvin, en puro mecanismo. (Las hipótesis oscuras o demasiado abstractas corren riesgos de constituir vacías explicaciones verbales.) 4.º Que, huyendo de propiedades ocultas y de esencias metafísicas, propenda a resolver las cuestiones de calidad en cuestiones de cantidad; y 5.º Que sugiera, a ser posible, también investigaciones y controversias, que si no zanjan la cuestión, nos aproxima al menos al buen camino, promoviendo nuevas y más felices concepciones" (2).

Si de hipótesis biológicas se trata, debe agregarse:

"1.º La Naturaleza emplea los mismos medios para iguales fines. 2.º Estudiar el hecho en sus formas sencillas en sus distintos grados de evolución ontogenética; y 3.º Toda disposición natural, por caprichosa que parezca, obedece a un fin utilitario."

Algunas de estas reglas integran el sentido común de los investigadores; otras, como el estudio del hecho en sus etapas ontogenéticas sucesivas del embrión al adulto, lo que a él le permitió probar por primera vez la teoría de His y Forel sobre la contigüidad de la neurona, es su contribución personal más perenne a la Metodología científica; en fin, aquella que pide traducir la hipó-

(1) *Reglas y consejos sobre investigación científica*, pág. 43.
(2) *Reglas y consejos sobre investigación científica*, págs. 176 y 177.

tesis en lenguaje físicoquímico y aun mecánico, es su tributo al pensar científico del siglo XIX. Para los sabios de esa época, la verdad alcanza su apogeo cuando pasa de la pura legalidad (de tal hecho se sigue tal otro) a la causalidad mecánica, diversa, por cierto, de la causalidad metafísica, y que puede explicar los hechos por fuerzas de acción, reacción y adaptación a un espacio predeterminado.

La causalidad mecánica, de larga vigencia en biología, se fundamenta en la hipótesis del determinismo, que, a juicio de Cajal, como antes de Claudio Bernard, es el fundamento de la ciencia.

Sin embargo, la física cuántica había de acabar, en vida de Cajal, con esa hipótesis, probando experimentalmente que el determinismo no sólo no es necesario a la ciencia, sino que, además, en ciertos dominios, como el de la microfísica, impide todo avance. La física cuántica parte del principio de la indeterminación, basado, entre otras cosas, en las ecuaciones de incertidumbre de Heisenberg, en virtud del cual el resultado imprevisto de los fenómenos cuánticos se debe a la imposibilidad de coger simultáneamente las dos magnitudes estáticas y dinámicas de los fenómenos. La vieja ciencia acudía al determinismo para asegurar la previsibilidad de los hechos; la nueva también asegura esa previsión, pero a base de un cálculo estadístico; ya no dirá más de este hecho surge necesariamente, en tal tiempo, tal otro, sino, dado el promedio estadístico, es muy probable que de estos fenómenos se sigan estos otros: la ley, en la nueva física, es previsora para el conjunto, no para el detalle. En los últimos decenios, la biología procura aplicar el principio de la indeterminación, y otros de la física cuántica, al funcionamiento cortical del cerebro y a la teoría de los *genes*.

El otro postulado de las ciencias del siglo XIX, y que llevó a Cajal casi directamente a la investigación de la neurona, era el creer que los cuerpos grandes son un agregado de unidades fundamentales, el conocimiento de cuyas leyes había de simplificar el conocimiento de la conducta de aquéllos. En física, el impulso orientó hacia el átomo; en biología, a la célula. Al investigar sobre la célula no era, pues, una cuestión cualquiera la puesta en juego, sino, a juicio de aquellos hombres, el principio mismo de la vida. Falopio veía en la fibra el fundamento de todo organismo; Bichat lo puso en los tejidos. El descubrimiento de Schleiden y Schewan de la célula vegetal y animal, respectivamente, colocó el problema en supuestos absolutamente nuevos; Virchow dió un paso decisivo con su ley genética, y Cajal cierra el ciclo histórico al demos-

trar experimentalmente la unidad trófica, por lo menos de las células nerviosas.

Esta experiencia se desenvuelve en varias etapas; la primera anterior a 1903, cuando el método embriológico y la tinción cromoargéntica de Golgi le permite demostrar la contigüidad de las neuronas y la hipótesis unitaria del cilindro-eje, defendida en teoría por Kupffer, His y Kölliker; en esa misma época, la coloración vital al azul de metileno de Ehrlich le asegura en su descubrimiento.

En 1903, su nuevo método del nitrato de plata reducido le permite estudios sobre las neurofibrillas y sus terminaciones, estructura del núcleo de la neurona, regeneración y degeneración de vías centrales y, por fin, una nueva demostración de la contigüidad neuronal, frente a Apathy, Bethe y Held, que pretenden resucitar el antiguo reticularismo de Gerlach y Golgi.

Desde 1913 estudia el aparato de Golgi, y le guía gracias a su descubrimiento de los métodos del nitrato de uranio y sublimado oro, respectivamente.

Comprobada la independencia morfológica y trófica de la neurona, ya que la funcional le empezó a merecer dudas, Cajal supuso que el organismo entero es una federación de células, en la cual cada una se subordina al conjunto, al igual de los ciudadanos de una República; al hablar de república celular, cogía el lenguaje de Virchow. En sus *Elementos de histología normal* descubre la especificidad celular con estas palabras: "Cada célula, sin dejar de cultivar las actividades de nutrición y generación, perfecciona una o varias funciones, que constituirán su profesión orgánica y su título, digámoslo así, a la participación en los recursos nutritivos de la gran república celular. Las actividades nutritivas y proliferativas, verdaderos gajes de la vida social de las células, sólo en casos contadísimos son sacrificados en aras del principio de la división del trabajo, adquiriendo la mayor parte de las células (el lado de estas funciones propias de su vida) otras que pudiéramos llamar... profesionales dentro de la colonia celular. Por excepción puede citarse la célula nerviosa, que entregada a la importante labor de poner en relación todas las partes del organismo y de presidir y coordinar el trabajo y nutrición de los demás elementos, ha renunciado al principio de la reproducción."

Pero si persiste la teoría de la unidad trófica de la neurona, cada vez se ve más lejos la autonomía funcional de la célula y la posibilidad de deducir el funcionamiento orgánico de sus leyes. Al igual que las leyes de la microfísica demostraron ser diversas de

las de la física clásica, y entre ellas sólo cabe un principio de correspondencia, la función de las células aisladas, y las de esas mismas células integrando un organismo, es de un orden diverso; así, cuando dejan de funcionar algunas estructuras, las células de otras emiten propiedades insospechadas, como pretende haberlo demostrado en la clínica Constantino von Monakow y, antes de él, Hugling Jackson, para quien el organismo se forma a base de unidades funcionales y no morfológicas.

Pero así como fué necesario llegar al átomo para comprobar que él no es la última unidad de la materia, y que aun no es posible por ahora concebir unidades morfológicas, pues al electrón mismo se le ve a la manera de una nube difusa en torno al núcleo, por lo menos en lo que al átomo de hidrógeno se refiere fué necesario también la obra de Cajal para, agotadas las perspectivas celulares, entrar en una era biológica distinta. Desde el ángulo del método quedan como algo decisivo el método embriológico y sus tinciones, gracias a las cuales descubrió hechos de extremo valor; en cambio, sus hipótesis de partida, las unidades fundamentales y el determinismo, reducidas por la ciencia actual a sus verdaderos límites, han ido a integrar la serena región histórica, donde yacen las ideas venerables del pasado.

Armando Roa.
Lazie, 2.134.
SANTIAGO DE CHILE.

RETRATO DE DAMA CON JOVEN DONANTE

POR

CARLOS MARTINEZ RIVAS

I

La juventud no tiene donde reclinar la cabeza.
Su pecho es como el mar.
Como el mar que no duerme de día ni de noche.

Lo que está en formación
y no agrupado como la madurez.

Como el mar en la noche,
cuando la tierra duerme como un tronco,
da vueltas en su lecho.

Solo.
Retirado a mi tos.
Desde mi lecho que gruñe oigo correr el agua.
Toda el agua que se oye pasar de noche bajo los lechos,
bajo los puentes.

Las aves del cielo tienen sus nidos. Nidos curiosísimos.
Los zorros y las raposas tienen alegres madrigueras donde hacen
[de todo.
La juventud no tiene donde apoyar la cabeza.

Y rompe a hablar. A hablar. Toda la tarde
se la pasó el joven hablando delante de la mujer enorme.

Dejándola para mañana se le pasa la vida.

Y en la Pinacoteca de Munich, bajo el gran hongo, a la afable
sombra de los Viejos Maestros, o en la olla del placer,
derramando en el suelo su futuro,
dice a su juventud,
a su divino tesoro, dícele: —Sólo espero
que pases para servirme de ti.

Y aprender a sentarse.
Empezar a tener una cara.

Lo que hizo Mr. Carlyle, el dispéptico.
Lo que hicieron "Don Pío" y su boina.
O Emerson ("... una fisonomía bien acabada es
el verdadero y único fin de la Cultura").

Y todos los otros octogenarios,
los que no escamotearon su destino:
el propio, el que vuelve al hombre rocín
y acaba sólo gafas, hocico, terco bigote individual.

Los que llegaron hasta el final
y zanjaron el asunto y merecieron
un retrato en su viejo sillón rojo,
calvo ya como ellos, y hermoso.

Sentados para siempre. Fotogénicos.
Idénticos a su celebridad. Fijos a los ojos
como si por encima del vano afanarse de la tribu
lo logrado miraran. ¡Lo logrado!

¿Lo logrado?

¿Y si fuera otra cara la verdadera y no ésta,
sino la otra, la mal hecha, la que no se parece
y es distinta cada vez? La del Hombre
del Trapo en la Cabeza, el que se cortó
la oreja con una navaja de afeitar
para dársela a la menuda prostituta?

Pero él fué solamente un pintor. Uno
entre los otros espantapájaros, minúsculos
en medio del gran viento que choca contra el cielo,
empeñados en añadir un paso más a la larga cadena.

Ocupados en cambiar la Naturaleza, como las estaciones.
Rehaciendo y contrahaciendo el rostro del mundo. El rostro
del vasto mundo plástico, supermodelado y vacío.

II

Aludo a;
trato de denunciar
algo sin un significado cabal, pero obcecado en su evidencia:

el árbol con piel de caimán;
la esponja con cara de queso Gruyère,
y viceversa;
el viejo de la esquina, el que vende cordones para zapatos,
peludo de orejas, animal raro
Nabucodonosor amansado.
Una lora en su estaca moviéndose
peculiarmente. Mostrándonos su ojo
viejo, redondo, lateral.
Los moluscos, temblorosa vida
en la canasta que contemplan
tan serios el niño y la niña.
El perro en la cantina, debajo de su mesa favorita,
temible a causa de su bozal.
Un par de hombres solitarios bañando un caballo
con un cepillo grande a la orilla del mar
en una perdida costa pequeña y abrupta.
Los grandes bueyes lentos de fuerza y peso,
cargados de su propio poder, y los caballos
pastando con sus cuellos inclinados igual que las colinas...

Todo incomprensible (en apariencia) o idílico, pero inasistido,
no azotado por el error, vivo dentro de un cero
en la impotencia de lo sólo evidente.

El mundo plástico, supermodelado y vacío.
Como un infierno lento y ocioso,
abandonado por los demonios,
condenado a la paz.

III

...Pues si esta noche el alma.
Si esta noche quisiera el alma hundirse
en la infamia o la ira
hasta el fondo, hasta que el pulgar del pie

brille contra la roca en la tiniebla
del agua; y desde allí
intentara una vez más
tantear, cerrar los ojos,
hundirse aún más hondo..., no podría.

La ola de la Tontería, la ola
tumultuosa de los tontos, la ola
atestada y vacía de los tontos
rodeándola ha, hala atrapado.

Inclinada sobre el idioma, sobre
el pastel de ciruelas, lo consume
y consúmese ella disertando.
Y danza. Pero no al son del adufe,
sí del castañeo de los dientes
que agitados por el rencor y el miedo
producen un curioso tintineo.

Al son del "¡sun-sun! de la calavera".
Y, súbito, el recuerdo del hogar.
De pronto, como una espina ardiente;
como el sonido de un clarín de niño
en la traición, en las traiciones de las
que sólo el olvido nos defiende:
sólo otra traición del corazón
nos defiende. Y el pecado futuro,
ya en acción, zumbando desde lejos,
desde antes sabido, realizado y ceniza.

Hoyo, humo y ceniza. Es el desierto.
El sol huero, la arena y la pequeña
mata de llamas. A lo lejos, la nube
abstracta sobre la colina ocre.

Un pájaro atraviesa la tarde de borde a borde.

Una hoja seca araña el techo de cinc.

Un grifo vierte el tedio.

—Pero conocí una dama.



Sola en principio y descastada
como un águila. El águila
de Zeus en el exilio, de
paso entre nosotros. El ruido
de sus garras sobre la mesa
y el ojo perspicaz. El ojo
que sólo ve, sin opiniones.

Así el suyo. Como el ojo
del ave: sin respuesta, puro
de voluntad óptica. Ojos
duros, pequeños y desiertos
delante de la ilimitada
extensión del yo varonil.

Rostro intemporal, zoológico.
Lleno de fanatismo, pero
frío, sutil, no sometido,
como escarabajo o bala.

Civilizaciones la han hecho.
Muchas estirpes habrán sido
necesarias delante de ella
como delante de los frutos
soles y siglos. Una hilera
de siglos como grandes filtros
para que al fin cayera—gota
pura—entre las fuentes públicas
y los hábitos de su raza.

No la dríada de los bosques
ni oréade, breve de seno,
oliendo el aire. No trirreme
a la luz de las olas. Ni algo
que el pueblo de Francia advertía.

Ni tocador lleno de dijes
finos, colgantes como lluvia,
y revólveres relucientes
que enseñáronme tanto sobre
la naturaleza secreta

del níquel y el por qué de las uñas
y lo dentado.

Pero sí
algo que entró en el cielo excluido
de lo suficiente. Sí algo
como la lógica de lo simple,
la forzosidad de lo perfecto,
la inteligibilidad de lo necesario. Y eso,
eso se mueve en la tercera
rueda, nosotros aquí abajo
enronquecemos discutiendo.

Sin vacilaciones ni sombras:
todo respuesta que el enigma
vano de la blancura oculta
y suplanta, el pecho ofrece
un fondo al rayo de la mano.

Tras la aislada frente monótona
—donde ensordece el apagado
barullo del mundo invisible—
se abre el perla, absorto, cóncavo
día solo de una mujer.

En el interior de la concha.
La Nada femenina. Allí,
aún sin aletas y sin ojos,
un caos se defiende, más
cerca del huevo que del pez.

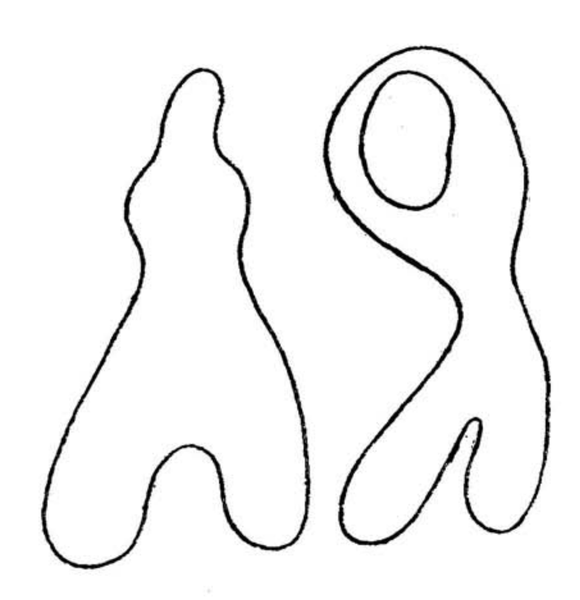
Mordiente sol, limón de oro,
virginidad aceda. Es
la mujer, golpeando, matando
con su pico al hombre cálido.
Su pico de vidrio. El de hielo.

Púdica, insípida y hostil,
con la terquedad espantable
y pacífica de la luz.

La Nada femenina. Sola
ante lo último, lo límpido
donde lo resistente es nácar.

Piedra vestida por la sombra
y desnuda por el sol.

Carlos Martínez Rivas.
18, rue Cassette.
PARÍS, 1949-50.



LA INTERPRETACION CICLICA DE LA HISTORIA

POR

VINTILA HORIA

Magnus ab integro saeclorum nascitur ordo.
(VIRGILIO, *IV Egloga*).

A EUGENIO D'ORS.

Desde que Osvaldo Spengler imaginó la Historia como un ciclo cerrado de repeticiones, afirmando que "la historia universal posee un número de formas fenomenales limitado, que los evos, las épocas, las situaciones se renuevan por tipo", mucho se ha discutido acerca de los antecedentes de esta teoría del eterno y monótono retorno. Se ha llegado hasta Vico y sus *corsi e ricorsi,* y más allá de él, hasta el Renacimiento, que es un concepto "semejante a la representación de un retorno" (Huizinga, *Sobre el estado de la ciencia histórica*), y, a través de Maquiavelo, se ha buscado en la cosmología de los estoicos y en la cosmogonía babilónica los primeros rasgos de la interpretación spengleriana. En realidad, la representación cíclica de la historia, tal como Spengler la plantea, echa raíces en las culturas populares y en el folklore y es, en el fondo, una negación rotunda de la historia, puesto que la repetición niega el progreso, sea éste indefinido o escatológico. El hecho histórico es, por sí mismo, irrepetible, y su retorno en el tiempo presupone no solamente la negación de la Historia, sino la voluntad de destruir el tiempo.

Vista desde esta premisa, la obra de todos los intérpretes cíclicos de la Historia hace hincapié en una contradición fundamental, que sería la siguiente: el período que todos ellos encaran en sus respectivas obras, y que abarca los cinco mil años de la historia humana, no es en el fondo *historia,* según el concepto cristiano, o según el sentido progresista de la palabra, puesto que la repetición tipológica de los acontecimientos no es otra cosa que la técnica de los *primitivos* para aniquilar el transcurso fatal del tiempo y para impedir la formación escurridiza de los procesos históricos. El mito del eterno retorno, vigente todavía en las grandes culturas orientales, pertenece al inmenso *substratum* de las civilizaciones tradicionales, que se confunden hoy día en Europa con las clases campesinas y cuyos orígenes se pierden en la protohistoria y hasta más allá de la misma. La Historia, sea como manifestación consciente de lo humano, sea como ciencia o arte, no interesa más que una de las civilizaciones hoy en vida, la occidental, en cuyos límites tan sólo una parte cree en ella y la realiza conscientemente, mientras que el mundo campesino de la Europa oriental, que constituye el bajo fondo biológico y espiritual de la "civilización ortodoxa", junto con las demás civilizaciones existentes, viven más allá de la historia, en plena edad mítica.

Tratemos de esclarecer este concepto para poder explicarnos la curiosa, pero genuina, relación que corre entre la obra de Spengler y esta lejana y todavía oscura precedencia.

Según el folklorista y etnólogo francés André Varagnac (*Civilisations traditionnelles et genres de vie*, Ed. Albin Michel, 1948), el neolítico se carac-

teriza por el contacto eficiente entre el hombre y el ambiente vegetal, mientras que, por ejemplo, en el paleolítico, habían predominado las relaciones entre el hombre y el ambiente animal, y en la época moderna, merced a la explotación industrial, el contacto con las riquezas geológicas del planeta iban transformando la vida humana en la misma medida revolucionaria en que la había transformado la explotación del ambiente vegetal o la agricultura en los albores del neolítico. "Nada hay de sorprendente, escribe Varagnac, si las civilizaciones que se sucedieron bajo el signo principal de la agricultura y de la vida pastoril han quedado emparentadas a lo largo de los tiempos. La suma de estos parentescos es lo que designamos bajo el nombre de *civilización tradicional*". (op. cit., pág. 361).

Si nos apartamos por un momento de lo que es la interpretación moderna de la vida en general, si contemplamos la ruptura provocada por el progreso mecánico entre el hombre y su destino, y tratamos de penetrar en la psicología del hombre tradicional, vamos a descubrir, por de pronto, lo siguiente: para el hombre tradicional, el mundo está exento de leyes, mientras que el hombre moderno ha llenado el universo de leyes que explican la realidad y la hacen comprensible y totalmente utilizable.

El hombre tradicional *se imagina* el universo, mientras que el hombre moderno *lo comprende*, puesto que en la evolución de la especie humana la imaginación precede a la comprensión. El no conocer implica, pues, *la fabulación*, que es como un antecesor de la intelección. He aquí el origen de las dos posiciones antinómicas frente a la interpretación de la historia: *el hombre imaginativo* tiene que volver sobre sí mismo para comprender el porqué del dramatismo histórico; tiene que amueblar el pasado con firmes puntos de apoyo o de arquetipos, con los cuales relaciona cada uno de los acontecimientos más importantes de su vida personal o de la de su estirpe. Y como el correr del tiempo es, a pesar de todo, una trágica e inevitable realidad, su táctica frente a este problema, que el pasado resuelve clara y lógicamente, será la de encontrar una manera eficaz para destruir el tiempo, esto es, para hacerlo inofensivo. Todas las culturas tradicionales o primitivas conocen esta *técnica para matar el tiempo*, sea a través de las ceremonias religiosas del año nuevo, en que la orgía festiva tiene el poder de precipitar el mundo en el caos originario, para que resurja después completamente puro y renovado, salvado de la acción corrosiva del tiempo, sea relacionando cada acontecer con los mitos prístinos de su pasado, integrados en un presente eterno.

Fué éste también uno de los rasgos esenciales del mundo griego, que no tuvo, con respecto a la Historia, el concepto que tenemos nosotros frente a ella. Su arte, por ejemplo, es un arte que se desarrolla en el espacio. La plasticidad de las creaciones griegas es muy diferente de la fluidez de la cultura cristiana posterior, en que la música, o sea el arte que se desarrolla en el tiempo, fué por primera vez posible en un sentido artístico elevado. Esta diferenciación entre el arte que se desarrolla en el espacio y el arte que se desarrolla en el tiempo pertenece a Kirkegaard *(Entweder Oder,* el capítulo *Die Stadien des Unmittelbar-Erotischen oder das Musikalisch-Erotische,* pág. 61, Dieterichschen Verlagsbuchlandlung, Leipzig, 1939) y hace posible una respuesta lógica a la pregunta: ¿por qué los griegos no creían en la historia y por qué no la pudieron cultivar como arte o ciencia? La historia, como la música, se desarrolla en el tiempo, y no es posible realizarla en el marco cerrado, plásticamente limitado, de las culturas tradicionales. Fueron los persas

y los judíos los primeros en otorgar al tiempo su valor plenamente ontológico, dando a la historia un sentido claramente universal. El concepto del hombre tradicional, del agricultor en general, acerca de la historia, es netamente cíclico. Como el trigo en el transcurso inmortal de las estaciones, el hombre sabe que todo vuelve a acontecer de nuevo, o mejor dicho, *se lo imagina*, según los datos naturales que tiene a su alcance y su fuerte deseo de no morir, de vencer el tiempo. Su vivir cotidiano es poético, creativo y metafórico. La historia no existe para él.

El hombre razonable de nuestra época, que encontró la manera de aprovechar en pleno los recursos geológicos del planeta, tiene, en cambio, otra visión del mundo. La ciencia le enseñó las leyes del progreso indefinido, dentro del cual acontecen los hechos irrepetibles de la historia. La vida humana no tiene principio ni fin; lo que cuenta es zambullirse con pasión demiúrgica en el curso de la historia, *hacer historia*, integrarse de manera creadora y heroica en este movimiento sin meta precisa, cuyo recorrido se parece a una espiral ascendente o a un camino infinito, cuyo contenido está animado por la presencia ecuménica del hombre occidental. Más allá de él todo es arqueología o etnografía. Es este el perfil de lo que Walter Schubart llamaba "el hombre heroico", opuesto al "hombre armónico" o al "hombre ascético", cuyas facciones coinciden, en cierto modo, con las del hombre tradicional. La filosofía del hombre heroico frente a los acontecimientos será el historicismo, dentro de cuyos límites caben perfectamente tanto Kant como Karl Marx, Ranke como Hegel, y cuyo idealismo romántico define con bastante precisión el contenido ideológico de toda una etapa optimista.

¿Cómo pudo aparecer Spengler en pleno desarrollo optimista? ¿Cómo cabe su explicación cíclica de la historia en momentos en que el historicismo se encontraba en su auge y en que Karl Lamprecht construía su historia social-psicológica de la cultura, "según las normas del método propio de las Ciencias Naturales?" (Huizinga, op., cit., pág. 23). La respuesta no es nada sencilla, pero trataremos de formularla de modo que sea fácilmente comprensible. El mismo historicismo ofrece a Spengler, por un lado, los medios de investigación para elaborar su tesis y, por el otro, el matiz pesimista de su doctrina. El siglo XIX, en su afán de conocimiento universal, se había encontrado con las culturas orientales cuyos aspectos religiosos, históricos, etnográficos y folklóricos, había estudiado científicamente. El Oriente, a través de los descubrimientos arqueológicos, de los estudios lingüísticos y, más tarde, de la filosofía de Schopenhauer, había penetrado profundamente en el pensamiento occidental, en general, y en el alemán, en particular. Era fatal que alguien descubriera no solamente las relaciones de las culturas orientales con la historia, sino también su perfecta supervivencia en el marco mismo de la cultura occidental, o sea, en el folklore entendido como creación genuina de los ambientes rurales europeos. Resultó bastante fácil juntar estas concepciones de una común sabiduría ancestral, relacionadas con una época en que el Oriente y el Occidente vivían según las normas del neolítico y de la civilización agraria tradicional, y erigirlos de repente frente a las dudas y a las cavilaciones en que se encontraba el optimismo progresista a principios de nuestro siglo. Puesto que la ciencia no ha podido contestar todas las preguntas y el progreso moral no ha podido coincidir con el progreso técnico; puesto que, sobre todo, las leyes de la ciencia se han hallado incapaces para explicar lo que iba a suceder, *el comprender* del hombre moderno, fundamento del pro-

greso, apareció como menos valedero que *el imaginar* del hombre tradicional. (1).

He aquí por qué *imaginar* la Historia como una inmensa y armónica serie de ciclos naturales, reactualiza el eterno movimiento regresivo de los ciclos y por qué Spengler pudo afirmar que "la Historia no se piensa, se poetiza". Es lo que intentará Toynbee, también con argumentos mucho más complejos y valederos.

Lo que desde entonces ya podemos afirmar, para explicar la presencia de tales construcciones cíclicas en pleno desarrollo progresista, es que la ciencia y la técnica alejan al hombre de su destino "natural", y que, con todas las ventajas y comodidades que le brindan a cada rato, no pueden fundamentar una ciencia del hombre, ni esclarecer la visión de su porvenir. Además, el mismo hombre de ciencia, *bárbaro moderno,* como lo califica Ortega, hizo posible el escepticismo actual frente a las posibilidades de la ciencia. Su exagerada especialización, que realizó hacia el 1900, "...un tipo de científico sin ejemplo en la Historia", ha puesto de relieve su incapacidad para ofrecer una visión del mundo concorde con el estado general de las ciencias. El *sabio-ignorante* tuvo que ser reemplazado por el *profeta al revés,* o sea, por el filósofo de la Historia, cuya aparición no hubiera podido ser posible, por lo menos en una primera fase, sin el retorno a la interpretación cíclica de las culturas orientales y de la civilización tradicional. "La física—dice Ortega—entra en la crisis más honda de su historia, y sólo podrá salvarla una nueva Enciclopedia, más sistemática que la primera." La obra de Spengler, como la de Toynbee y de Huntington, es una Enciclopedia, mucho más lógica y sistemática que la de 1751, pues sorprende el ritmo íntimo de los hechos que encierra en sus páginas, y trata de ofrecer a sus lectores una visión completa de la génesis y el desarrollo de las civilizaciones.

La presencia del filósofo de la historia es, además, un signo característico de las épocas de crisis. Berdiaeff trae a colación al profeta Daniel, primer filósofo de la historia, apareciendo en plena crisis del pueblo de Israel; a San Agustín, que escribe la primera interpretación moderna de la historia en pleno derrumbe del Imperio romano, y a Hegel, cuya obra brota de la tremenda crisis en que se encontraba Europa después de la caída de Napoleón, para hacer coincidir la pasión por la historia con las épocas de crisis.

Encaremos, pues, más de cerca la relación que hemos establecido entre la teoría cíclica spengleriana y el mito tradicional del eterno retorno. El filósofo Mircea Eliade (véase *Traité d'histoire des religions,* Payot, 1950, y *Le*

---

(1) La concepción progresista de la Historia excluye, claro está, cualquier intento profetizador. Y ésta es otra de las causas en que estriba tanto la *necesidad* que provocó la revisión de la filosofía de la Historia, en un momento en que el hombre no creía más en el progreso y quería saber cuál será su porvenir, como también la explicación del éxito que encontró la obra de Spengler y la teoría cíclica, en general. Destacando *lo nuevo, lo nunca ocurrido,* que representa cada acontecimiento en sí, según el historicismo y las teorías progresistas, Alfredo Weber afirma lo siguiente:

"...lo nuevo que crea la acción humana, partiendo de las condiciones dadas, de los materiales, de las fuerzas y de las posibilidades existentes en determinado instante, no puede ser objeto de un pronóstico exacto... Lo que el obrar humano produce, partiendo de ese nivel de circunstancias dadas, no es previsible; ni en cuanto a su esencia ni en cuanto a su forma; pues toda acción creadora rebasa los límites de la previsión". (*Historia de la cultura,* pág. 11).

mythe de l'éternel retour, Gallimard, 1949), escribe lo siguiente a propósito de la imagen que las culturas primitivas tenían acerca del tiempo y de la historia, de los acontecimientos y de su repetición: "En la religión, como en la magia, la periodicidad significa, ante todo, la utilización indefinida de un tiempo místico hecho presente. Todos los rituales tienen la propiedad de acontecer *ahora*, en *este mismo instante.* El tiempo en que se ha producido el acontecimiento conmemorado, o repetido por el presente ritual, está *hecho presente*, "re-presentado", si pudiera decirse así, cualquiera que sea su distancia en el tiempo. La pasión de Jesús, su muerte y resurrección, no son simplemente conmemoradas durante los oficios de la Semana Santa; ellas acontecen de veras *entonces*, bajo la mirada de los fieles. Y un verdadero cristianismo tiene que sentirse *contemporáneo* de estos acontecimientos transhistóricos, puesto que, al repetirse, el tiempo teofánico se vuelve presente". *(Traité d'histoire des religions*, pág. 336.) (2).

Por consecuencia, cada ritual religioso reintegra al hombre en el tiempo mítico, que es no solamente *pasado*, sino también, y sobre todo, presente y porvenir. El continuo vivir en *illo tempore* constituye entonces una manera de destruir la acción corrosiva del transcurso histórico, pero también una

---

(2) Hemos escogido a propósito esta cita para poner de relieve la manera en que una interpretación escatológica de la Historia, el cristianismo, ha sido primitivamente acaparada por la civilización tradicional, integrada así en la concepción cíclica de la historia y casi transformada en magia. Mucho más tarde, cuando el cristianismo organizó su cuerpo de doctrina, destruyendo poco a poco las reminiscencias mágicas paganas, se pudo trazar una línea de demarcación entre las dos interpretaciones, creándose una neta separación entre la civilización occidental (católica), fiel a su esencia escatológica, y la civilización cristiana oriental (ortodoxa), cuya relación con la interpretación cíclica, o sea, precristiana de la historia, resulta evidentísima. En Rusia, por ejemplo, el cristianismo "...es abrazado interiormente por el pueblo, claro que en la única forma que era posible para él, es decir, en cuanto a la forma mágico-sacramental; sin que esto impida que este mismo pueblo prosiga el culto pagano". (Alfredo Weber, *Historia de la cultura.)* En el marco de este mundo ruso, la idea del regreso de Jesucristo ha sido siempre presente en el pueblo, influyendo hasta en la literatura culta y desembocando más tarde en la poesía revolucionaria del año 1917, cuando el Redentor aparecía como un destructor de la burguesía y un fundador de *nuevos tiempos.* En el fondo, este regreso de Jesús, regreso que significaba el fin de la historia y el principio del paraiso terrenal, coincide tanto con el *milenarismo* occidental, reminiscencia de una concepción cíclica de la Historia, continuada a través de Orígenes hasta Gioacchino del Fiore y condenada varias veces por la Iglesia de Roma, cuanto con la profecía marxista del paraiso terrenal.

Además de esto, la afirmación que hace Mircea Eliade, cuando considera la presencia del Salvador en la Semana Santa como *un acto de magia*, no coincide con la realidad del dogma cristiano, en primer lugar, porque el cristianismo no es una magia y, en segundo, porque Jesucristo *está siempre presente* en la conciencia de un cristiano ("Jesucristo es una realidad cósmica", dice Romano Guardini), no solamente entre el Domingo de Ramos y el primer día de Pascua. Así como lo afirma Kirkegaard, que Eliade también cita, el hombre cristiano se considera "contemporáneo de Jesucristo", pero no en un sentido mágico, sino en aquel de la dinámica y perenne presencia de Dios en el mundo. "...El pensamiento cristiano, escribe Etienne Gilson, sintió hasta la angustia el carácter trágico del *instante*", esta angustia sobre la que Kirkegaard fundamentó una nueva interpretación filosófica del mundo. La consecuencia directa de este sentimiento permanente de la huída sin retorno del tiempo, "...es la sustitución, como escribe Gilson, por una nueva noción del sentido de duración de la del ciclo, o de regreso eterno, con que tan bien se contentaba el necesitarismo griego".

manera de explicar el presente y de penetrar en los secretos del futuro. "Desde el punto de vista de la espiritualidad arcaica—escribe Eliade—todo comienzo es un *illud tempus*, y, por consecuencia, una abertura hacia el Gran Tiempo, hacia la eternidad... La historia, en la perspectiva de la mentalidad primitiva (3), coincide con el mito; todo *acontecer* (toda coyuntura que tiene un sentido), por el mismo hecho de haberse *producido en el tiempo*, representa una ruptura de la duración profana y una invasión del Gran Tiempo. Todo acontecimiento, como tal, por el hecho mismo de haberse producido en el tiempo, es una hierofanía, una revelación." Y más adelante: "...lo que nosotros llamamos la "historia" de las sociedades primitivas, se reduce exclusivamente a los acontecimientos míticos que han tenido lugar *in illo tempore* y que no cesan de repetirse desde entonces hasta nuestros días. Todo lo que es, según el concepto del hombre moderno, verdaderamente "histórico", es decir, único e irreversible, es considerado por el primitivo como sin importancia, por estar exento de cualquier precedencia mítico-histórica".

Según esta representación de la historia, no existen acontecimientos originales, sino repeticiones de un arquetipo mítico originario que explica lo que pasa hoy y lo hace al mismo tiempo soportable, cualesquiera que sean los matices, felices u horrorosos, del presente o las perspectivas del porvenir. El héroe primitivo, al contrario del héroe moderno, no abre caminos nuevos para la Humanidad, como diría Carlyle, sino que repite las gestas sucedidas ya *in illo tempore*, y que cada generación o cada ciclo de vida humana puede repetir hasta que se cumpla el fin de los tiempos. Todos los acontecimientos son, en cierto modo, *simultáneos o contemporáneos.*

¿En qué medida se encuentra Spengler bajo la influencia de esta perspectiva histórica? ¿En qué medida coincide su "morfología" de la historia universal" con la antigua concepción de los pueblos llamados primitivos? He aquí, concentrada en pocas palabras, *la revelación lógicamente pensada de una explicación imaginada*:

"Desde luego resalta la identidad entre este período (el nuestro, n. r.) y el helenismo; particularmente la identidad entre el actual momento culminante de este período—señalado por la primera guerra mundial—y el tránsito de la época helenística a la romana. El *romanismo*, con su estricto sentido de los hechos, desprovisto de genio, bárbaro, disciplinado, práctico, protestante, *prusiano*, nos dará siempre la clave... para comprender nuestro propio futuro. *¡Griegos y romanos! Así efectivamente, diferénciase el sino que ya se ha cumplido para nosotros y el sino que va a cumplirse ahora.* En la "antigüedad" hubiera podido, hubiera debido hallarse ya hace tiempo una evolución enteramente pareja a la de nuestra propia cultura occidental; esa evolución es diferente en los detalles superficiales, pero idéntica en el impulso íntimo, que conduce el gran organismo a su término. Habríamos entonces encontrado en la antigüedad un constante *alter ego* comparable, rasgo por rasgo, con nuestra propia realidad, desde la guerra de Troya y las Cruzadas, desde Homero y los nibelungos, pasando por el dórico y el gótico, el movimiento dionisíaco y el Renacimiento, Policleto y Sebastián Bach, Atenas y París, Aristóteles y Kant, Alejandro y Napoleón, hasta el predominio de la ciudad moderna y el imperialismo de ambas culturas."

---

(3) *Primitiva* en el sentido de tradicional. Spengler incluía esta mentalidad primitiva antifáustica y antihistórica en el concepto genérico de *razas de color.*

Y más adelante: "Así aparece el Imperio romano, no como un fenómeno único, sino como el producto normal de una espiritualidad severa y enérgica, urbana y eminentemente práctica, estadio final típico que ha existido varias veces, pero que no había sido nunca identificado hasta ahora... Convenzámonos de que los siglos XIX y XX, supuesta sima de una historia universal progresiva en línea recta, constituyen un fenómeno que puede registrarse en toda cultura cuando llega a su madurez. No se trata aquí ciertamente de nuestros socialistas, impresionistas, ferrocarriles eléctricos, torpedos y ecuaciones diferenciales, todo lo cual pertenece tan sólo a la *corporeidad* de esta época; trátase de una misma *espiritualidad* civilizada, preñada además de muy pocas posibilidades de externa configuración. Debemos convencernos de que la época actual representa un estado de tránsito (4), que se produce irremisiblemente en determinadas condiciones; que hay, por lo tanto, otros determinados estados *postreros*, no sólo los modernos occidentales, y que estos estados postreros han existido ya en la Historia pasada más de una vez, y que el porvenir del Occidente no consiste en una marcha adelante sin término, en la dirección de nuestros ideales presentes y con espacios fantásticos de tiempo, sino que es un fenómeno normal de la Historia, limitado en su forma y duración; fenómeno inevitable que se extiende a pocos siglos y que por los ejemplos antecedentes puede ser estudiado y previsto en sus rasgos esenciales." (*La decadencia de Occidente,* traducción de M. García Morente, página 66, primer tomo.)

Si el hombre tradicional vive en pleno simbolismo, puesto que su *illud tempus* es el símbolo de su inmortalidad, "... la morfología de la Historia universal, como dice Spengler, se transforma necesariamente en un simbolismo universal". El hombre tradicional vivivía también en pleno simbolismo, su visión del mundo y de la Historia era morfológica y determinista como la de nuestro folósofo.

Es verdad que las diferencias que hemos establecido más arriba entre el hombre tradicional y el hombre moderno aparecen también en el pensamiento de Spengler y coinciden, en cierta manera, con su esquema *apolíneo-fáustico, estático-dinámico,* pero el tipo fáustico es tan perecedor como el otro, y su muerte encierra en sí la promisión del fatal regreso apolíneo en la escena de la historia. El ritmo equilibrado de este juego no tiene fin ni meta; es por consiguiente, ahistórico, puesto que nosotros no hacemos otra cosa que repetir las hazañas de los romanos, como el Renacimiento repitió las de los griegos. Pasar de un estado cultural a uno civilizador y viceversa, hasta el infinito, es establecer categorías mitológicas repetibles, que anulan el tiempo y con él el trágico progreso de la Historia. La voluntad histórica del hombre fáustico queda anulada por la sucesión histórica del ciclo apolíneo. Este eterno retorno de las cosas explica, sin embargo, las correspondencias históricas, y esclarece, de manera manifiesta, la reaparición sistemática de

---

(4) Según Karl Jaspers (*Origen y meta de la Historia*), el rasgo fundamental de la Historia es la transición. "La Historia es en absoluto transición." Toda grandeza se manifiesta en los estadios de tránsito. La filosofía del idealismo alemán, por ejemplo, "se produce en la transición de la creencia a la impiedad", mientras que la tragedia griega apareció en la transición del mito a la filosofía". Resulta evidente que el punto de vista de cada uno de los dos filósofos frente a nuestra época es diametralmente opuesto. El tránsito es para Spengler indicio de decadencia; para Jaspers, de introducción a un nuevo "tiempo eje".

ciertos rasgos comunes a todas las culturas y civilizaciones, pero no explica el *cómo* y el *porqué* de la Historia misma, o sea, del progreso en el tiempo. Si es cierto que los capítulos heroicos, expansionistas, protestantes, prusianos de nuestra civilización pueden ser encontrados tal cuales en el período final del Imperio romano, esta repetición deja a un lado la diferencia específica entre aquéllos y nuestro tiempo (5).

La identidad es meramente simbólica, pero nuestra realidad actual no puede ser comprendida y estudiada sino bajo la luz de aquel dramático progreso al que está condenado la condición humana. Progreso indefinido o evolucionismo finalista o escatológico, el matiz doctrinario interesa menos que la diferencia en que se coloca en seguida el rígido sistema de Spengler frente a una corriente rectilínea, como es la Historia, y que desconoce la periodicidad fatalista de las repeticiones cíclicas.

Para comprender mejor la posición en que la explicación cíclica de la Historia se ha colocado desde el comienzo, trataremos de analizar uno de los conceptos básicos de las dos teorías ecuménicas de la Historia: *el concepto de la naturaleza* y su íntima relación con el desarrollo de la vida humana y de la civilización misma. El hombre antiguo no conocía el antagonismo alma-naturaleza, se confundía con esta última, era parte de ella, y hacía del dios Pan el centro de esta unión, que los artistas del Renacimiento habían de idealizar más tarde en el elocuente abrazo entre Leda y el cisne, que simboliza, en su tardía y mítica reaparición, la unión esencial entre el ser humano y las fuerzas de la Naturaleza. Pero ya durante los primeros tiempos de la Edad Media, como lo observa Berdiaeff, la magia negra había perpetuado la creencia en este contacto, de tal modo, que *los espíritus,* o sea, las fuerzas ocultas del mundo circundante, no representaban entonces sino la supervivencia de esta promiscuidad que el cristianismo había ideológicamente liquidado. El período cristiano de la Historia se caracteriza, justamente, por la separación entre el hombre y la Naturaleza, salvando el alma de la tiranía de los instintos, que son las cadenas sensibles entre dos esferas que el mundo antiguo había confundido. De organismo viviente, la Naturaleza pasa a ser un mecanismo inanimado, concreto, digno de ser conocido en la medida en que el hombre lo puede controlar para deshacerse de su dominio. He aquí una de las causas más profundas del progreso técnico que los ilustres progresistas del siglo pasado han desconocido a menudo.

"Por más paradojal que pueda parecer, escribe Berdiaeff (*Le sens de l'Histoire,* París, 1948), me parece que solamente el cristianismo hizo posible la ciencia de la Naturaleza y la técnica positiva que el hombre era capaz de concebir mientras su vida reposaba sobre una concepción mítica del mundo." Esta concepción "mítica del mundo" impidió, por ejemplo, a los romanos el encontrar una solución técnica a los problemas que les planteaba la vastedad de su Imperio, y su decadencia se debe, en primer lugar, según Ortega, a la falta de una técnica adecuada. El Imperio romano, en su última fase, se encontraba en la misma situación que aquellos dinosaurios (diplodocus) de la Era Secundaria, desaparecidos en el Cretácico Superior, "...que tenían una cabeza y una mandíbula tan pequeñas en relación al cuerpo, que debían estar obligados a comer continuamente para conseguir alimentar su inmensa masa.

---

(5) "Lo que en la Historia no es más que fundamento físico y no hace más que repetirse idénticamente—las causalidades regulares—, es lo ahistórico en la Historia" (Jaspers, op. cit., pág. 249).

Para evolucionar habrían tenido que retroceder, pero la evolución es irreversible" (Lecomte du Noüy, *El porvenir del espíritu*, pág. 155). Herederos de los griegos, los contemporáneos de Trajano y de Aurelio eran los prisioneros de la Naturaleza. El dios Pan no había muerto todavía para dejar vía libre a la investigación científica.

Pues bien, la interpretación cíclica de la Historia no plantea este problema, que es, para nosotros, esencial. La repetición cíclica es una *imitatio naturae*, y nos lleva tan lejos en el tiempo como para recordarnos los misterios de Dyonisos, que se cumplían según el ciclo fenomenal de la Naturaleza y representaban simbólicamente el nacimiento, la vida y la muerte en el marco natural de las estaciones que siempre se repiten y que el hombre reproduce inevitablemente.

Spengler no está lejos de esto. Su filosofía es, en el fondo, una mitología, y la Historia queda más allá de su alcance.

Además, si cada uno de los organismos culturales nace, se desarrolla y muere para siempre, ¿cuál es la causa de los nuevos nacimientos? ¿Cuál o cuáles las causas que provocan la aparición de una cultura? Spengler no lo dice. En la sucesión aislada de vidas y muertes culturales es difícil explicar, por ejemplo, la evolución progresiva del conocimiento científico, de los estilos arquitectónicos y hasta la revelación del Dios único o la convivencia universal, casi contemporánea, de los principios morales que están en la base de todas las grandes religiones. Porque "... sin embargo—escribe Jaspers—se forma en ciertas zonas relativamente pequeñas de la superficie terrestre el espacio universal de la Historia en que se produce todo lo que el hombre ha pensado".

Volvemos con esto al principio de nuestra exposición. El origen del sistema spengleriano tiene que ser buscado en las relaciones que el romanticismo había establecido con un *mundo antiguo auténtico*, relaciones mucho más valederas y originales que las patrocinadas por el Renacimiento, puesto que integran nuestro conocimiento histórico, no en un mero formalismo plástico y vagamente platónico, sino en lo que este mundo había sido en realidad: un vivir mitológico, encerrado y desesperadamente ahistórico, cuya fisonomía viril perdura todavía en las civilizaciones tradicionales de Asia y Europa.

Sin embargo, podríase definir el folklore de los grupos étnicos europeos como una supervivencia de las antiguas concepciones cíclicas paganas, conservadas no solamente en el arte, sino también en la actitud cotidiana del hombre tradicional frente a la Historia. La separación de las dos Iglesias y, por supuesto, la de los dos ciclos culturales europeos, catolicismo y ortodoxia, Occidente y Oriente, estriba en realidad en un cisma cultural. La separación inicial entre Roma y Bizancio fué continuada más tarde por otra separación entre Roma y Kiew y entre Florencia y Moscú, a medida que la Edad Media desembocaba en el Renacimiento. El mundo occidental, basado en la enseñanza de San Agustín, de Santo Tomás y en los descubrimientos geográficos y científicos, cuyo punto de arranque fué la actitud cristiana frente a la Naturaleza, se destacó poco a poco del Oriente y cobró una fisonomía netamente *católica*, dentro de la cual, tanto las relaciones con Dios como la confianza en las posibilidades de la voluntad y del valor de la personalidad humana, crearon la típica estructura de la sociedad occidental. Esta sociedad

es, según Toynbee, la única que no se encuentra hoy en desintegración, y que trata de dar a la Historia un sentido ecuménico regenerador.

El mundo ortodoxo, por el contrario, conservó sus relaciones, tanto con la concepción naturalista de la antigüedad, a través de la enseñanza "orientalista" de los conventos, cuyo desarrollo siguió una línea completamente diferente de la de los conventos occidentales, como también con la actitud del hombre precristiano frente a la Historia. Es así como la Historia de Occidente se desenvuelve bajo la continua incitación de la Iglesia, creadora directa de formas políticas, artísticas y científicas en perenne evolución, mientras que la historia de Rusia, por ejemplo, representa un permanente conflicto entre un Estado dinámico y autócrata y una Iglesia estática, apoyada por un pueblo arraigado en sus tradiciones míticas e íntimamente compenetrada por su orientalismo contemplativo y ahistórico (6).

En un ensayo titulado "Europa campesina" (*Cuadernos Hispanoamericanos*, número 29, mayo de 1952), Luis Díez del Corral, desarrollando una afirmación de Max Weber, sostiene que la civilización occidental es una civilización del campo, y que su expresión más acabada es la *Abadía*, que surge en el siglo XI (Cluny), y que, oponiéndose a la civilización típicamente urbana de la antigüedad, representa un hecho único en la Historia. Hasta nuestros días, esta relación de la civilización occidental con el campo puede ser fácilmente seguida, y no resulta arriesgado afirmar que "las fuerzas rectoras de la sociedad europea han presentido siempre que su desarraigo del suelo significaría la pérdida de su auténtica savia vital". Los ejemplos de los grandes reyes que establecieron sus cortes en El Escorial, en Versalles y en Potsdam, porque se daban cuenta de que "pertenecían directamente a la tierra", y la citación de nombres como Cézanne, Van Gogh y Gauguin en las artes plásticas y Proust o Rilke en la literatura, sublimando y prosiguiendo "la estética de una civilización campesina", proyectan una luz de verdad sobre esta *Europa campesina*, tan distinta, sin embargo, de la otra, la Europa campesina del mundo ortodoxo. Distinta en el sentido de que la Europa campesina occidental, aun crecida en medio de la Naturaleza, no se entregó a ella, sino la completó dominándola, humanizándola y otorgándole un sentido creador, metanatural o metafísico, visible en el doble aspecto de la catedral gótica, perfeccionamiento en el tiempo de la catedral románica. En efecto, la catedral gótica, que aparecía en Chateaubriand como una majestuosa selva, significaba, en el fondo, la humanización de las formas naturales y aquel anhelo trascendental que caracteriza precisamente la condición humana y que otorga al tiempo del hombre un sentido distinto del que tiene el tiempo zoológico o el inorgánico, sometidos a la tiranía cíclica de la Naturaleza. Existe, pues, un estilo humano, digamos *gótico*, opuesto a un estilo humano *sofiánico*, para utilizar la diferenciación del filósofo Lucian Blaga; agresivo, progresista y antinaturalista el primero, receptivo, inmóvil y naturalista el segundo. La flecha gótica y la plácida cúpula bizantina serían las formas expresivas de los

---

(6) "La ortodoxia olvidó que en el concepto de tradición está contenida la idea de movimiento, de progreso. Se negó a la civilización europea, en lugar de ayudar al pueblo a asimilarla, según su genio propio. Rusia se estancó, pues, en la nulidad, entre su antigua cultura, a la que se había dejado esterilizar o reducir al estado de folklore, y la civilización europea, a la que anatematizaba sin cesar, como herética y corrupta" (Gonzague de Reynold, *El mundo ruso*).

dos estilos, tan característicos del hombre occidental y del hombre oriental, respectivamente. Esta Europa campesina occidental tomó contacto con la Historia en el momento en que, volviéndose cristiana, creó un estilo *románico* de vida, engendrador de las abadías como de las cruzadas y de aquel espíritu de *aventura apostólica* que caracterizó a los descubrimientos geográficos de los portugueses y españoles. La incitación de la abadía, símbolo originario de la civilización occidental, está en la base del proceso universalizador en que se encuentra actualmente la Historia, y que sólo una visión dinámica y anticíclica del tiempo hubiera podido desencadenar. Los campesinos españoles que acompañaron a Colón y Magallanes en su aventura apostólica no pueden ser parangonados con ningún otro tipo de campesinos, puesto que el hombre de la abadía fué el único en compenetrarse del mensaje cristiano y en cumplir consciente o inconscientemente sus mandamientos. Una vez cortadas las relaciones con Roma, el hombre europeo oriental siguió un destino cultural completamente diverso, cuya trayectoria en el tiempo es la siguiente:

Por un lado asistimos. en el espacio geopolítico de la Europa sudoriental, a la elaboración de *una cultura campesina en defensiva*, protegida en contra de la embestida de los turcos por su antigua técnica ahistórica, con la cual no solamente estaba al tanto para repeler cualquier intrusión espiritual, sino también para creer incesantemente en el retorno de una época libre y feliz. Los sufrimientos eran, a menudo, identificados con los del Redentor, o comparados con otros ciclos "malos", que se habían repetido en el pasado y de los cuales ellos se habían salvado siempre. "... Merced a esta visión, decenas de millones de hombres han podido tolerar durante siglos grandes presiones históricas sin desesperar, sin suicidarse ni caer en aquella sequía espiritual, que lleva siempre consigo una visión relativista o nihilista de la Historia" (Mircea Eliade, *Le mythe de l'éternel retour)*. La gran resistencia de los rumanos, por ejemplo, fué posible (desde el siglo XV, cuando dudaron desesperadamente entre la unión con Roma y el enclaustramiento más allá de la Historia, hasta el siglo XIX), porque supieron retirarse del tiempo y vivir al lado de él, entre los límites severos e inmutables de una cultura tradicional que les permitió eludir tanto la desaparición espiritual en el mar eslavo, como la desaparición política bajo la opresión de la Media Luna.

Por el otro lado, los rusos crearon la dualidad Iglesia-Estado, adheriéndose a la primera, dejando al segundo dirigir su destino, impasiblemente, hasta el momento en que una derivación religiosa occidental, el marxismo (7), intervino para reintegrar al pueblo, transformado en masa, a la Historia. Asis-

---

(7) "Pocos han reflexionado sobre el hecho de que el socialismo moderno representa la extensión del principio del libre examen al terreno de la lucha entre las clases: que es, en otras palabra, una forma del "protestantismo social". El valor del socialismo reside, de esta manera, en consistir no tanto en una posible conclusión, en una problemática solución, cuanto en una permanente dialéctica, en un esfuerzo sin fin... El socialismo es, en este sentido, el último hijo de la Reforma." (Giovanni Spadolini, *Il papato socialista,* Ed. Longanesi. Milano, 1950). Y más adelante: "De Lutero a Kant, de Kant a Hegel, de Hegel a Marx, para reproducir la sucesión ideada por Paul Valéry, el valor de la vida está puesto en la acción, en el contraste, en la eterna metamorfosis de los derechos y de las formas ideales y políticas." Se nota en seguida la diferencia entre este progresismo, cuyo prototipo es el hombre fáustico, y la mentalidad del hombre tradicional, para el cual la actuación en el tiempo es un simple espejismo.

timos en los dos casos a la intervención del espíritu occidental, progresista, en el ambiente de unas culturas estancadas o conscientemente dormidas, que esperaban desde siglos el momento de la liberación.

El proceso que empieza en el siglo XIX es sumamente interesante, y nos detendremos un momento a analizarlo.

La manera en que el Occidente intervino, durante la centuria pasada, en el sector de los pueblos oprimidos por el Islam, fué la de la revolución liberal, cuyas raíces protestantes han sido, a menudo, sacadas a la luz por muchos pensadores occidentales. El principio de la autodeterminación de los pueblos estriba en la enseñanza de Lutero, y aun en sus aspectos anticristianos, tan evidentes en el capitalismo, las huellas cristianas no dejan de ser visibles hasta el punto precisamente en que la doctrina desemboca en la práctica política y en que el Estado sustituye a la Iglesia. Los principios de la democracia provocan la rebelión de los pueblos sudesteuropeos (rumanos, griegos, yugoslavos, etc.), y su liberación a mediados del siglo XIX. La creación de los nuevos estados, definitivamente consagrados por la paz de Versalles, hace irrumpir en la Historia a todos aquellos grupos étnicos que se habían retirado de ella para no perecer. Pero la revolución liberal, con todos sus méritos sobresalientes, fué en el fondo un fracaso, con respecto a estos grupos, simplemente porque lo que ellos esperaban no era una revolución política o económica, sino una renovación espiritual. Para que salieran de su estática ciclicidad y participen con todas sus fuerzas vírgenes en el progreso de Occidente, el cambio hubiera tenido que ser *religioso,* o sea, acorde con su personalidad y experiencia; profundo y no superficial. Mientras que la democratización de los rumanos no salió nunca de una *élite* burguesa, indiferente a cualquier problemática religiosa, el pueblo siguió resistiendo, en el marco de su hermosa y heroica cultura tradicional, que sólo en contacto con el Occidente religioso hubiese podido cambiar su estilo de vida y trocado su estaticismo por el dinamismo occidental.

Es fácil comprender, según este punto de vista, por qué las *élites* burguesas de Rumania, Grecia, Yugoslavia defendieron con pasión la Iglesia ortodoxa, transformada en simple instrumento del Estado laico, puesto que una renovación religiosa significaba la unión con Roma, o sea, la negación de la revolución liberal.

Pudimos asistir así al siguiente dualismo cultural: una capa burguesa, laica y filoortodoxa, progresista, sí, pero inspirada por el ritmo optimista del progreso indefinido; y un substratum campesino ("La substancia ahistórica de la población, lo llama Jaspers) que no aceptó nunca la revolución y que siguió cultivando tanto el folklore como su estilo cíclico de vida, de la misma manera que en el tiempo en que la presencia de los turcos le daba fuerzas para esperar sin desesperar. Si se puede afirmar, con Eliade, que "el cristianismo es la *religión* del hombre moderno y del hombre histórico, de aquel que ha descubierto simultáneamente la libertad personal y el *tiempo continuo* (en lugar del tiempo cíclico)", no es menos verdad que este cristianismo, el único capaz de transformar la esencia de estos pueblos y de hacerlos partícipes de la civilización occidental, no ha llegado todavía a donde tenía que llegar para dar al mundo su sentido pacífico y unitario. Su marcha ha sido cortada por dos revoluciones, progresistas, pero no cristianas, que han imitado la "técnica" y copiado los principios de la "revolución cristiana", sin lograr otra cosa que la caída de la Humanidad en la confusión

actual, en que las consecuencias de una guerra no pueden ser resueltas sino con otra guerra. Es ésta la fatalidad de un progreso indefinido que, lógicamente, no puede ofrecer ninguna solución y tiene que elegir siempre entre la guerra o la revolución.

En el ámbito ruso, el Occidente trató varias veces de irrumpir, pero fué apenas en 1917 cuando logró instalarse en el poder. La lucha del comunismo, como la del liberalismo en Rumania y en el espacio sudesteuropeo, es un ataque progresista en contra de una cultura tradicional: el industrialismo en contra de la agricultura, el proletario en contra del campesino, la concepción dinámica y partisana de la Historia en contra de la tradición cíclica arquetípica, el Estado en contra de la Iglesia.

Allá no se puede decir todavía cuál es el resultado del combate, puesto que el Estado progresista soviético fué salvado en la última guerra por la intervención de otro Estado revolucionario, los EE. UU., que ahorró a los comunistas un desastre seguro y, en el porvenir, inevitable.

Se puede afirmar, pues, que en el marco de los dos espacios de la civilización ortodoxa, como la llama Toynbee (8), el derrotero histórico de los dos últimos siglos puede ser encarado desde el punto de vista de una resistencia de las culturas tradicionales en contra del progresismo occidental, representado por la revolución liberal y la revolución socialista, perpetuando así un modo de vida que es el de todas las civilizaciones hoy en desintegración.

La relación de la teoría cíclica de la Historia, con el sentido ontológico de las culturas tradicionales, resulta ahora evidentísima. No solamente en su afirmación positiva de matiz naturalista y en el sentido que adquiere la comunión con la "naturaleza caída" y la divinización de la raza—purgada de cualquier significado espiritual—, sino también en sus enfoques críticos frente al liberalismo y al comunismo; y, claro está, en su nietzscheana aversión para con el cristianismo. Spengler, como cualquier hombre tradicional, puede ser tildado de reaccionario por cualquier representante de la tesis progresista, y de pagano por los de la interpretación escatológica de la Historia. Su pensamiento con respecto al destino de la civilización occidental se debe, pues, a una irreprimible manía generalizadora, que naturalmente incluía dicha civilización en el proceso fatal de las demás, sometidas todas a la misma ley de la ciclicidad, en que la muerte definitiva no perdona a nadie. El no advirtió el sentido nuevo, universalista y regenerador que contenía en sí el dinamismo occidental, y cuyas primeras manifestaciones eran ya bien visibles al principio de nuestro siglo: la universalización del campo histórico inteligible y la inauguración de una época cuyas características, cualquiera que sea su futuro aspecto ideológico, pertenecen al mundo occidental.

La afirmación misma de "decadencia de Occidente" aparece así bajo una dudosa luz de vaticinio, que no pertenece al dominio de la ciencia de la Historia, y hace recordar a los "pensadores" rusos del siglo pasado, influídos tanto por el naturalismo de Schelling como por el espacio espiritual de una poderosa cultura tradicional, en que las profecías acerca del ocaso del Occidente "papista" y el brillante porvenir de Rusia constituían el pan cotidiano de la "inteligentsia" laica y religiosa. Es inútil añadir que la profecía es muchas veces la expresión de una impotencia. *Será así más allá de*

---

(8) El concepto de cultura sería aquí más adecuado, en cuanto que sólo la cultura es en este espacio una creación genuina y valedera, mientras que su civilización fué siempre un reflejo del Occidente.

mi voluntad, en la que ya no creo, porque la profecía se cumplirá de cualquier modo (9). El fatalismo disfraza casi siempre penosos complejos de inferioridad, individuales o nacionales. En una época como la nuestra, en que se ha exagerado la perfección del arte primitivo, los aciertos de las culturas tradicionales no cristianas, las bellezas de la novela y hasta de la filosofía rusa, la pureza de lo primitivo, la vuelta a la Naturaleza y, en general, el arcaísmo encarado como posibilidad de algún que otro retorno, la teoría cíclica de la Historia pudo ser aceptada en todos aquellos círculos que vivían todavía entre los bastidores del romanticismo. Sus supervivencias políticas viven todavía entre nosotros, y sus tozudas pasiones abren casi siempre la puerta, como dice Toynbee, "a alguna innovación despiadada que ha esperado afuera esta oportunidad de forzar la entrada".

Las consecuencias de la separación que hemos establecido entre la Historia y el mito del eterno retorno, entre Occidente y Oriente, entre progreso humano e inmovilidad natural, abre la puerta a una serie de problemas culturales y políticos que no discutiremos aquí. Lo que hace falta añadir, para terminar, es que el cristianismo no ha acabado todavía sus reservas revolucionarias. Sus imitadores laicos han fracasado, y nunca sus fracasos han sido más visibles y evidentes que en esta mitad del siglo XX, a cuya orilla acuden para expirar todas las seudorrevoluciones que atormentan a la Humanidad desde hace doscientos años. El mundo en el que el mito del eterno retorno tiene todavía vigencia espera la revelación de la verdadera palabra revolucionaria, para penetrar finalmente en la Historia. Estamos viviendo quizá el momento, único en la Historia, en que los hombres, todos los hombres, saldrán de la Prehistoria para entrar entre los límites de una moral universal por la puerta mayor de la revolución cristiana.

---

(9) La profecía del monje Filoteo constituye el texto más sabroso para ilustrar esta concepción, llevada desde el campo religioso al político: "Dos Romas han caído, la tercera será Moscú, y no habrá una cuarta." La cuarta, sin embargo, liquidó ya a la tercera.

Vintila Horia.
Ilustración, 15.
MADRID.

EL CONDENADO

POR

JOSE ANGEL VALENTE

No resultaba fácil; más bien, no resultaba de ningún modo. Ponía todo su empeño, trataba de concentrarse, de olvidar todo lo demás; pero era inútil: no podía morir. Su mujer lagrimeaba en un rincón; estaba sucia y desgreñada: las lágrimas dejaban un surco dudoso en sus mejillas. "Claro—pensó—, la cocina, el hollín; siempre ocupada. Habrá que advertirle que cuide de sí. ¡María!..."

Ella levantó la cabeza bruscamente; lo miró, asombrándose de su voz. Por un momento pareció que trataba de decir algo; al fin dejó caer los brazos, abatida. Llevaba razón. ¿Por qué la llamaba ahora? Era de él de quien se trataba, no de su mujer; de él, que debía morir aquella tarde y no podía, contraviniendo así todas las disposiciones de la condena. Esto no tenía sentido: preocuparse ahora por su mujer cuando últimamente apenas reparaba en ella. Desde luego, se dió cuenta de que era un pretexto, con el que, inconscientemente, trataba de apartar la idea de la muerte. Pero así no conseguiría morir. Bueno, ¡y qué! Lo había intentado todo, pero resultaba imposible. Se le hacía un nudo en la garganta y no podía pasar adelante. Además, aquella mujer lloriqueando allí inútilmente, interrumpiéndolo a cada paso con sus gemidos. Si al menos se la quitasen de delante. Pero comprendía que una mujer tiene derecho a presenciar los últimos momentos de quien, como él, había compartido su lecho con amor y con odio tantas veces. No; no podía echarla. Luego estaban las cosas: una carta a medio escribir, los libros, los papeles atiborrados de notas, la mesa de trabajo con el barniz raído... Era mejor cerrar los ojos; así no vería aquello y todo sería más fácil. ¿Cómo no se le había ocurrido? Apretó con fuerza los párpados y pronunció claramente en su interior: "He mirado por última vez la vida." Pero los abrió inmediatamente, aterrorizado de pronto por este pensamiento. Era demasiado cruel. Se concedió unos instantes para mirarlo todo de nuevo. Pero ¿qué deseaba mirar? Nada merecía la pena. Todo era estorbo, empeño de las cosas en retener a un hombre cuando debe

morir. Arrostraría su destino, que, por lo demás, era ineludible: la condena había sido claramente dictada. Cerró los ojos de nuevo. "Esta vez para siempre", pensó. (¡Qué oscuro estaba su interior!) Recordó que de niño le causaba pavor la oscuridad; que el miedo lo inmovilizaba a veces durante toda la noche y no podía sino esperar quietamente el alba, reteniendo casi hasta lo imposible la respiración. También esta sombra de ahora lo estremecía; pero era distinto: podía reprimir el miedo. Además, no era miedo lo que sentía en el fondo, sino asco: le producía náuseas la idea de morir. Pero había que prescindir incluso de esta idea, limitarse a morir simplemente. De pronto entró en la habitación un tufo acre, de algo frito que se quemaba. Claro, habían dejado la ventana abierta otra vez. Aquello era distracción de María, es decir, su habitual dejadez. Oyó también, indistintamente, gritos confusos, un golpe seco, una queja. ¡Aquel patio de luces, poblado de ruidos siempre! Jamás había podido trabajar en paz allí. Quería cambiarse, buscar otro lugar, tal vez una casa en las afueras. Pero ¿para qué? "Debo morir—dijo—, debo morir", y lo repitió en alta voz. Oyó un ruido ligero respondiéndole, apenas un escalofrío humano, en aquel rincón donde la mujer gimoteaba encogida. "Otra vez ella—pensó—. ¡Qué terrible su soledad!" El amor había sido cosa del comienzo; después se había ido lentamente gastando, como sus mejillas descoloridas y sus vestidos. No podía hacer nada por ella, sobre todo en esta situación. Si al menos hubiese alguna posibilidad de salvarse, algún escamoteo posible. Comprendió que, de nuevo, una idea impura se apoderaba de él; la salvación. Esto lo entorpecía todo otra vez. Ya lo había intentado y sólo había conseguido hacer el ridículo. Fué cuando hizo cola en el despacho del magistrado. Había allí otros condenados; pero llevaban un pliego con sus reclamaciones en orden y exactamente formuladas. Claro que eran condenados a penas menores; él, no. Cuando entró en el despacho limpio y bienoliente a justicia, se sintió avergonzado. Apenas pudo balbucir: "Yo no puedo morir..." El magistrado tardó mucho tiempo en mirarlo y contestar. Examinaba atentamente un legajo de papeles: aquello era su expediente, su historia, es decir, él mismo. Comprendió que estaba de más allí. Sin embargo, se jugó el todo por el todo y repitió con firmeza:

—Le aseguro, señor, que no puedo morir.

El hombre lo miró, al fin, con impaciencia:

—Comprenderá que eso no tiene sentido—dijo—. Acabo de examinar su caso. Todo está claro; no hay posibilidad de error. Por otra parte, no hay antecedentes de que nuestro departamento se

haya equivocado nunca. Debo, pues, rogarle que no obstaculice nuestra labor.

Sí; comprendía que su reclamación no tenía sentido; pero no se trataba de eso, sino de una fuerza ciega e inexplicable que pugnaba denodadamente en él. Sólo pedía que se encargaran de ejecutar la condena, que no lo dejaran reducido a sus propias fuerzas porque no podría cumplirla por sí mismo. ¿Acaso puede un hombre porque sí, porque su muerte ha sido dictada, escrita en algún justiciero legajo, olvidarse de todo y morir?

El magistrado se levantó con violencia. Un manojo de papeles legales revoloteó súbitamente en la mesa. Era evidente que se había encolerizado.

—Todos los condenados son gente de la misma ralea. Se han opuesto al orden, lo han infringido a sabiendas; pero a la hora de morir, ninguno se resigna a hacerlo sin plantear mil problemas estúpidos. Si atendiéramos a peticiones como la suya, no podríamos dar un paso adelante. El departamento no puede hacer nada por usted, sino aconsejarle que muera dentro del plazo señalado. Buenos días.

Al salir de aquel lugar había comprendido que su destino era ya algo claramente trazado, como un camino sin curvas que podía mirar en toda su extensión. Ahora había llegado al final: era el tercer día de su plazo. Fuera debía de caer una lluvia delgada, porque olía a humedad el aire que entraba por el patio; pero no oía la lluvia. Recordó vagamente su tierra natal, donde el año estaba envuelto en un vellón de lluvia mansa y nieblas. Habría sido hermoso regresar allí. Sin embargo, debía morir. Sintió de nuevo las inevitables náuseas, pero más débilmente. Sin duda, la muerte progresaba en él. Sonrió satisfecho en cierto modo, pero con dolor. La oscuridad se hacía por momentos más densa. Penetró en una segunda zona de sombras, poblada de recuerdos infantiles, de imágenes olvidadas, que, sin saber por qué, volvían ahora con extraña viveza a su memoria. Allí se detuvo. ¡Qué largos eran entonces los días; los veranos no acababan nunca; desde todos los lugares de la tierra se veía el mar, su azul tenue, casi blanco, alegremente columpiado! ¡El mar!

"¿Es esto morir—pensó—, recordar las cosas vividas y amarlas de nuevo como entonces? ¿Es esto morir?" Lo ignoraba; sólo se daba cuenta de que estaba detenido allí, tal vez entre la vida y la muerte, y le era imposible proseguir. Hubiera deseado comprobarlo, pero no se atrevía. Un gesto, un movimiento, la conciencia de haberlo realizado, podían ser fatales ahora.

No podría decir cuánto tiempo permaneció así, quieto, sin progresar un ápice; pero conservando lo ganado, eso sí. Al fin, sintió que lo golpeaban, débilmente primero; luego, con más fuerza.

—Ya voy—dijo, y se incorporó con dificultad.

Eran dos caballeros altos, correctamente uniformados, que permanecían en pie mirándolo. También vió a su mujer, que trataba de arreglar con disimulo el desorden del cuarto. Se avergonzó de aquello y trató de aparentar alguna naturalidad.

—Tengan la bondad de sentarse, por favor.

Los dos visitantes permanecieron inmóviles, como si ni siquiera lo hubiesen oído. El sentía en el fondo cierta incomodidad. Al cabo de un rato, el más respetable de ambos tosió severamente.

—Se nos ha encargado su caso—dijo. Luego se detuvo; le apenaba sin duda la situación. El otro había sacado una pequeña libreta de forros amarillos y tomaba notas en ella con increíble rapidez. El se distrajo un momento mirándolo, y esto permitió al que había hablado reponerse y continuar—: Debo comunicarle que el plazo de su muerte ha vencido. Es una desgracia que no haya cumplido su condena en el tiempo señalado. Siempre lamento situaciones como la suya. Ahora debe vivir. Claro que será incluído en el registro de inservibles.

El comprendió de pronto que todo estaba perdido. Pero así, sin lucha, después de todo. "No; era injusto: de nuevo jugaban con él—dijo—. Vivir ahora; pero ¿cómo? Era muy fácil para ellos: decirlo simplemente, decidir esto o aquello; pero ¿cómo, cómo podría vivir? El debía morir, y nadie tenía derecho a interponer una voluntad extraña, a fin de cuentas, entre él y la muerte. Era a todas luces injusto, injusto." Repitió varias veces esta palabra mirando fijamente al hombre respetable del uniforme. "Además—dijo—, nadie puede ser condenado dos veces. Y ¿por qué? ¿Qué había hecho él? ¿Tendrían la bondad de decirle qué había hecho él?" Repitió que aquello era injusto por quinta o sexta vez. Su interlocutor lo miraba impasible. El otro hombre guardó, al fin, la libreta de forros amarillos. Al parecer, había concluído su labor. Luego dijo con desprecio:

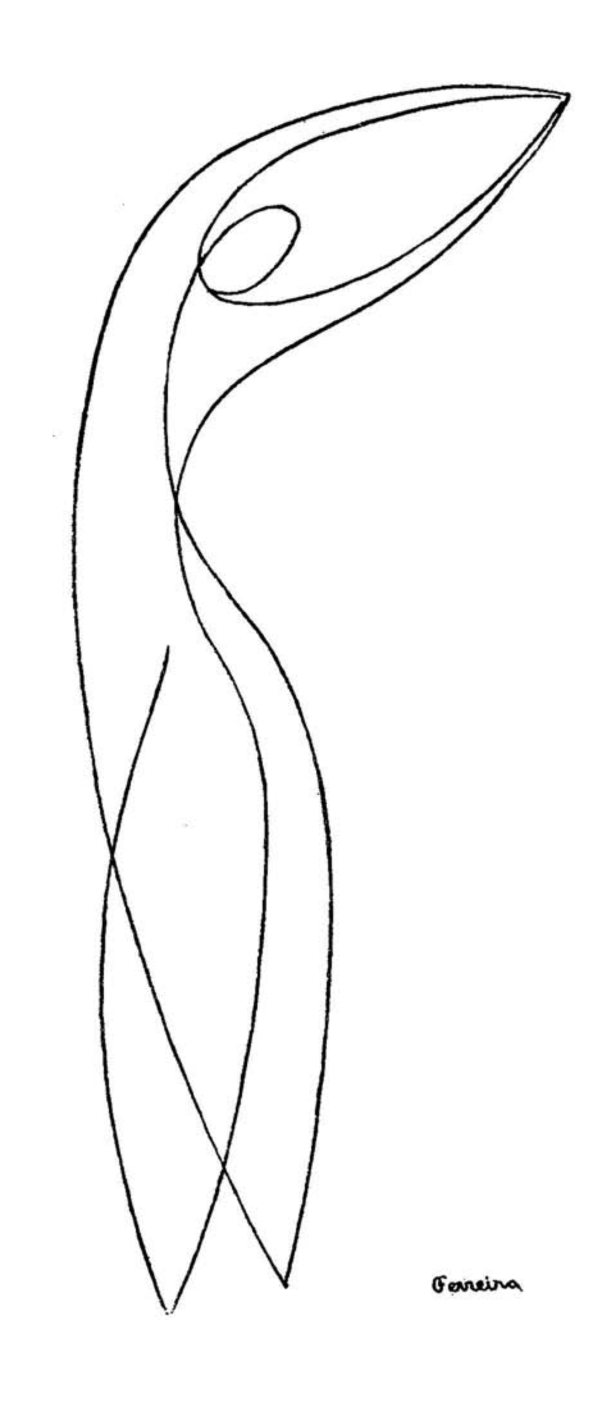
—Usted ha sido siempre un disconforme. Esto le ha perdido.

Cuando abandonaron la habitación, se sintió de pronto impotente, perdido en una gran soledad. "Vivir—pensó—, empezar de nuevo, luchar sin tregua otra vez." La mujer se acercó. No había pensado en ella. Preguntó qué iban a hacer ahora con los trajes inútilmente enlutados. El se encolerizó: aquello no tenía respuesta. La golpeó varias veces, empujándola casi hasta hacerla caer; pero

notaba su mano desarmada y sin odio. La mujer lloró unos instantes, luego enjugó quietamente las lágrimas. Permanecía en silencio ahora, mirando al hombre que daba largas zancadas por el cuarto. Contó hasta cinco vueltas. El se acercó al cabo, miró muy de cerca aquellos ojos que sostenían con mansedumbre su mirada. "Todavía es hermosa", pensó. Acarició sus hombros; luego la apartó con suavidad de sí. Al fin dijo lentamente:

—Quiero comer.

José Angel Valente.
Colegio Mayor Jiménez de Cisneros.
Ciudad Universitaria.
MADRID.



BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL LATIDO DE EUROPA

MAS SOBRE EL LENGUAJE DE LAS ABEJAS.—La revista inglesa *The Advancement of Science* (junio de 1953) da cuenta de una reunión científica: el *Association's Annual Meeting*, celebrado en Belfast, en septiembre último. Tal asamblea se ha ocupado del tema "El comportamiento de los insectos sociales". Voy a dar cuenta, brevemente, de alguno de los trabajos sometidos a la consideración de los asambleístas.

Como se sabe, cada colonia de abejas es una familia compuesta por una reina y un número de obreras, que oscila entre diez mil y ochenta mil. Cuando una colmena se desarrolla, crecen las necesidades planteadas por la comunicación entre sus miembros. Las investigaciones recientes de Ribbands y otros científicos hacen ver que hay procesos comunicativos entre las abejas, además de los estudiados tan genialmente por el austríaco von Frisch. (Véase CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, número 41.)

C. R. Ribbands, uno de los asistentes a las conferencias arriba mencionadas, trató el tema "Nuevas evidencias sobre el lenguaje de las abejas". Este investigador cuenta alguno de sus curiosos experimentos. Helos aquí resumidos: Ribbands tomó un grupo de obreras, nacidas el mísmo día en la misma colmena. A fin de estudiar mejor sus actividades, pintó a los insectos así seleccionados con una marca especial. Ribbands eligió, además, de entre dichos insectos, seis obreras, a las que adiestró para que libasen en el jugo azucarado de un platito. Tal jugo contenía una pequeña cantidad de fósforo radiactivo. Las seis abejas seleccionadas libaron en el platito y emplearon tres horas y cuarto en transportar el jarabe a la colmena. Dos horas después pudo comprobarse que la quinta parte de las abejas de la colmena señalada daban señales de radiactividad. A los dos días, *todas* las abejas habían injerido parte del jugo radiactivo. "Este experimento, y otros análogos, ha permitido inferir a Ribbands que los insectos de una determinada colmena participan de la más pequeña cantidad de alimento transportado por las libadoras a la colonia.

Otro sencillo experimento del citado investigador puso de manifiesto la capacidad que tienen las abejas de una colmena para reconocer a sus compañeras. Según parece, todos los miembros de una colmena tienen un olor característico. ¿A qué se debe este

olor? La tesis de Ribbands es la siguiente: las abejas de una colonia despiden el mismo olor porque comen el mismo alimento. Y parece ser que las abejas comparten el mismo alimento para crear un aroma o perfume propio de la colmena, con objeto de que las abejas se puedan distinguir entre sí.

Es un hecho cierto y comprobado que las abejas se distinguen unas de otras, no sólo dentro de la organización impuesta por cada colmena particular, sino en lo que se refiere a las relaciones de unas colmenas con otras. El olor característico de cada colonia debe tener valor en la defensa de la comunidad contra los ataques de las abejas ladronas. Un experimento de Ribbands puso, efectivamente, de manifiesto que las abejas de una determinada colmena dieron muerte a las intrusas procedentes de otras colmenas (salvo cuando el número fué muy grande. En este caso, tal vez por insuficiente organización defensiva, las abejas no fueron rechazadas).

De todos estos curiosos experimentos se desprende que la transmisión de alimentos desempeña un papel "lingüístico en la vida de las abejas. Como se ve, en las actividades sociales de estos maravillosos insectos, los olores tienen un papel comunicativo.

La memoria presentada por otro de los asistentes—el doctor C. G. Butler—hizo ver, sin embargo, que aunque el olor ejerce un papel importante en el reconocimiento de las abejas intrusas, es la actitud adoptada por los insectos sospechosos lo que determina realmente la acción defensiva de las abejas guardianas.

Sea de todo esto lo que sea, yo confieso, ingenuamente, mi asombro, no solamente para los secretos desvelados por estos incansables investigadores. Con estos descubrimientos queda al descubierto el orden maravilloso que rige la vida de la Naturaleza. Pero no sólo es eso lo que yo admiro. Lo que me asombra mayormente, en todo lo anterior, es la amplitud y potencia de la inteligencia humana.

R. C. P.

AUTENTICIDAD DEL CINE ITALIANO.—Es sabido que la posguerra es la época en que lo "auténtico" de los pueblos se aclara mayormente en su sustancia social. La cosa es muy comprensible por el sencillo hecho de que la guerra es la prueba más dura y violenta a que puede ser sometida la sociedad humana. Al finali-

zar la segunda guerra mundial, este aspecto se ha podido observar con mayor evidencia a causa del gran desarrollo técnico y de la enorme importancia cultural adquirida por la cinematografía.

Si consideramos, aun brevemente, la última posguerra, vemos que la cinematografía nos presenta dos típicas corrientes de una cierta importancia. La primera, norteamericana, inunda el mercado mundial con sus películas de viejas tendencias y, sobre todo, con las de propaganda militar y exaltación del valor de sus soldados; son, indudablemente, películas de perfeccionada técnica, atractivas; pero no nos dicen nada de nuevo por lo que se refiere a la finalidad, al móvil de sus guiones. La segunda, italiana, poniendo al desnudo el grave problema social de su posguerra, nos indica algo de nuevo, que viene llamándose *neorrealismo.*

Este *neorrealismo,* que no es una tendencia nueva del cine italiano, sino más bien un lógico desarrollo de otra ya intentada en los últimos años de la tercera década del presente siglo y, sobre todo, en los primeros años de la segunda guerra mundial, nos revela en su esencia una autenticidad inconfundible y despertadora de gran interés por parte de todos los públicos y de todos los críticos. Sin necesidad de pararnos demasiado a considerar este aspecto, ya por otros analizado a su tiempo en esta misma revista (1), llegamos precisamente a la esencia del presente trabajo. ¿Qué es lo "auténtico" de esta nueva tendencia del cine italiano? ¿Cuál es su esencia, su finalidad?

Si intentamos la explicación del gran éxito de esta nueva escuela, debemos considerar precisamente que el público mundial ha optado por el cine *neorrealista* porque le presentó algo que no seguía los esquemas de viejas tendencias, como los del cine norteamericano, sino que le proporcionó algo de nuevo, de profundamente cultural en el sentido más estricto de la palabra. Naturalmente, este gran éxito ha llevado consigo una amplia crítica de la nueva escuela.

Analizando con particularidad esta crítica—no sólo nos referimos a la del público, sino más bien a la de los técnicos—, nos encontramos frente a una profunda convicción, en el exterior y en la misma Italia de que la finalidad principal de esta escuela es la de poner al desnudo la pobreza, la miseria más abrumadora de unas clases sociales del pueblo italiano, y mostrar que esta pobreza, esta miseria, está tan enraizada que no se puede hacer nada para quitarla, vencerla, derrotarla. Se concibe esta escuela como expresión

---

(1) Juan Gich: *Pequeña historia del cine neorrealista italiano,* en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS núm. 25, págs. 63 y sigs.

de impotencia para la solución de los problemas sociales que afligen al pueblo italiano (2). De ella sólo se reconoce la extraordinaria habilidad escénicotécnica para detallar, lo más minuciosamente posible, todo lo malo y lo bajo que nos puede ofrecer la vida de miseria. No falta quien nos dice que el cine italiano está buscando la verdad, tiene ansia y anhelo de "ver las cosas como son", con el deseo de "servir a la realidad, sin concesiones a la ingenuidad del espectador, que desea siempre triunfe el bien". Estamos cabalmente de acuerdo con estas consideraciones, y consideramos justa la pregunta que se agita frente a esta realidad: ¿hasta dónde se puede llegar? (3).

La esencia del cine italiano está, efectivamente, en esta pregunta. Si muchos sostienen la función documental de la miseria de un pueblo; si otros llegan a formularse la pregunta ahora considerada, así como otras similares, todo esto es un síntoma de que no se ha profundizado sustancialmente la esencia de este cine en la época en que se ha producido y se produce.

Un cine como el italiano, que cuenta con una experiencia de más de treinta años, que siempre ha buscado su propia personalidad y que siempre la encontró en la realidad de la vida de su pueblo, fuese esta vida buena o mala, feliz o lastimosa, de alegría o de dolor, de victoria o de derrota, no podía y no puede olvidar su esencia precisamente en el período más trágico de la historia contemporánea de su pueblo. Hubiera sido y sería una traición. Por esta causa sustancial es por lo que la llamada cinematografía *neorrealista* nos da películas como *La nave blanca, Sciuscià, Anni difficili, Roma, città aperta, Ladri di biciclette, Riso amaro, Anna* y toda la restante y más reciente producción. Su anhelo es el de contribuir a la busca de la verdad, mostrando con su observación social que en medio de la pobreza más tétrica, de la miseria más oprimente, siempre existe en el alma del hombre la esperanza de la justicia, del bien que vence al mal, o sea el profundo y palpitante sentido de la esperanza en la vida. Esto es lo "auténtico" del cine italiano. Todo lo restante es como un corolario necesario para mostrarnos que, a pesar del duro y contrario destino que tuvo, este pueblo sabe "sublimar su dolor y su angustia" por medio de un "esfuerzo titánico de pasión, de humanidad y de lirismo", para encaminarse nuevamente "hacia su salvación". Este

---

(2) Alfonso Sastre: *Milagro en Milán o Los pobres están de sobra*, en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS núm. 30, pág. 393.
(3) Juan Gich: *Pequeña historia del cine neorrealista italiano*, en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS núm. 25, pág. 69.

concepto podrá parecer acaso demasiado retórico y romántico. En la realidad no es así, porque lo "auténtico" de este pueblo no está "en la cochambre, el suburbio, la suciedad, la canalla, el robar bicicletas, el estafar, el engañar, el prostituirse, el dejarse colonizar, el emigrar lejos de la patria como parias, el no hacer ver más que ciudades rotas, aldeas malditas, multitudes hambrientas, muecas obscenas y brutales" para que el mundo "se llene de piedad y de conmiseración" (4) y le conceda la limosna de una ayuda material. El pensar así significaría no conocer y no entender al pueblo italiano. Lo "auténtico" es lo "otro": es aquella sublimación de su dolor y de su angustia, única medida para soportar las duras consecuencias de una larga y cruel guerra sufrida en su cuerpo y en su alma, única medida para, tenazmente, obrar para su resurrección espiritual y material. Y el cine *neorrealista* se hace intérprete sincero de esta "autenticidad".

S. T.

HANS REICHENBACH.—En los Angeles (California), el 9 de abril de 1953, ha muerto el gran hombre de ciencia germano Hans Reichenbach.

He aquí los datos esquemáticos de su vida:

Nació en Hamburgo el 26 de septiembre de 1891. Estudió en las Universidades de Berlín, München, Gotinga y Erlangen. Se doctoró en filosofía en esta última en 1915. Era profesor de la Universidad de California desde 1938. Sus trabajos científicos versan sobre la filosofía de la ciencia, la teoría de la relatividad, la mecánica cuántica, el cálculo de probabilidades, la inducción, la lógica simbólica, etc. Desde el año 30 al 39 dirigió, con Carnap, la revista *Erkenntnis.* Figuró como profesor en las Universidades de Stuttgart, Berlín y Estambul, antes de marchar a Norteamérica. Entre sus obras científicas más conocidas están: *La experiencia y la predicción,* 1938 (en inglés); *Introduction à la logistique,* 1939; *Fundamentos filosóficos de la mecánica cuántica,* 1944 (en inglés); *Elementos de lógica simbólica,* 1949 (en inglés); *Teoría de la probabilidad,* 1949, etc. Su nombre era mundialmente conocido. Era miembro de la American Association for the Advancement of Science, de la Am. Philos. Association y de otras sociedades ame-

(4) Ernesto Giménez Caballero: *Italia y el cine,* en *Arriba,* de 27 de marzo de 1953.

ricanas de gran prestigio. En español se conocen las siguientes obras de Reichenbach: *Atomo y Cosmos,* Rev. de Occte. 1931, *La filosofía científica,* ensayo publicado por la *Revista de Occidente,* números 125 y 126, 1933. Finalmente, el *Fondo de Cultura Económica,* de Méjico, ha dado a luz la traducción de Imaz *Objetivo y métodos del conocimiento físico,* 1945. Aparte de las obras en castellano arriba mencionadas, el lector atento puede consultar el capítulo III, *La lógica probabilista,* en la *Lógica,* de M. Granell.

Esta nota necrológica sobre Reichenbach no pretende más que dar una mera noticia sobre los datos más salientes de su pensamiento.

Un estudio a fondo exigiría un libro entero. En la *Lógica,* de Granell, citada, puede leerse: "El valor de un sistema lógico no reside en cualidades de elegancia y de armonía, sino en la aplicación del sistema a la realidad." Esta simple proposición de Reichenbach marca ya el horizonte en el que se orientaba el fallecido sabio alemán. Tal sentencia merecería ella sola un larguísimo comentario. Comentarla nos llevaría muy lejos. Pues al realizar un ataque a fondo nos veríamos obligados a zahondar en las modernas tendencias de la lógica, que han sido suscitadas, sobre todo, por los problemas que al pensamiento científico han planteado las cuestiones de la física atómica. También habríamos de tomar en cuenta temas tan escabrosos como la noción metafísica de la realidad, el concepto de *aplicación* y los sugestivos temas artísticos que sugieren los vocablos elegancia y armonía. Decididamente, mejor es no tocarlo. Dejemos, pues, intacto el tema de la lógica polivalente y probabilista de Reichenbach.

Sus ideas filosóficas-físicas se caracterizan por su *antiapriorismo.* Con ello se acerca a las ideas patrocinadas por el llamado *Círculo de Viena.* He aquí una frase muy significativa: "Sabemos que no hay ninguna magnitud física directamente observable." Esta proposición muestra que el positivismo lógico representado por Reichenbach se oponía denodadamente a la reducción del conocimiento físico a lo observable empíricamente.

Reichenbach se creía en posesión de una teoría filosófica realmente científica. De aquí cierta petulancia y menosprecio para lo que él llamaba la filosofía tradicional. Sus puntos de vista son, a mi juicio, bastante estrechos: se limitan a no aceptar como ciencia más que lo expresable con el lenguaje de la física y de la matemática. Por ello se le puede situar dentro de la dirección matematizante contemporánea. La cual, como teoría científica, merece todos nuestros respetos y admiración. Pero no más. Fuera de

una determinada dirección científica, no es nada. El pensamiento de Reichenbach deforma caricaturescamente el ámbito filosófico, y se contenta con un esquema, un tanto grotesco, de las cosas. Su pendantería científica se muestra en frases tales como ésta: "Son hoy las cosas tan diferentes de lo que eran antaño, que, con toda franqueza, nada puede pedirse razonablemente a los antiguos." De Leibniz, por ejemplo, dice: "Hemos de admirar a este ilustre filósofo, tal vez el más próximo a nosotros..., pero nada tenemos que aprender de él." Pero ¿para qué seguir? Tengamos en cuenta que estas palabras no representan más que una ligera escaramuza con el sugestivo tema que la obra de Reichenbach representa.

Para terminar, sólo quiero agregar unas reflexiones. La filosofía —siglo XIX—que propugnaba Reichenbach pretendía que ya no había fronteras para el conocimiento humano. Frente a esta seguridad progresista, frente a este optimismo exuberante, cabe preguntarse: ¿dónde han quedado realmente todas esas teorías? ¿Seguirá devastando el mundo esa doctrina descongelada, falta de sentimiento, de poesía, de emocionado anhelo por iluminar los impenetrables misterios que rodean a la existencia humana?

R. C. P.

IBSEN Y EL HASTIO ROMANTICO.—El siglo XIX es un siglo sin moral. En efecto, ni el *superhombre* ni la *masa*, típicas expresiones humanas de la pasada centuria, pueden tener una moral. Raskolnikoff mata a la vieja mujer para demostrarse a sí mismo su condición de héroe, de potencia más que humana, dispensada de someterse a la ley. El naturalismo, poco más tarde, otorgará a la masa el derecho de hacer ella misma la ley, de prescindir de la moral, de matar y destruir sin posibilidad de castigo alguno. Pero transgredir o ignorar la ley es la característica del caos, de la naturaleza libre, o sea no organizada, originariamente *buena*, que obsesiona el pensamiento de los románticos y da al siglo XIX su matiz característico de pequeño caos en desenvolvimiento. Las sociedades primitivas se sumergían con regularidad religiosa en el caos originario durante las fiestas y las orgías de fin de año; pero lo hacían para sacudirse del tiempo, para destruir la Historia y para volver, rejuvenecidas, a la vida ordenada del cosmos cotidiano. Su inmersión en el desorden y en la inmoralidad no duraba

más que algunos días, y tenía su justificación filosófica y religiosa, puesto que el hombre primitivo se imaginaba a sí mismo como naturaleza, como parte de ella. Mientras que el sentido orgiástico de los románticos, su deseo de regresar para siempre a la naturaleza desordenada, *libre*, al reinado de los instintos, es un mero capricho de intelectuales aburridos, exento de raíces ontológicas, vacío de sentido. El pantalón de *Jorge Sand* y las melenas afeminadas de los poetas son la imagen "vestimentaria", los rasgos exteriores de un profundo desorden interior, característico de una sociedad que ha confundido estúpidamente lo primitivo con lo agnóstico. "A fin de cuentas—escribe Mario Parajón en un ensayo publicado en el número 33 de *Orígenes*, bajo el título "Nota sobre Hedda Gabler—, el tedio era una consecuencia del individualismo desmesurado, pues el "yo", consciente sólo de su propia presencia y afirmación, no lograba conciliar la magnificencia de lo soñado con la triste finitud de lo escasamente conseguido." Esta magnificencia de lo soñado conduce a Raskolnikoff (de *raskol*, rebelión en ruso) al homicidio; a Hedda Gabler y a Chatterton, al suicidio. Hedda Gabler, como todos sus contemporáneos con anhelos superhumanos, "no tiene ideales éticos". Como muchos de ellos, es una semidocta, imagina las cosas en lugar de pensarlas, como un primitivo surgido por generación espontánea en medio de un siglo civilizado. Aquí está precisamente la paradoja del romanticismo, en la que estriban las catástrofes sociales que sacuden *la época más libre* en la historia de la Humanidad. El siglo de las libertades es en el fondo un siglo de rebeliones estalladas a fin de destruir la ley, devolver el mundo al caos originario. Desde este terreno de la descomposición romántica ha podido brotar a principios de nuestro siglo el concepto de "decadencia de Occidente", visión naturista y romántica de una civilización que puede ser decadente bajo ciertos aspectos (políticos, sociales o literarios); pero no decadente en sí, considerada como un todo orgánico.

Ibsen fué, hasta cierto punto, un observador satírico de su tiempo, pero sólo en la medida en que se lo permitía la censura de la ironía romántica. Si el escritor noruego ironiza a sus personajes, su principal anhelo es el de moldear nuevos tipos humanos en un afán demiúrgico, que es característico del *genio* romántico. ¡Cuántas mujeres, hoy todavía, piensan, en efecto, como Hedda Gabler, se aburren como ella o participan en reuniones feministas para conseguir la total liberación del sexo débil de la tiranía de los hombres! Ibsen es su modelo. La liberación, para ellas, coincide una vez más con una liberación de la moral. Simonne de Beauvoir y

el existencialismo en general es una sobrevivencia romántica más, puesto que odia la ley y se coloca con frenesí revolucionario más allá de cualquier moral. Sería interesante pasar revista a los autores "existencialistas", franceses sobre todo, que defienden con pasión a los reos, a los criminales, a los viciosos y corrompidos, clientes del Código Penal, transformados en héroes de nuestro tiempo. Bastaría asistir a los espectáculos parisienses (por ejemplo, *Les aveux les plus doux*, por Jorge Arnaud, recién estrenada en el Théâtre du Quartier Latin) o leer la obra de Jean Genêt para darnos cuenta de que asistimos a una divinización de los más vulgares asesinos y a un continuo ataque en contra de todo lo que es justicia, autoridad, *Ley* en general. La inocencia de los culpables es un refrán existencialista, *moderno;* mas sus raíces trepan hasta en el suelo del siglo pasado. Toda esta literatura es posible porque el público, y gran parte de los autores también, viven en pleno romanticismo, están formados según unos conceptos que ya no tienen validez en la filosofía o en la poesía de nuestro tiempo. Pero ¿quién lee a los filósofos? *Filósofo* es el señor Sartre, conocido a través de su obra literaria, y *poeta* es todavía Víctor Hugo, ídolo de millones de franceses bienpensantes. Muchas obras de Ibsen se representan todavía; Tolstoi y Alejandro Dumas hijo hacen correr torrentes de lágrimas. La libertad de la mujer, el hastío de los elegidos, la dulzura de los criminales, son temas que atraen un público que no sabe nada de Jaspers, de Thibon o de Eliot, creadores de una nueva esencia humana, invisible e inalcanzable para la mayoría de entre nosotros. Un mundo nuevo, diametralmente opuesto al romántico, se forma poco a poco en medio del caos que nos rodea y que oculta el horizonte. Volver a leer a los titanes de la pasada centuria, sin ninguna intención satírica o ditirámbica, nos facilitaría la justa comprensión de las débiles sombras que tan ruidosamente se agitan entre nosotros, admiradas por los ingenuos, pero terriblemente inactuales y enfermas de pasado.

V. H.

LA DEMOCRACIA CRISTIANA O LA INVITACION A LA SOLEDAD.—Después de las elecciones recientemente realizadas en Italia, lo que impresiona, más allá de los cálculos políticos, de los escaños conseguidos o perdidos o de la violencia a la que ha llegado

la vida política italiana, es el hecho de que la Democracia Cristiana se ha quedado sola. No solamente por haber perdido en el camino a sus pequeños e inútiles aliados de momento, sino porque la misma posición doctrinaria del partido de De Gasperi aparece como completamente aislada, insular, en medio al torbellino y a las permamanentes mutaciones del tablero parlamentario. En efecto, la Democracia Cristiana, tal como la ha cambiado la fugaz eternidad de las urnas, representa hoy el único partido de tendencia católica actuando en la península. Esta afirmación parecerá un lugar común, pero no lo es puesto que todos los otros partidos, aun aquellos que agitaban banderas filocristianas, han tenido que descubrir su juego y expresar claramente sus planes y sus intenciones. Los partidos de la izquierda han sido siempre *onestamente* anticatólicos. Pero los de la derecha, con todas sus profesiones de fe, tienen indisfrazables aspectos doctrinarios, que los coloca desde ahora en el campo de los enemigos de la doctrina cristiana. Empecemos con los monárquicos: entre la monarquía italiana y la Iglesia la lucha ha sido feroz durante más de un siglo, y si la dinastía de Saboya venció a la Iglesia y le quitó, hasta la fecha del Concordato de 1928, cualquier derecho de intervención en la vida del Estado, la Iglesia venció a los Saboyas en 1946, fecha del último derrumbe monárquico. La Democracia Cristiana fué el organismo político que cumplió este destino y proclamó abiertamente su republicanismo, coincidiendo de esta manera con lo que Giovani Spadolini tan acertadamente llamaba "el papato socialista", o sea, con la eterna tendencia antigibelina de la Iglesia de Roma. En segundo término, el partido monárquico italiano es el partido de la masonería, o sea, una moderna reedición del antiguo partido liberal. En tercer lugar, los neofascistas, por ser reaccionarios y totalitarios, por querer un regreso en el tiempo hacia un fascismo terriblemente anticlerical, en la fase mussoliniana de la República Social Italiana, tampoco puede ser un aliado de la Democracia Cristiana. Ideológicamente, una alianza entre los democristianos, por un lado, y los monárquicos o los M. S. I. por el otro, resulta normalmente imposible. Los únicos aliados del partido vencedor hubieran podido ser los republicanos o los socialistas, si estos partidos no hubiesen sido infestados por un marxismo apolillado e inactual, que está en la base de su derrota electoral.

Después de haber salvado a los pueblos de Occidente de un seguro deslizamiento hacia el anticomunismo, en los años turbios de la posguerra, la Democracia Cristiana ha cometido, en Italia y en Francia, el error de aliarse con las fuerzas de una reacción

podrida y perdida, olvidando el mensaje revolucionario que ella tenía que cumplir. Al quedarse sola se percatará quizá de su misión y seguirá imprimiendo al Occidente no solamente el sello negativo de un anticomunismo burgués e ineficaz, sino el estilo de vida que el mundo espera de ella para evolucionar hacia una meta constructiva y dinámica, o sea *cristiana.*

F. N.

LA SEMANA RUMANA.—Con la inauguración de una exposición de pintura en el Museo de Arte Moderno, de Madrid, organizada por el crítico rumano Cirilo Popovici, hemos asistido a un verdadero ciclo de manifestaciones culturales de los rumanos residentes en España y en el mundo libre, en las que también han participado Antonio Tovar, rector de la Universidad de Salamanca, con una interesante conferencia sobre "La división de Europa y Rumania", y el famoso filólogo alemán Emil Gamillsheg, con una disertación sobre los orígenes latinos del idioma rumano. Recientemente ha sido abierta al público una exposición de arte popular rumano en el grandioso marco de la Exposición Internacional de Artesanía, inaugurada por el Caudillo en el Palacio de Cristal del Retiro.

Unas coincidencias más que simbólicas otorgan a estas manifestaciones una significación histórica de importancia verdaderamente europea y cristiana. En efecto, fueron los españoles en Occidente y los rumanos en Oriente los que combatieron con más eficacia a las fuerzas de la Media Luna: árabes por un lado, turcos y tártaros por el otro, machacando y debilitando, durante siglos de resistencia y de luchas, el poderío ofensivo del Islam. Al amparo de esta líneas de resistencia, la cultura occidental pudo desenvolverse en paz, realizando la plenitud de su destino. Fueron también los españoles y los rumanos los que recibieron el impacto de la otra fuerza anticristiana y antieuropea: el comunismo soviético. En el año 1919, las tropas rumanas atacaban el primer bastión comunista en Europa en contra de la voluntad de los aliados, y destruían en pocos meses la República comunista que Bela Kun había instaurado en Hungría. Con la conquista de Budapest por parte del Ejército rumano, el comunismo perdía su cabeza de puente europea y se retiraba entre los límites del ex Imperio zarista. Y en el año 1936 fueron los españoles los que derrumbaban la segunda

República roja europea, salvando el continente y derramando la sangre de sus mejores hijos en la defensa de la civilización cristiana.

Hoy día, el pueblo rumano se encuentra bajo el yugo del comunismo. Después de haber combatido durante tres años (1941-1944) y sacrificado un millón de soldados en las estepas rusas, Rumania fué entregada, por las potencias occidentales victoriosas, a lo que Churchill llamaba en su época fascista "los apetitos del leninismo". El error de haber *democráticamente* cedido los rumanos y los otros pueblos de la Europa Oriental y Central en las manos de Moscú fué uno de los errores más graves de la Historia, y los Estados Unidos, Inglaterra y Francia están pagando hoy, en Corea, en Indochina y en su propia carne, las consecuencias de aquella ceguera.

Mas la voz que nos llega desde el país hermano a través de su arte y de su cultura, brillantemente sintetizadas en esta semana rumana, nos deja entrever la luz de una esperanza. Un pueblo vive en la medida en que es capaz de crear. La Historia da siempre la razón a los que tienen el valor y la fuerza de seguir creando más allá de los acontecimientos, a los que saben transformar el trágico cotidiano en esencias inmortales. Los rumanos han tenido siempre el secreto de esta sabiduría. Su resistencia a través de los siglos, su latinidad sin titubeos, lo demuestran, y nos dan a nosotros el derecho de creer en lo que ellos creen y de esperar en lo que ellos tan heroicamente esperan.

V. H.

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN:

RAMON CRESPO PEREIRA
SANDRO TACCONI
FRANCISCO NAVARRO
VINTILA HORIA

«NUESTRA AMERICA»

LA OBRA DE ANDRES BELLO.—En el prólogo a la *Filosofía del entendimiento*, de Bello, editada por el Fondo de Cultura Económica, de Méjico, escribió José Gaos: "Si Bello hubiera sido escocés o francés, su nombre figuraría en las Historias de la filosofía universal como uno más en pie de igualdad con los de Dugald Stewart y Brown, Royer Collard y Jouffroy, si es que no con los de Reid y Cousin" (pág. 83, 1948). Y Menéndez Pelayo afirmó ser esta obra la más importante con que cuenta la literatura filosófica hispanoamericana. Es posible que elogios como éstos, hechos ya desde tiempo atrás y ahora renovados, hayan sido tomados con desconfianza o se haya menospreciado la invitación a estudiar a Bello que contienen. El aspecto filosófico de la obra de Andrés Bello ha tenido menos suerte que el jurídico y el gramatical. Y éstos, a pesar de todo, comienzan a olvidarse. En lo referente al descuido del aspecto filosófico, hay un motivo justificado en parte, aunque sólo aparentemente: se asegura que el pensamiento filosófico de Andrés Bello está determinado y fuertemente influído por una corriente filosófica europea de importancia muy secundaria en la Historia de la filosofía occidental. Sin contar con el apoyo de los grandes filósofos ingleses, el campo en que Bello se mueve es el de la escuela escocesa del sentido común. Bello, sin embargo, filosofó por cuenta propia, y en ocasiones, que fueron muchas, poniéndose frente a la filosofía escocesa. Es verdad que esta escuela influyó sobre él más en extensión que en profundidad, como anota el propio Gaos. Por tanto, no es del todo justificada la razón del olvido y desinterés con que se ha visto la *Filosofía del entendimiento* y los escritos filosóficos del maestro venezolano. La realización de un examen que ponga de relieve los puntos en que Bello se alejó de la escuela escocesa y que precise, dentro de la corriente en que se movió, aquellos en los que fué original, acabaría de una vez con el tácito prejuicio que sitúa a Bello como un mero seguidor de la filosofía del *common sense*. Y, aparte de tal deslinde, podría verse cómo la meditación que Bello emprendió por cuenta propia sobre los problemas filosóficos entraña no pocas cuestiones actuales, a partir de las cuales, y en confrontación con el pensamiento contemporáneo, puede iniciarse una fructífera reflexión. Una y otra

cuestión—originalidad y actualidad—han sido precisadas por el profesor doctor don Juan David García Bacca en el prólogo a la *Filosofía del entendimiento* y *Escritos filosóficos*, editados en Caracas recientemente, como tomo III, con el título general de *Filosofía*, de la Edición de Obras Completas, comenzada a publicar bajo la dirección de una Comisión editora, por el Ministerio de Educación Nacional de Venezuela.

No se agota, empero, el interés que la obra de Bello despierta. Pese a la escasa intensidad poética de sus poesías, conservan muchas de ellas la importancia de ser la primera manifestación de lo que Pedro Henríquez Ureña ha llamado la independencia intelectual de la América hispánica. Bien entendido que tal expresión del maestro no significa ningún afán de señalar y aprobar americanismos exasperados. Pues lo que Henríquez ve de independencia intelectual, se da en las poesías de Bello bajo la forma de una toma de clara conciencia de la peculiaridad del ser de América. Además de éstas, contiene el tomo de *Poesías* (I de la Ed. de O. C.), aquellas en las que, "a manera de...", desenvuelve Bello su facilidad y pericia versificadora y las traducciones de múltiples autores franceses, italianos e ingleses. El entusiasta introductor, Fernando Paz Castillo, ve en las poesías la biografía íntima de Bello; biografía a la que van unidos los primeros pasos de la América independiente.

Sobre la *Gramática* y los *Estudios gramaticales* nada habría que decir. Sólo recordar, como lo hace Amado Alonso en *Estudio preliminar*—tomo IV—, que el destino que Bello le dió, para "uso de los americanos", no quiso nunca decir que se propusiera la elaboración de una gramática americana, en nada acorde con la existente en la Península. La aclaración fué puesta para defenderse de los recelos y ataques de algunos españoles, que desaprobaban de antemano un proyecto semejante. El tomo de los *Estudios gramaticales*, V, lleva un magnífico prólogo de Angel Rosenblat sobre las ideas ortográficas de Bello.

Los estudios introductorios hechos, como se ve, por los más prestigiosos intelectuales y especialistas hispanoamericanos, han puesto de relieve la enorme actualidad de Andrés Bello, y reclaman la prosecución de una investigación cuidadosa y delicada de su obra. Es asombroso el material que movilizó Bello y el genio con que le dió orden y sistema. No ha tenido, y tajantemente puede decirse, la cultura hispanoamericana figuras comparables a las de Bello y Cuervo. Esta edición y la que de Cuervo está haciendo el Instituto C. y Cuervo, de Bogotá, no pueden arrancar un elogio de palabra, necesariamente precario; pero sí el más valioso de la fi-

delidad con que se siga el ejemplo dado por Cuervo y Bello: el ejemplo de entrega absoluta a la vocación y a la vida intelectual y el de la honradez y el rigor científicos en el trabajo.

Los cuatro tomos, a los que seguirán los estudios jurídicos y los epistolarios, han sido elaborados críticamente, teniendo a mano ediciones, monografías y notas inéditas del propio Bello y de sus comentaristas. Los índices de materias y de nombres hacen de estos textos definitivos e indispensables elementos de trabajo.

R. G. G.

PUERTO RICO, UN PUEBLO "MANOS A LA OBRA".—Con este mismo epígrafe se publica en el número 12 de la revista *Casa de la Cultura Ecuatoriana* una información de Benjamín Carrión, que juzgamos valiosa, sobre la vida actual, cultural y política, de Puerto Rico.

Aunque el trabajo es parcial a favor de Luis Muñoz Marín, principal político colaboracionista con el poder extranjero que domina la isla, y actual gobernador del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, razones que le llevan a enjuiciar como utópica y romántica la heroica lucha nacionalista que dirige Albizu Campos, trata con respeto, no obstante, el autor al sufrido patriota puertorriqueño. Y sus observaciones, recogidas sobre el terreno, nos permiten hacernos una composición de lugar precisa respecto a algunos problemas y realidades de la vigorosa y desdichada nación de las Antillas.

El artículo hace primero historia de los acontecimientos principales en la vida política del pueblo puertorriqueño, desde su invasión en 1898; historia que se reduce a la oposición fundamental entre colaboracionistas y nacionalistas, por no hablar del grupo que ha venido cifrando sus aspiraciones en convertir a Puerto Rico en un Estado más de la Unión norteamericana.

Los datos positivos de este trabajo son los que aluden al esfuerzo de Puerto Rico por levantar su Universidad; ésta ha venido a convertirse, según nos permite deducir esta información, y como es bien lógico, por otra parte, en clave de la autenticidad y eficacia de la comunidad puertorriqueña, garantía de la fidelidad de aquel pueblo a su raíz hispánica, exponente actual de una creciente cultura puertorriqueña para la democracia y seguridad rotunda de la

final independencia de un país que, igual que todos, sólo tendrá peso propio, será respetado y dominará sus propios destinos... en la medida en que disponga de unos cuadros de hombres seriamente preparados en las distintas especialidades y técnicas, entrañablemente unidos al pueblo y capaces, por tanto, de expresar el espíritu colectivo en una sólida acción de cultura y de gobierno.

Es evidente que la Universidad de Puerto Rico, fundada hace cincuenta años, va ganando prestigio intelectual, en los últimos años, hacia América y hacia Europa. Su rector, Jaime Benítez, cultivador de la raíz hispánica de la isla, ha abierto a Hispanoamérica y a España las aulas de este centro docente. (Este año profesará en ella nuestro colaborador Ricardo Gullón.) A sus facultades llegan ahora los contingentes anuales de jóvenes que han sido seleccionados entre los 350.000 niños que reciben en la nación hermana educación fundamental, y los 100.000 muchachos que llegan a la educación secundaria. El ideal que se cultiva entre la juventud estudiante es que los planteles graduados universitarios sean, desde la profesión que hayan escogido para el servicio colectivo, maestros en el ejemplo y en las ideas para el pueblo de Puerto Rico. Este planteamiento de las cosas, que tiende directamente a fortalecer la confianza humana, para crear en en el esfuerzo común una vida mejor, será excelente si también la actuación apostólica de la Iglesia es allí lo bastante intensa para asegurar la firme inspiración cristiana de estos hombres, futuros rectores de su pueblo. Pero acerca de este importante extremo nada nos dice el trabajo comentado.

Nos queda de él, eso sí, la impresión confortante de que Puerto Rico, uno de los pueblos límite de la comunidad hispánica, agobiado por su rudo destino de cruce de culturas, construye, en medio de todas sus dificultades, el ideal práctico de "poder vivir juntos", y sigue hablando y pensando en español.

M. L.

JOSE DE LA CUADRA.—El Ecuador cuenta hoy con un considerable número de novelistas y narradores, cuya obra, ya extensamente difundida, va logrando cada vez mayor perfección y madurez. De *Huasipungo,* de Jorge Icaza, por ejemplo, a *Seis relatos,* último libro del mismo autor, hay una grande y favorable dife-

rencia, y como en éste, las novelas y relatos posteriores de los autores ecuatorianos que integran los grupos de novelistas muestran un seguro y enorme progreso y perfección. Estos grupos—el de Quito o el de Guayaquil, por ejemplo—han puesto todo su empeño en hallar en la novela y el relato la más clara y adecuada expresión del mundo cultural y de los problemas humanos de su país.

Menos conocido que Jorge Icaza o que Díez-Canseco, es José de la Cuadra, autor de *Los Sangurismas* (1934), *Horno* (1930), *El amor que dormía* (1931), *Repisas* (1932) y *Los monos enloquecidos* (1931, publicado por primera vez en 1951), editado ahora por la Casa de la Cultura ecuatoriana.

Los originales de este libro, escrito en 1931, fueron enviados a Madrid para ser editado acá, poco antes del Alzamiento, y cuando más agitada e intranquila se encontraba la vida española. Tanto éstos, como una copia que leyó al grupo de novelistas de Guayaquil, se traspapelaron. El autor murió sin haberlos encontrado y sin haberse decidido a recomenzar la obra en 1941. Joaquín Gallegos Lara dijo haber encontrado la obra inédita, y, en forma anónima, se disponía a concluir la novela, cuyo plan general había conocido, cuando le sorprendió la muerte. Sólo hasta el año 1948, entre los papeles de Gallegos Lara, fueron encontrados los originales, traspapelados por segunda vez. Esta edición de 1951 es, pues, la primera, y lleva un estudio preliminar de Benjamín Carrión, director de la Casa de la cultura ecuatoriana; el estudio es un excelente análisis de la obra de José de la Cuadra.

La novela de José de la Cuadra ha sido llamada novela montuvia, por ser el nombre de la costa o montuvio su protagonista. Pero se diferencia de la novela indigenista de Jorge Icaza, no tanto por el personaje sobre el que gira, como por la discreción y delicia con que está escrita. Las aventuras del capitán y marino Gustavo Hernández, personaje de *Los monos enloquecidos,* recuerdan las ya famosas del capitán Alonso de Contreras, y algunas picarescas que en estos tiempos reclaman plena originalidad. Pero en *Los monos enloquecidos,* cuya prosa es, sin duda, la mejor de las prosas novelísticas ecuatorianas, no hay truculencia alguna ni disfrazada vulgaridad, ni irrespetuosa procacidad al referirnos la vida íntima de los protagonistas. Todo va envuelto en aguda y fina ironía. Las situaciones exageradas, casi caricaturescas, del *Huasipungo*, de Icaza, que nada tiene de picaresco, sino de clamor violento, encuentran su contraste en las discretas y humanísimas de *Los monos enloquecidos.* Y en estas situaciones se des-

envuelve la vida de un personaje; no como en las de Icaza, en las que ejerce un papel decisivo la comunidad de indígenas. Estas diferencias, provenientes, sin duda, de los distintos terrenos, técnicas e intenciones que uno y otro manejan, no significan, necesariamente, una radical oposición, sino meros modos de contemplar y enfrentarse con las cuestiones de la vida ecuatoriana. El montuvio, como el indio de la sierra, sufre la explotación y padece la violencia, el hambre y la necesidad. Pero para hacer la denuncia de estos vicios inhumanos, José de la Cuadra ha preferido seguir un camino más eficaz: la ironía punzante; en tanto que Icaza, uno más evidente a primera vista, pero en extremo peligroso para la literatura: el grito y el clamor, casi el cartel. Por esto, la intención estética no se ve obstaculizada por la intención política o social, patente en José de la Cuadra, sino que conviven equilibradamente en una obra a cuyo lenguaje nada tiene que reprochar el más exigente crítico literario. Las objeciones que de este tipo hace Torres Rioseco a los novelistas ecuatorianos, en su obra *La gran literatura iberoamericana* (segunda edición, 1951), pecan de injustas e inexactas.

Con esta novela, inconclusa, publicada póstumamente, José de la Cuadra sobrepasa a sus compañeros de grupo. Como anota Carrión, De la Cuadra no hace novela *sobre* el montuvio, pues él es un montuvio que desde esa condición hace, simplemente, magnífica novela. Y el resultado es otra obra, la primera de auténtica calidad universal que da el Ecuador a las literaturas hispánicas.

R. G. G.

LO QUE LA AGRICULTURA HISPANOAMERICANA DEBE A LA IGLESIA.—La contribución de la Iglesia Católica a la agricultura americana se titula un estudio de Guillermo Hernández de Alba, leído por el autor en la sesión inaugural del Congreso Católico Hispanoamericano de la Vida Rural, reunido el 11 de enero en Manizales, de Colombia. El texto de la citada conferencia aparece publicado en el número 16, de enero y febrero de este año, de la revista *Bolívar,* órgano del Ministerio de Educación Nacional de aquella República.

El artículo citado estimula a los delegados de toda Iberoamérica que estuvieron presentes en el Congreso a que hagan posible la

tarea de escribir la historia de la contribución de la Iglesia a las respectivas agriculturas nacionales. Aporta sobre este particular datos muy interesantes, en lo que hace referencia a Colombia.

Desde que nace a la vida civil como provincia española el antiguo reino de Nueva Granada, al erigirse la Real Audiencia en 1550, fecha para la cual contaba ya con tres Obispados en pleno desarrollo, puede seguirse el curso de una acción intensa, encomendada al celo de los curas doctrineros, que culminó con la publicación de las primeras *Constituciones sinodales,* del recién erigido arzobispo de Santa Fe de Bogotá, en 1556. Dicho estatuto eclesiástico sirvió de pauta poco después a las Ordenanzas del presidente González, dirigidas a los corregidores de indios, pero que fué en los doctrineros en quienes encontró cumplida ejecución y vigilancia.

En las postrimerías del siglo XVI, las tres Cofradías canónicas instituídas para el sustento del culto divino, y cuyos bienes comunales consistían en estancias de ganado mayor y pan coger, fueron en realidad granjas experimentales, donde la comunidad indígena aprendió a trabajar la tierra al modo hispano-romano, practicó la cooperación y cosechó el trigo, la cebada y los fríjoles al lado del maíz de sus abuelos. En el hato de las Cofradías aprendió también el pastoreo, y del producto sobrante de las buenas cosechas se organizó la Caja de la Comunidad, institución de ahorro colectivo y comunitario que guardaban el corregidor, el cura doctrinero y el cacique. Todas estas estructuras, tan inmediatamente confiadas a la tutoría de la Iglesia, habían culminado, hacia la segunda mitad del siglo XVIII, en una actuación social gigantesca, que incorporaba constantemente a la vida civil y económica regiones vastísimas; atraía a la vida sedentaria a sus antiguos habitantes; les hacía prosperar entre los platanares y maizales, cultivados para ellos por los misioneros, y les enseñaba el uso adecuado de herramientas de labor, el consumo de productos agrícolas antes desconocidos y el uso de sayales; reducía a vida civilizada a estas familias indígenas, las cristianizaba sin hacerlas perder sus tradiciones nacionales y fundaba poblaciones; estimulaba las industrias aborígenes, convirtiéndolas en nueva fuente de recursos económicos; acrecentaba la ganadería y protegía sus tierras. Universalmente reconocido es el gran esplendor que estas formas de civilización rural alcanzaron en las repúblicas indígenas del Paraguay y de California, ejemplos admirables de vida temporal comunalmente estructurada, dentro de la elemental economía agrícola y ganadera que las vió nacer, gracias al sacrificio y a la bondad de los cristianos que las constituyeron.

El estudio que comentamos se extiende en la referencia de datos interesantes, que permiten al lector forjarse una clara idea de lo que debió de ser la grandiosidad cristiana y social del régimen fraterno de vida económica rural organizado a la sombra de aquellas Ordenes y Congregaciones religiosas, que al ser anuladas, como en el caso de los jesuítas colombianos, expulsados en 1767 por el decreto de Carlos III, tuvieron que ver arruinarse las prósperas *Temporalidades*, cuyos minuciosos inventarios, a la hora de la expatriación de los religiosos, arrojaban millares de cabezas de ganado de propiedad comunal y de acres de tierra labrada para consumo de la población aborigen. Los nuevos sistemas catequísticos ensayados no pudieron evitar que cesaran en su trabajo telares, alfarerías y trapiches, y que comenzara la desbandada de hombres y de ganados. Estos últimos han dado origen más tarde a grandes rebaños salvajes, que han venido constituyendo fuentes de riqueza para cuantos han sabido reducirlos; igualmente permanecen hoy todavía "matas de monte" y cacahuetales silvestres, que hace doscientos años se hallaban en plena producción.

Enumera también a lo largo de su trabajo el señor Hernández de Alba a los más destacados (entre los muy numerosos miembros del clero diocesano y regular de Colombia) que realizaron una ingente labor civilizadora en la agricultura nacional, colonizando grandes regiones y aclimatando cultivos durante el virreinato y la República, y dedica especial atención a las eminentes figuras de Mutis y sus discípulos Valenzuela y García.

M. L.

UNA BIBLIOTECA DE AUTORES COLOMBIANOS.—El Ministerio de Educación Nacional de Colombia ha puesto bajo la dirección de la revista *Bolívar* la edición de una Biblioteca de Autores Colombianos, orientada en el sentido que tuvo la ya extinta Biblioteca de Cultura Popular Colombiana y la famosa Biblioteca Aldeana, dirigida por Daniel Samper Ortega. Esta lleva sobre las anteriores la ventaja de la edición cuidada e impecable; la presentación, más grata a la lectura y más moderna, y la preocupación de editar libros fundamentales de política, sociología, literatura, historia, poesía y ensayo. Entre las obras publicadas merece destacarse *La federación en Colombia*, por José de la Vega, obra ya publicada en Madrid en la Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales de la Editorial América, que dirigía Rufino Blanco

Fombona hace ya cerca de cuarenta años, y que ahora es de difícil consecución. También conviene destacar los cuatro volúmenes de *Narraciones,* por Daniel Florencio O'Leary, obra en general desconocida, pero de interés muy peculiar dentro de la literatura colombiana. De monseñor Rafael María Carrasquilla han sido editados unos *Escritos escogidos,* que permiten apreciar en justicia la obra magna del sabio rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, cuya obra, apenas conocida por generaciones ya mayores, no había logrado llegar a las actuales para dar su ejemplo de laboriosidad, inteligencia y severidad intelectual. Monseñor Carrasquilla ha significado en Colombia el último gran momento de la tradición humanística e intelectual, que cuenta con Marco Fidel Suárez y Rufino José Cuervo, entre los más notables. También de Antonio Gómez Restrepo han sido editados varios ensayos sobre *Literatura colombiana,* de relativa utilidad, pues si bien el señor Gómez Restrepo fué un crítico erudito y un lector infatigable, tuvo la mala costumbre de no estampar en notas a pie de página o en suplementos bibliográficos las fuentes utilizadas para su trabajo. No es extraño que en los cuatro grandes volúmenes que forman la *Historia de la literatura colombiana* no aparezcan siquiera los nombres de los libros editados por el personaje estudiado, como sucede, por ejemplo, con José Eusebio Caro, de quien sólo cita los títulos de los poemas. Sin embargo, la obra de Gómez Restrepo tiene un valor ejemplar de dedicación a la historia literaria colombiana, tan poco explorada por los jóvenes intelectuales. Entre los autores actuales han sido editados *Los tres mundos de Don Quijote y otros ensayos,* libro en el que el maestro Rafael Maya da a conocer una de las mejores, si no la mejor, prosa de la actual literatura ensayística colombiana. De Rafael Azula Barrera, *Poesía de la acción,* en la que el autor ha recogido dispersos ensayos y meditaciones sobre historia, literatura, ensayo y poesía de América. En Azula se da el caso raro de una clara conciencia de la situación de la cultura colombiana dentro de la cultura hispanoamericana, expresada en ensayos de auténtica calidad y de una sobria prosa. De los últimos volúmenes publicados por la Biblioteca, debe mencionarse el del profesor Cayetano Betancur: *Introducción a la ciencia del Derecho,* compuesto por varios estudios sobre ramas particulares del Derecho, y que constituyen, más que una Introducción en el sentido usual de la palabra, una filosofía de las ciencias particulares del Derecho: el Internacional, el Penal, el Civil, el Político, y un capítulo sobre Hans Kelsen. Conviene destacar que muchos de éstos (la totalidad de ellos si se exceptúa el que cierra el vo-

lumen referente a la estructura de la Constitución) fueron escritos antes de 1940. De ahí una aparente limitación, que es, en realidad, una cualidad de decisiva importancia, pues estas Introducciones, escritas y pensadas hace ya casi cerca de tres lustros, aparte de no desmerecer en nada a las más recientes, pues lo fundamental del moderno pensamiento filosófico jurídico está ya allí recogido, muestran una etapa de la historia cultural de Colombia y de su desarrollo al compás de las inquietudes universales. En dos tomos, Ignacio de Guzmán Noguera ha ordenado, en forma de diccionario, *El pensamiento del libertador*, breviario de gran utilidad para el trabajador sobre aspectos del pensamiento de Bolívar. Del profesor austríaco Víctor Frankl, esta Biblioteca ha publicado, entre los últimos volúmenes aparecidos, *Espíritu y camino de Hispanoamérica*, primer tomo de una obra que comprenderá tres, y en la que tercia en el debate sobre las cuestiones de la peculiaridad y esencia de la América Hispana. En éste, el profesor Frankl aborda el tema de Hispanoamérica y la filosofía europea. Busca la tradición del pensamiento filosófico hispanoamericano, desplegando conceptos de Spengler y Santo Tomás, para concluir que esta tradición, así como el espíritu que conforma la vida de Hispanoamérica, ha de ser de constitución barroca y romántica. Aboga por una nueva Edad Media y un organicismo social fundado en el pensamiento de Othmar Spann, pero integrado en una concepción tomista de la vida y de la sociedad. El camino señalado por Frankl, lleno de sugerencias e interés por la facilidad con que especula con grandes conceptos históricoculturales, no deja de plantear algunos graves interrogantes sobre el peligro que encierra el afán de acomodar a un sistema preconcebido una realidad huidiza; sobre la validez absoluta de los métodos de historia de las ideas, de la filosofía de la cultura, de la sociología del conocimiento y del idealismo universalista de Spann. El problema de América queda en pie. Las afirmaciones de Frankl pueden ser contradichas de modo opuesto radicalmente, sin que ninguna de estas tesis hayan rozado la cuestión central. La carencia de monografías y de documentos hace endeble toda sistematización apresurada de la historia de las ideas y de los problemas americanos.

Esta Biblioteca publica casi mensualmente un libro. La regularidad con que lo hace y la constancia con que se mantiene, gracias a los directores Rafael Maya y Jorge Luis Arango, es el primer ejemplo que en Colombia se da de lo que puede hacer un interés hondo por la cultura.

R. G. G.

CONCLUSIONES DEL CONGRESO DE VIDA RURAL DE MANIZALES.—Las conclusiones de este importante Congreso contemplan todo el panorama de la vida rural iberoamericana y sus problemas; estudian los factores económicos de éstos y sus causas sociales; la falta de diversiones adecuadas; las obras rurales sociales necesarias; el crédito agrícola; higiene y vida rural; la vida de la mujer campesina; educación, vivienda y electrificación; juego y alcoholismo; el indigenismo en la vida rural; el ministerio pastoral rural, el fomento de las vocaciones nacionales y la asimilación del clero extranjero colaborador; los derechos fundamentales en materia de migración; las relaciones internacionales y la utilización de las modernas técnicas de propaganda—prensa, cine y radio—al servicio de la población campesina.

Creemos hacer algo útil en verdad al atraer la atención de cuantos, por razones de afinidad hispánica o de interés social o científico, puedan preocuparse por estas cuestiones hacia los acuerdos del citado Congreso de Vida Rural, que viene a ser un paso decidido en el proceso de reforma social que los núcleos católicos más significativos de la sociedad hispanoamericana vienen desplegando.

M. L.

LA PINTURA ESCOLAR ARGENTINA, VISTA A TRAVES DE UNA EXPOSICION.—En los últimos días del pasado mes de junio se celebró en Madrid una Exposición de Arte Escolar Argentino, que, patrocinada por la Embajada argentina en España y la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio español de Educación Nacional, ocupaba dos salas del Museo de Arte Contemporáneo, donde se pudieron admirar más de un centenar de temples realizados por escolares argentinos de edades comprendidas entre los cuatro y los diecisiete años. La Exposición, montada con gusto, contenía trabajos catalogados atendiendo a la edad de los pequeños artistas: de cuatro a seis años, de seis a doce y de doce en adelante.

No ha sido esta de Madrid una Exposición aislada, y corresponde a una jira artística, organizada por el Ministerio de Educación argentino, con el fin de mostrar en los diversos países europeos los resultados de la nueva orientación dada a la didáctica del dibujo. Las dos primeras exposiciones se organizaron en Roma;

la tercera, en Florencia; la cuarta corresponde a la de Madrid; la quinta se organizó en París, y tenemos noticias de que aun se intentaban otras en diversos lugares de Europa.

En Argentina, la reforma de la enseñanza en sus diversos grados, emprendida bajo el Gobierno del general Perón, trajo consigo una rigurosa revisión de los planes y programas de estudio, para conseguir que esta disciplina fuese, efectivamente, un medio de expresión del niño y del adolescente escolar.

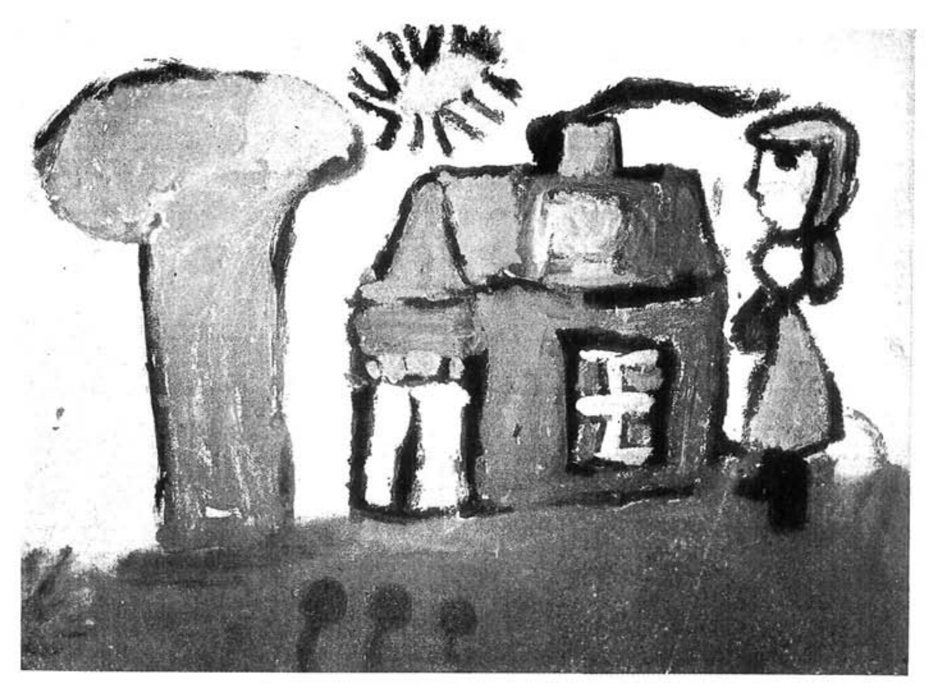
En los Jardines de Infantes, en el Departamento de Aplicación (que equivale en España y otros lugares a las Escuelas anexas a las Normales) y en la Enseñanza Media, el *dibujo* dejó de ser la mera *copia de láminas* inexpresivas, totalmente incapaces de hacer patente la expresión, y donde el alumno no puede poner nada de su parte; y superando incluso a la *copia del natural* con objetos que se colocan a la vista del alumno, se ha convertido en un auténtico *dibujar frente a la Naturaleza*, sistema que favorece la expresividad subjetiva de cada niño con respecto a lo que ve.

Los trabajos expuestos en la *muestra* que hemos visto en Madrid fueron realizados por los escolares en los Certámenes Públicos de Fin del Curso 1952, celebrados en los parques y plazas de Buenos Aires y ciudades del interior del país.

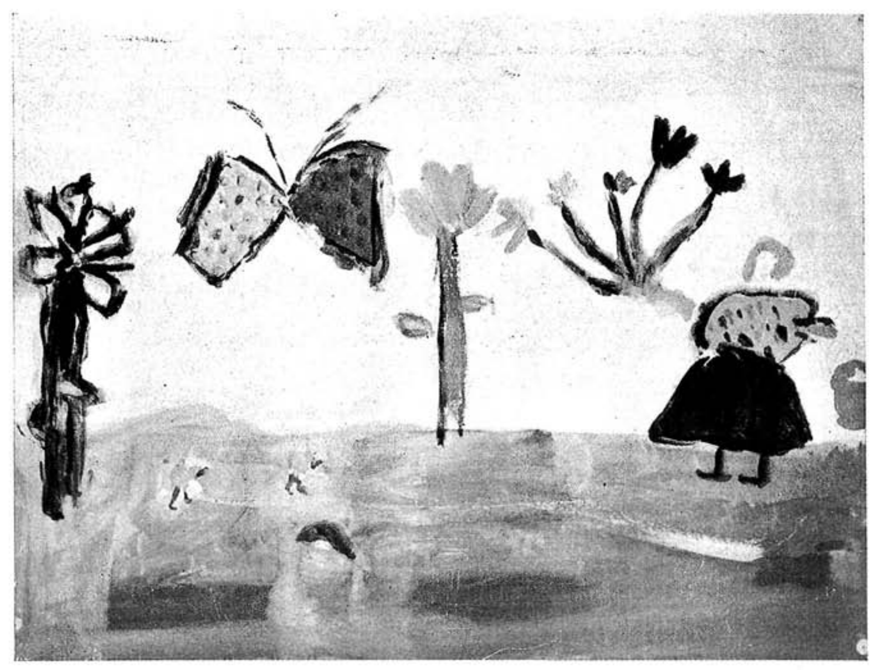
La organización de estos Certámenes Públicos es interesante, y demuestra hasta qué punto se preocupa el Gobierno argentino de esta faceta tan interesante y, al mismo tiempo, tan descuidada siempre de la educación artística. El dibujo, lo mismo que la música, parece que son la Cenicienta de la enseñanza; comoquiera que no son, lógicamente, disciplinas fundamentales, sino complementarias, están, en la mayoría de los casos, relegadas en la actividad escolar. Estamos conformes con que la enseñanza común o general—primaria y secundaria—no *puede* pretender hacer pintores o músicos; pero lo que no cabe duda es de que *debe* despertar vocaciones artísticas. Y, para esto, lo menos indicado es hacer copiar unas láminas inexpresivas durante las horas en que el plan de estudio señala que se debe dar la asignatura de dibujo. Otro tanto podría decirse de las clases de música de muchos centros docentes. Pero dejemos estas discusiones y sigamos con nuestro tema.

A los Certámenes Públicos acuden alumnos seleccionados de los diversos planteles antes citados. Los organismos técnicos del Ministerio de Educación están encargados de su organización, y determinan la fecha y el lugar elegido para su celebración: una plaza o un parque público, que se acota, y en donde se instala una mesa integrada por los profesores de los establecimientos participantes.









Los alumnos se reúnen a una determinada hora, llegándose a congregar en algunos casos más de 3.000 escolares; reciben un cartón en blanco, sellado y firmado por la Inspección, y se disponen a realizar un dibujo de los motivos naturales que tienen a su vista durante dos horas, en las que no pueden salir del recinto acotado. Finalizado el tiempo, se le retira el trabajo, y, previa selección de los mismos, se monta una exposición de carácter anual en salas de Buenos Aires. La participación en estos Certámenes es estimulada por el Ministerio de Educación con premios y menciones.

De esta forma se logran los temples magníficos, por su expresividad y colorido, que hemos podido contemplar en esta Exposición. Ofrecemos en estas páginas una pequeña muestra de los trabajos realizados por cuatro alumnos de los más pequeños. En las láminas I y II podemos ver el mismo tema con dos interpretaciones bien distintas. La primera, más objetiva, aunque carente de perspectiva, en el tejado de la casa; la segunda, en cambio, muestra un personaje de mayor tamaño que la casa y una original reproducción del astro solar.

Las láminas III y IV interpretan un parque. En la primera de ellas, la posición de las manos de las niñas constituyen una original expresión de movimiento, indicadora de que están jugando. En la otra, el pequeño autor ha captado en un primerísimo plano, por su tamaño, algo que, indudablemente, llamó su atención durante la realización del trabajo: el paso de una mariposa.

A la vista de estas pruebas, se comprenderá mejor el abismo que media entre el manido dibujo de copia y el sistema empleado en la nueva Argentina, verdadero medio de expresión del escolar que dibuja.

E. W. F.

CIENTO VEINTE MILLONES DE CAMPESINOS POBRES.— Vicente Andrade Valderrama aporta en el número de marzo de *Revista Javeriana* un documentado estudio sobre diversos hechos sociales, característicos del gran problema rural de Hispanoamérica. El estudio al que nos referimos acredita, a nuestro juicio, que no nos equivocábamos cuando hace un año señalamos desde estas mismas páginas la aparición de un serio equipo de sociólogos del clero secular, seglares y jesuítas, que está acometiendo en Colombia, con el respaldo—e incluso beneficiándose del directo estímulo—

de Roma, un estudio concienzudo que permitirá emprender, siquiera sea inicialmente, pero sobre bases sólidas, la profunda transformación social necesaria en aquellas inmensas tierras.

A pesar de la falta casi total de datos estadísticos, que hacen inseguros los mismos cálculos sobre población general, el autor del estudio citado establece que unos 120 millones de personas, del total de 160 millones de todas las razas que sobre islotes reducidos de civilización—aislados unos de otros por enormes extensiones de selva virgen, que sólo cruzan por el espacio los aviones—pueblan la América Hispana, viven inmediatamente del cultivo de la tierra, con técnicas rudimentarias que exterminan progresivamente la riqueza natural y no sirven para asegurar un rendimiento que evite la miseria.

Mientras la población urbana, en sus estratos privilegiados, goza de todos los adelantos de la civilización, esos 120 millones de personas son mantenidos en un nivel de cultura, de vitalidad y de bienestar, muy por debajo de las exigencias humanas, a causa del aislamiento geográfico y de los sistemas sociales y económicos vigentes. En el aspecto religioso y moral, esta población rural constituye, por otro lado, la parte mejor y más sana de la sociedad de Hispanoamérica.

Las reducidas clases sociales ricas son blancas, poseen la tierra y los medios de producción, viven lujosamente, con todos los adelantos técnicos a su servicio, y viajan habitualmente al extranjero. Las clases pobres, en duro contraste, padecen un bajo nivel de vida. Los grupos sociales intermedios, como en todos los países de estructura burguesa, ofrecen una apariencia exterior satisfactoria; pero viven, en realidad, sujetos a muchas privaciones e incertidumbres. La cuestión racial, aunque no llega a constituir un problema en el sentido racista, modifica mucho las circunstancias de unos a otros países, dado que los hay donde predomina numéricamente la raza blanca, como Argentina y Uruguay, y donde predomina la indígena, como en Bolivia y Perú, o la negra, como en Haití y Jamaica.

En Colombia, por ejemplo, el 70 por 100 de la población es rural; vive fuera de centros poblados, dispersa en el campo; un 74 por 100 trabaja en la agricultura. Esta situación es la del promedio de Hispanoamérica, donde hay países, como Santo Domingo, Guatemala o Nicaragua, de proporción agraria mucho mayor; otros, como Brasil y Méjico, de proporción ligeramente mayor, y otros, como Cuba y Argentina, de proporción menor. A título de dato comparativo, expone el P. Andrade que en Estados Unidos,

según el censo de 1950, sólo el 36 por 100 de la población es rural, y en la agricultura no trabaja más que el 15 por 100.

La correlación universal entre ruralidad y pobreza se agudiza en Iberoamérica, en muchas de cuyas regiones llega a presentarse con caracteres en extremo irritantes, que sujetan a su población a condiciones de gran inferioridad en cuanto a cultura, ingresos económicos y servicios recibidos de la colectividad.

Después de estudiar las diversas categorías de trabajadores rurales, entre los cuales se comprenden casi siempre en América muchos trabajadores no agrícolas, como los mineros, se llega en el artículo reseñado a la conclusión de que lo mismo los pequeños propietarios de la tierra que los arrendatarios, aparceros y jornaleros, han de sufrir casi siempre la dificultad de comunicaciones inherente a la agricultura de vertientes montañosas, salvo en las llanuras dedicadas al cultivo de la caña de azúcar en Cuba o en el valle del Cauca, en Colombia; en las pampas ganaderas de Argentina y en los llanos orientales de Venezuela y Colombia, la falta de escuela para los hijos, servicios médicos, electricidad, asistencia religiosa, intercambio comercial, etc., que trae consigo la vida en despoblado. El mismo trabajo agrícola, que ha de empezar con frecuencia por desmontar la selva, o cultivar si no la que desmontaron los antepasados, al continuarse sobre tierras montañosas despojadas de sus primitivas extensiones forestales y sin técnica alguna, trae consigo la erosión y el empobrecimiento de las tierras en muchas regiones. Así, el trabajo rutinario del agricultor sólo puede arrancar del suelo algo con que vivir, sin horizonte de superación. La mayor parte de los territorios padecen clima tropical o subtropical; abundan además los parásitos y los insectos, y son endémicos el paludismo, la uncinariasis, la amibiasis y otras enfermedades que afectan a grandes sectores de la población rural.

La pobreza y la ignorancia contribuyen a que la nutrición, a pesar de la prodigalidad de muchas zonas, sea muy deficiente. La falta de tratamiento adecuado de las aguas y de condiciones higiénicas en la vivienda y en el trabajo, así como el abuso, inevitable en tales condiciones, de bebidas fermentadas, son causas de un acentuado empobrecimiento biológico. El enorme porcentaje de analfabetismo e incultura, que ya en otras ocasiones hemos estudiado, no puede dominarse a base de la maestría rural que en un local, inadecuado casi siempre, hace repetir de memoria unas rudimentarias nociones.

Los Municipios son, en realidad, gobernados por los *gamonales*, puñado de personas que acaparan las posibilidades económicas y

el influjo social; latifundistas y arrendadores de tierras, únicos compradores de los productos; intermediarios exclusivos y obligados, que revenden con enormes diferencias los productos en los centros comerciales y explotan en todas las formas al campesino, a quienes la autoridad, por regla general, no contradice nunca porque tienen una influencia política indiscutible y manejan las elecciones según su interés. Con frecuencia, pues, lo mejor que puede recibir el campesino de sus autoridades locales es indiferencia; suele recibir, además, exacciones de impuestos y servicios, atropellos; casi nunca protección y ayuda para sus problemas. En circunstancias de excepción, está expuesto también a las depredaciones del bandolerismo. Esta situación, y la falta de tecnificación de la agricultura y de capital de inversión, o de crédito que lo reemplace, permite que los usureros y explotadores del campesino puedan hacerle préstamos ruinosos, le compren por adelantado sus cosechas y lleguen a ahorcarle poco a poco con el lazo del crédito usurario.

Quedan por colonizar aún en nuestros días inmensas extensiones de tierras baldías, así como muchos latifundios coloniales que presencian prácticas sociales indignas. Las pequeñas propiedades no suelen dar lo necesario para vivir. La situación del proletariado rural empeora en la proporción consiguiente. Muchos trabajadores rurales, indios o negros, viven todavía en condiciones semejantes a las de la esclavitud. Grandes grupos indígenas permanecen a un nivel cultural social y económico muy inferior. Las dictaduras personales o militares que detentan el Poder, así como la escasez de recursos, han impedido, en general, que los Gobiernos pudieran llevar al campo los servicios públicos.

En resumen, que en la América Hispánica resulta apremiante en extremo la aplicación de la consigna de que "debe desaparecer el proletariado rural", dada por Pío XII el 1 de marzo de 1952 al Congreso de Cultivadores Directos de Italia.

M. L.

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN:

RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT
MANUEL LIZCANO
ENRIQUE WARLETA

ESPAÑA EN SU TIEMPO

SANTAYANA, NAUFRAGO EN EL MUNDO.—Un hombre voluntariamente solitario—o involuntariamente, ¿quién sabe?—ha dejado al morir el tercer volumen de sus memorias: *Places and Persons (Lugares y personas)*, en las que vive su figura paradójica. George Santayana tituló su último libro *My Host The World (El mundo, mi huésped*, Scriboers, Nueva York). Y con razón, porque lo más fundamentalmente característico de su vida y su obra es el sentido de permanencia precaria, de simple extranjero, que recibe la hospitalidad del mundo hurañamente.

Nacido en España, en la vieja ciudadela castellana de Avila, en 1863, murió este año, a los noventa, en un convento de Roma. Español de lengua y de temperamento, es uno de los mejores escritores contemporáneos de habla inglesa. Filósofo, que vivía visionariamente en Grecia, escribió una novela única: *El último puritano (The last Puritan)*, ya clásica en las letras norteamericanas. Profesor en Harvard y en Oxford, nunca quiso ser profesor, sino un "perpetuo estudiante". Poeta, era considerado por los poetas como un raro filósofo, y filósofo, era mirado por sus colegas como un poeta excéntrico. Español, vivió la mayor parte de su educación y su vida en Inglaterra y Estados Unidos. Pero para ir a vivir sus últimos años de retiro en Italia, cuna de la latinidad, tuvo que visar su pasaporte en el Consulado de España. Católico por nacimiento y primera formación, ambiente y familia, no practicaba ninguna religión, y convirtió lo religioso en un mero elemento poético. No podía tragar el protestantismo de sus colegas ingleses o norteamericanos. Y en sus viajes encontró los mejores guías en un monje inglés y un cura italiano. Su reposo final, para soñar y morir, estuvo guardado por religiosas romanas.

Viajero con sueños de método científico, se vió ordinariamente condenado a la condición de turista superficial, que despreciaba, por Egipto o Atenas y en la Roma imperial o eclesiástica. Autor de treinta y dos libros—poesía, historia, filosofía, ficción—, es uno de los escritores más conocidos y menos leídos en Estados Unidos. Su última obra rezuma como una recapitulación de su itinerario espiritual, rememorando sus últimos años transcurridos en Inglaterra, España e Italia. Sobre todo Italia, su "primera elección como sitio ideal de recogimiento y retiro".

No sólo el título, sino el *leit motiv* de su libro, indica como lo más permanente de su espíritu la sensación de extranjería en todo el mundo. Extranjería amada, como un pretexto para hurtarse del mundo contemporáneo, para filosofar estéticamente. Buscaba en la filosofía su consolación durante dos guerras y una larga vida de pensador sin familia propia ni arraigos terrenos ni eternos.

Avila le hacía añorar a Oxford. Y en Harvard añoraba a Avila. París le urgía a emigrar a Grecia. Y la desaparición de Grecia y Egipto antiguos le hacían retornar con nerviosa prisa al retiro italiano de sus libros y de la naturaleza soleada en silencio.

El epílogo triste podría condensarse en pocas sentencias:

Su familia, de comerciantes y empleados coloniales, le otorgó una precoz visión de la redondez ancha del mundo. "Abrí los ojos al mundo convencido de que es inhumano: no hecho para el hombre, aunque habitable por él... Opinión que se ha confirmado desde entonces."

"El gran maestro de la simpatía con la naturaleza, en mi educación, fué Lucrecio." "El espíritu en mí se sintió arrojado al mundo, como Robinsón Crusoe en su isla." Como encadenado al "tegumento biológico" del cuerpo, su espíritu encarnado vivió el conflicto inherente a todo espíritu libre condicionado por la materia. Extranjero en el lugar de su educación, Inglaterra, no pudo digerir emocionalmente su ambiente, especialmente el religioso.

Y cuando presenció que "el mundo progresaba hacia la trivialidad", su sensación de extraño en todo el mundo "llegó a un punto de amor propio".

Con nostalgia por el mundo del siglo XIX, y más aún por el del Renacimiento, enjuicia los tiempos contemporáneos como faltos de "dignidad en los modales o distinción en los trajes, habiendo hasta la moda perdido sus encantos. En literatura y bellas artes, el talento puede proporcionar agrado por su pericia, si no por su sabor y buen gusto".

"No puedo sobreponerme a un definido disgusto del simple cometido intelectual, de militantes en el vacío." "Si no fuera tan viejo, escribiría, en francés, una historia breve de *Les Faux Pas de la Philosophie*... Y hay poco en la filosofía europea que no pudiera incluirse en esta serie de *errores innecesarios*."

"El mundo contemporáneo ha vuelto las espaldas a toda tentativa de vivir razonablemente. Las dos grandes guerras (hasta ahora) del siglo XX fueron aventuras de entusiástica sinrazón." "¿Qué se requiere para vivir conforme a razón?", se pregunta. Y responde: Dos cosas. Primero, el conocimiento de sí mismo, la clave de Só-

crates, y en seguida, un suficiente conocimiento del mundo que nos rodea. "El mundo contemporáneo tiene suficiente conocimiento de la naturaleza para sus propósitos... Pero sus propósitos demuestran un insano olvido de sus verdaderos intereses. Se podría decir que el proletariado conoce sus intereses perfectamente: trabajar menos y ganar más. Esos son sus intereses, pero mientras se mantenga proletariado. Pero el proletariado en sí mismo es una condición inhumana." "Los intereses humanos son: tener una familia, un hogar, un trabajo y la libertad de elegir su vocación y sus movimientos."

"Se ha esperado que la ciencia nos hiciera al mismo tiempo ricos y libres de cuidados (dos esperanzas contradictorias)." Este es el sueño de los modernos, "con el que he encontrado al mundo mi huésped ufanamente tratando de administrar su establecimiento". Pero a esta sociedad "le falta el rasgo esencial de la vida racional, un último fin... Esta ha sido la enfermedad peculiar de mis tiempos".

Y cuando el escéptico tranquilo, libertado en su mocedad de toda idea clara de un fin último, muere apaciblemente en su retiro monástico, rodeado del "ambiente poético" de su religión de infancia, piensa que todas las enfermedades del mundo son pasajeras, y que, a pesar de todo, el espíritu seguirá peregrinando hasta encontrar su habitáculo adecuado. Este espíritu humano, "divino y, a la vez, nacido de mujer", que camina "por entre virtudes y pesares de la naturaleza, pero con adivinaciones de la eterna verdad". Estas son sus últimas palabras de escritor. Dios quiera haberle transido de eternidad en su recogimiento final y haberle devuelto, en el trance, el áncora cuya pérdida hizo de este huésped un náufrago a la deriva, atraído y llevado por las olas amargas que un día regaron las orillas de las raíces de su esperanza.

C. D. H.

LA EXPOSICION DE F. MATEOS.—Pasa una sombra inquieta por la pintura de F. Mateos, mucho más flúida y cordial que hace dos años, también mucho más cáustica y silbilina en la terrosa desnudez de sus planos, bellos a la vista, que tienden a yuxtaponerse en iluminadas distancias, saltando ya sobre los originales

barros de la búsqueda, donde encontró el sentido emotivo y señalador de sus lienzos.

Siento la pintura moderna, contemporánea mejor, de Mateos, y mi receptividad se corresponde en ella en sus más esenciales y plásticos motivos; y no es mero azar, aunque también lo sea, que España tenga en estos momentos un pintor tan moderno en lo que a emoción estética se refiere, ya que la técnica sin ella sería apenas... moderna.

Su técnica se afirma dentro de una atmósfera contenida, de efecto áspero y seco, en una imprecisa limitación de superficies y contornos, sin prefijados efectos. Sus telas, todas ellas, son, ante todo, afirmaciones de color, que los matices atenúan con espontáneos tonos menores y la violencia de los contrastes, pues la primera impresión de su pintura es de contenida violencia.

La humanidad de sus composiciones transita por la intimidad de su memoriado simbolismo exotérico, para el hallazgo y su margen, que va dejando el sentido de una personalidad fraguadora de liberados espacios. Sin facilidades, sin efectos, sin derivaciones literarias; ni siquiera el romanticismo gráfico de unos ojos detenidos entre aquel que mira y aquel que ve.

Las máscaras ofrecen sus humanas aproximaciones. La marioneta, los músicos, los payasos y ese flautista que surge aquí y allí para encantar el martirio de una mujer que se esfuma en blanco, unos arbustos florecientes de máscaras... Las máscaras que le ayudan a economizar la emoción humana por el atajo del sentido opuesto. Las máscaras en Mateos juegan a retener el interés de una distancia entre alma y alma, que las gamas infusas de su paleta inhiben para sí con su coactiva prestancia. Sus personajes dialogan, llenos de expresión, irreales cuerpos incompletos, cansados de su físico ser, volviendo de alguna infrahumana experiencia, sin deseos de contarla más allá de la frontera muda que la materialidad del pincel limita.

En la pintura de Mateos se palpa lo existencial, tanto en lo emotivo como en lo plástico.

Por la específica calidad y por el momento en que surge, este artista se hace patente sin asimilaciones turísticas ni reflejos de paso. Viene con tierra y temperamento, dos cosas cuya falta se viene notando mucho en las avanzadas actuales del Arte. Y sugiere renovación, ahora, así como antaño Pablo Picasso sugería un ageométrico *impasse* material, situado en su época. Sugiere renovación y continuidad, señales de haber cruzado a través de ateridos, congelados ya, paisajes de crisis, de mercado negro...





Un regreso de Corea a través de la deslumbrante desolación, literaria aquí, por añadidura, de una explosión atómica en el paraje desierto de Las Vegas. No falta en su arte para completar esta imagen el mimetismo de la sonrisa fría que se adelanta a la despedida de una muerte bien vista a través del espejo. Su obra no nos trae, pues, una nueva glorificación de la grande muerte de nuestro tiempo; trae más bien una sana y alegre indiferencia para todos los precios que la vida va marcando en la intemperie del sol de cada vida.

Pero el mismo artista viene a exteriorizarnos aspectos de su personalidad contestando a unas impertinentes preguntas.

—Amigo Mateos: ¿puede decir algo para su público sobre el origen de su pintura, la fuente de inspiración que anima la composición y temática de sus lienzos?

—Su pregunta es un poco extraña o quizá poco precisa. Tanto, que más que responderla me la tengo que inventar. En cualquier pintura *creada*, la obra empieza en la misma obra, y apenas si tiene antecedentes de otras obras o de otros pintores. Naturalmente que nada nace de la nada, y menos todavía ninguna actividad del espíritu. Usted me pregunta por mis maestros, de dónde me vino el primer impulso para escoger mis temas y cómo, poco a poco o rápidamente, se formó mi estilo. ¿Los temas de mis cuadros? Si le dijera que de una observación constante de la vida que nos rodea a usted y a mí, acaso se sorprendería, y, sin embargo, no tengo otra respuesta. Los *maestros* no se escogen por voluntad, aunque corrientemente se crea así. Existe una corriente interna, ¿por qué no la misma que une en amor a una mujer y a un hombre, que nos une a un pintor histórico, a un maestro? Por un sentimiento no precisado existen pintores que sienten a Velázquez, otros sienten al Greco y otros sentirán a Zurbarán. Tenga en cuenta que hablo de ese sentir natural y espontáneo, en el que no desempeña nada ninguna influencia literaria ni plástica, sino, concretamente, desinteresada pasión, ordenada por el corazón. Acercándonos a su pregunta, y sin ninguna reserva especulativa, le diré que a mí el tirón me lo dió Goya. Respecto a mi estilo, hoy en marcha, no es, ni más ni menos, que afirmación de un trabajo heroico cara a la realidad plástica para encontrar lo que hubiere en mí de pintor que apenas deba nada a nadie. Piense que esa aspiración pueril y morbosa del escándalo y de ser original a todo evento no va conmigo; lo que sí va conmigo es el ser insobornable ante cualquier pintor o pintura que no tenga la fuerza que mi temperamento exige. Mis temas son el mundo que yo veo, es decir, el mundo que no sólo me

rodea, sino que llevo conmigo. Lo demás podría ser la piel de los objetos, y la pintura debe hincarse en la carne y untarse de sangre.

—En nuestro medio son pocos los que comprenden el arte moderno en general, y son muchos más aquellos que lo combaten. ¿Podría decirme cuál de estas dos mentalidades es la más útil para una colaboración positiva en las necesidades y problemas culturales de nuestro tiempo?

—Me sorprende usted diciendo que en nuestro medio son pocos los que comprenden y estimulan el arte moderno. Creo ver en esto una cierta ironía por su parte, puesto que el espectáculo intelectual de esta hora de España empieza a caracterizarse por una verdadera preocupación por la gran poesía moderna, la gran música moderna y la pintura moderna. No, amigo mío. España tiene buenos pintores modernos, que se sienten atendidos y estimulados por lo que debe ser: por lo más joven y vital de nuestra Patria. Dígame que existe una pereza mental en algunos sectores, menos importante de lo que parece, para aceptar las nuevas experiencias espirituales que todos, pintores, poetas, músicos, andamos inventando de lo más hondo y de lo más auténtico de nuestro pueblo, y empezaremos a ponernos de acuerdo. La batalla verbal sobre los modernos y los académicos apenas divierte a nadie. A mí, por ejemplo, me interesan Manuel de Falla, Juan Ramón Jiménez y José Gutiérrez Solana. Supongo seriamente que a otros les gustarán otras cosas; lo que no gusta a nadie que va caminando es la polémica, que entorpece.

—¿Cree que la era atómica por la cual atravesamos abre mayores perspectivas a la creación artística?

—La influencia del Arte sobre los hombres es de sentimiento a sentimiento, de sensibilidad a sensibilidad; por algo, un bello pasaje musical nos arranca de cuajo del mundo que nos rodea; una bella poesía (y cuidado con la palabra belleza, que está muy resobada) nos dice lo mejor de nosotros mismos, igualmente que un gran juego de líneas y unas manchas de color nutren nuestras aspiraciones de misterio. ¿Cree que existen perspectivas de tiempo para hablar de una era atómica? Y ¿cree que un hombre, preocupado en dar intensidad a un verso, está pendiente de lo que pudo pasar en el campo de experimentos de Las Vegas? ¿Una era atómica? No sé lo que me quiere preguntar. ¡A mí me sigue pareciendo tan nuevo el *Elogio de la mujer chica,* del Arcipreste de Hita!

—Por favor, una pregunta informativa de interés profesional: ¿Ha sido bien acogida su pintura en los medios culturales de Pa-

rís y Roma y será bien acogida en Norteamérica en su próximo viaje?

—Esta pregunta representa un descanso para mí. Yo, asiduo visitante del Museo del Prado, voy siempre allí no para copiar las maravillosas obras expuestas, sino para saber lo que no debo hacer. Yo, español por nacimiento, pero más español por voluntad de serlo, también he ido a París y a Roma para ver lo que no debo hacer.

J. R. B.

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CIBERNETICA.—A finales del pasado mes de mayo inició sus tareas la Sociedad Española de Cibernética. En la sesión inaugural intervinieron, entre otros, don Emilio Novoa y don Tomás R. Bachiller. La conferencia del primero tuvo por título "Los confines de la cibernética". Según Novoa, ni Wiener ni sus seguidores se han atrevido todavía a dar una definición de la cibernética. Puede afirmarse, sin embargo, que cuando en el estudio de algún fenómeno interviene la "información", podemos hablar de cibernética. Claro que este desplazamiento es un escamoteo. Porque la cosa será entonces precisar qué sea eso que los cibernéticos llaman "información". Lo que sí puede decirse es que la ciencia reciente tiene pretensiones de síntesis. Quiere relacionar diversas ciencias. Al parecer, en esto radica su éxito. Pero tal vez sea prematuro usar de estos términos. Aguardemos a que se vaya haciendo la luz en torno de estas cuestiones. Hoy estamos metidos dentro de una gran polvareda, que impide la fácil orientación dentro de ese mundo fantástico de los cibernéticos. De aquí que algunos científicos hablen en tono provisional y suene mucho en sus trabajos la voz "hipótesis". (Véase, por ejemplo, *The British Journal for the Philosophy of Science*, mayo de 1951: *The Hypothesis of Cybernetics,* por J. O. Wisdom.) Como se sabe, la cibernética ha nacido ligada a cuestiones relativas a los mecanismos. (Véase *Hombres y máquinas,* en CUADERNOS, núm. 40.) La tesis de algunos cibernéticos es que el ser humano es una máquina. Evidentemente, a estos científicos hay que preguntarles qué quieren decir con el vocablo "máquina". Ahí está el problema. Porque es cierto que Ashby ha mostrado que los organismos tienen algunas propiedades mecánicas. Pero esto no prueba que el organismo del hombre, por ejemplo, *sea sólo eso.* En realidad, lo que ha hecho hasta ahora la cibernética es presentarnos una nueva clase de má-

quinas. La semejanza incuestionable entre esos mecanismos y el cerebro humano no implica, claro está, identidad.

Novoa, en su conferencia, señaló la tendencia a confundir a los autómatas con los sistemas cibernéticos. También se ocupó de varios tipos de mecanismos automáticos.

Todas estas maravillas sorprenden al hombre ingenuo. Llega uno a perguntar: Pero ¿adónde vamos a ir a parar? La cosa, desde luego, no es para tomarla a risa. ¿Qué va a pasar si el mundo se puebla de autómatas que realizan muchas de las funciones hasta ahora encomendadas al ser humano? La situación que se plantea ante el meditador serio es grave. Algunos pensadores ya han reflexionado sobre el sugestivo tema. Por ejemplo, el P. Dubarle. (Véase mi nota bibliográfica *El humanismo científico y la razón cristiana*, en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS núm. 43.)

Pero dejemos el asunto. Glosando a Novoa, me limitaré a decir: "Nosotros queremos ser unos cibernéticos prudentes." Confiemos en el espíritu creador del hombre. Esperemos que todos esos maravillosos inventos ayuden al ser humano en la prosecución de los más altos objetivos.

La intervención de Bachiller resultó muy interesante, pero excesivamente técnica para poder tratar de ella aquí. Señaló en su conferencia la dificultad de dar una definición de la cibernética, por tratarse de una ciencia en formación. Por ello, de momento, hay que servirse de conceptos algo vagos. La tarea fundamental de los cibernéticos consistirá, precisamente, en dar rigor exacto a los términos más importantes de la ciencia que ahora está en sus albores. Entre ellos figura la voz "información". Según teoría de Bachiller, la matemática es la ciencia del pensamiento exacto. De ahí que haya de ser matemática la elucidación del sentido preciso que haya que conceder a ese término fundamental: la información. En su curso de la Escuela de Telecomunicación, Bachiller, basándose en la idea matemática de distribución de Schwarz, ha conseguido dar una estructura precisa a ese término. Desgraciadamente, no puedo extenderme en estas páginas sobre los trabajos citados.

Deseamos muchos éxitos a la Sociedad Española de Cibernética.

R. C. P.

PRIMERA EXPOSICION INTERNACIONAL DE ARTESANIA.—Como una réplica a la corriente mundial de la superproducción y la fabricación en serie—aunque ello no quiera decir que esta última modalidad implique un atraso para el progreso industrial—, se ha presentado en Madrid la Primera Exposición de Artesanía con carácter internacional.

En todos estos casos de exhibición pública, el que únicamente tiene derecho a opinar es precisamente el espectador. Por ello, y si tenemos en cuenta que la clausura de dicha Exposición ha tenido que ser demorada en dos ocasiones, veremos que el éxito no ha podido ser mayor.

Aparte del pabellón español, que es el más nutrido, han asistido al Certamen distintos países, formando un pabellón extranjero. La ausencia de trabajos de los países americanos, exceptuando Estados Unidos, ha impêdido saborear la exquisitez de sus artesanos, cuyas obras son conocidas sobradamente en España, pero no admiradas de cerca. Si quitamos a la citada representación norteamericana y al Marruecos francés y español, vemos que los demás participantes son países europeos, entre los que se encuentran algunos de más allá del "telón de acero".

Comoquiera que el más puro de los artesanos—y, por tanto, el que más méritos suele reunir casi siempre—es precisamente el hombre vulgar, el rudo (éste siempre se especializa en la labranza de materiales típicos de la tierra), no es difícil encontrar la diferencia entre la artesanía de cada una de las naciones participantes. Así, en Holanda encontramos un afán en valorar sus atuendos típicos en consonancia con la lucha que el pequeño país tiene entablada con el mar; en Suecia, sus ricas maderas talladas en diferentes formas; en Rusia, sus bellos vestidos cosacos; en Francia, sus incomparables porcelanas de Sèvres e infinidad de variedades.

Por otra parte, podemos apreciar la sencillez casi infantil de la artesanía norteamericana. No es extraño el que alguna vez hayamos oído decir que el norteamericano es un niño mayor, y al contemplar los trabajos presentados en la Exposición, este comentario cobra firmeza. Poseen una línea sencilla, elegante, aerodinámica, como influídos por ese afán de ganar tiempo al tiempo, de pasar ante la mirada del espectador con velocidad de relámpago. Está reflejada en la artesanía norteamericana la historia de un país joven que en muy poco tiempo, y gracias a ese dinamismo característico suyo, ha alcanzado la supremacía mundial.

En contraposición con esto se encuentra la aportación marroquí, representada por los Protectorados francés y español. El re-

pujado de cuero, los bordados, sus preciosas y elegantes armas, la filigrana de su cincel, todo cobra reposo. Forman un extraño contraste con todo lo moderno. Contemplando sus obras, el espectador no puede por menos de imaginarse al artesano que, con esa cachazudez característica en su raza, enfrascado en su tarea y sin importarle en absoluto si el tiempo corre, va perfilando su obra pensando que no hay tiempo perdido si el fruto vale la pena.

La artesanía religiosa española brilla resplandeciente con sus incomparables imágenes, sus ricos mantos, sus valiosos objetos de culto.

En juguetería se demuestra que España es una de las naciones que marchan a la cabeza, y que su fama no es pura coincidencia. Los más famosos personajes de la vida política están representados en ricas estatuitas. El traje femenino, a través de la historia del mundo, desde la ruda mujer de las cavernas hasta la más frágil de las niñas *swing*, se refleja en la colección de muñecas presentada, y que ya ha tenido verdaderos éxitos fuera de nuestras fronteras.

La industria de la madera, desde las obras más rudas hasta las más elegantes e inverosímiles, con reproducciones de obras arquitectónicas, muebles, utensilios de uso personal, entre los que destaca una colección de bastones valorada en 100.000 pesetas, se encuentra representada en esta Exposición.

Las típicas labores de tejidos suntuosos, obras de Lagartera, encajes, alcanzan un gran éxito.

En cuanto a la metalurgia, verdaderas obras de filigrana, trabajadas como por arte de magia, y en las que no se llega nunca a comprender cómo se han podido realizar.

Es, en fin, toda la Exposición una exhibición y una demostración de que el hombre no trabaja como un autómata, sino que al hacerlo pone todo su corazón en su trabajo.

F. A. M.

EL CUARTETO VEGH.—Resulta agradable cumplir los deberes de cronistas cuando el elemento comentable posee las cualidades prodigiosas del cuarteto Vegh. La sorpresa ante la expresividad de las interpretaciones se hace admiración y la emoción estética adquiere altitudes sorprendentes.

Primero llegaron con Bartok. Toda la emotividad del músico

húngaro cobraba vida en los arcos. Bela Bartok, el raro para unos, el cerebral para la mayoría (que no ha sabido comprenderle), parecía surgir entre las líneas que se esfumaban en el tiempo, porque la calidad de las versiones de su obra de cámara para cuarteto nos ofrecían la más perfecta reproducción del pensamiento del creador. Es posible que aun faltara algo para llegar al límite máximo; pero también es admisible, sin temor a dudas, que esos límites escapan a los humanos y que casi parece imposible lograr los de esta ocasión.

A aquella actuación siguieron varias en el II Festival de Música y Danza, recién concluído en Granada.

En estas nuevas sesiones, otros nombres menos "cerebrales", según los conceptos al uso, han sido los puestos en juego: Beethoven, Haydn, Mozart, Brahms.

La lección es profunda; lección que deben aprender los más antes de lanzarse a la aventura de interpretación, antes de considerarse maestros sin la dura prueba del estudio, sin el esfuerzo que se desprende de las actuaciones del cuarteto Vegh, aun sin entrar en el hondo problema planteado, porque si el esfuerzo es fundamental, no lo es menos el que ese esfuerzo vaya sostenido por otros dos factores: sensibilidad y disciplina.

C. J. C.

JORNADAS DE LENGUA Y LITERATURA HISPANOAMERICANAS EN SALAMANCA.—Del 29 de junio al 5 de julio se llevaron a cabo las Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericanas, organizadas por el Instituto de Cultura Hispánica y la Universidad de Salamanca, como primer acto conmemorativo del VII Centenario de la Universidad salmantina. En el paraninfo de la Universidad y en las aulas de la Facultad de Letras discurrieron las sesiones y trabajaron las Comisiones, que, en número de cinco, discutieron cerca de ciento veinte ponencias, presentadas por los invitados y delegados de los países de Hispanoamérica y España y por hispanistas notables de Francia, Italia, Suiza, Alemania, Inglaterra y Holanda. Pero antes de entrar en el estudio de la aportación que tuvieron para las letras hispánicas la convivencia, discusión y diálogo de los delegados, apuntaremos escuetamente algunos datos, elocuentes por sí mismos.

La sesión preparatoria fué presidida por el director del Insti-

tuto de Cultura Hispánica, y en ella, por propuesta del colombiano Eduardo Carranza, fué proclamado presidente del Congreso el rector de la Universidad, Antonio Tovar; vicepresidentes, el poeta italiano G. Ungaretti, el portugués Campos de Figueiredo, el historiador guatemalteco Adrián Recinos y el crítico y ensayista ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide. El poeta español Leopoldo Panero y el catedrático de Salamanca Alonso Zamora Vicente fueron nombrados secretarios generales del Congreso. Sobre ellos descansó el trabajo de organización de las Jornadas, y gracias al entusiasmo y generosidad con que lo hicieron, las Jornadas se desarrollaron en un ambiente de cordialidad, trabajo y sobriedad ejemplares. Las ponencias se distribuyeron en las siguientes Comisiones: Primera Comisión: Letras coloniales. Romanticismo. Letras de la Independencia. Segunda Comisión: Lo gauchesco. Poesía actual. Tercera Comisión: Novela indigenista. Novela moderna. Modernismo. Cuarta Comisión: Estudios hispánicos. Quinta Comisión: Trabajos varios. Fueron nombrados presidentes, vicepresidentes y relatores de las respectivas Comisiones. Entre éstos recordamos a Benjamín Carrión, presidente de la tercera Comisión; a Javier Arango Ferrer, vicepresidente de esta misma; a Manuel García Blanco, su relator; a Enrique Peña Barrenechea, del Perú, presidente de la primera; a Jorge Puccinelli, del Perú, relator de la cuarta; a Alfonso Rubio Rubio, de Méjico, relator de la tercera; al profesor de Colonia Fritz Schalk, vicepresidente de la segunda; al señor García Mellid, presidente de la segunda; al nicaragüense José Coronel Urtecho, relator de la quinta; al profesor chileno Ricardo Latchan y al cubano F. Ychazu, presidentes de las Comisiones cuarta y quinta.

De los asistentes, mencionemos, entre los españoles, a José María Valverde, a Luis Rosales, a Federico Muelas, a Juan Ramón Masoliver, a Fernando Gutiérrez, a José M.ª Alonso Gamo, a Ildefonso Manuel Gil, a Blas de Otero, a Rafael LáinezAlcalá, a Marcelo Arroita, a Juan Gich, a F. López Estrada, a José M. Blecua, etcétera, etc. Entre los alemanes, al profesor Wilhelm Kellermann, de Gotinga, devotísimo hispanista; al ya citado profesor Shalk. Entre los ingleses, al profesor de la Universidad de Leeds Reginald F. Brown. Entre los italianos, al poeta Ungaretti; a Orestes Macrí, autor de una *Antología de la poesía española desde el novecientos;* a la profesora F. Rosa Rossini. De Holanda, al profesor Terlingen. De Portugal, a Campos de Figueredo. De Hispanoamérica, a Carranza, a Cote Lamus, Valencia Goelkel, colombianos; a Ernesto Mejía Sánchez, de Nicaragua; a los profesores Estuardo Núñez, Peña Barrenechea, Puccinelli y Chariarse, del Perú; al dominica-

no Fernández Spencer, relator de una de las Comisiones; a los ecuatorianos Benjamín Carrión, Vazcones, Humberto Toscano, Gonzalo Zaldumbide; a los argentinos García Mellid, Ahumada, Daniel Devoto; a los mejicanos Rubio y Edmundo Meouchi; al profesor uruguayo Alberto del Campo; a los chilenos Oroz y Latchan; a los brasileños Celso da Cunha, Eduardo Matos Portela y Aníbal Goçalves; al cubano Ychazu, apasionado orador. De Norteamérica y Canadá, a la señorita Antonia Guerrero, del Brooklyn College, y al profesor Jack Parker, de Toronto.

La primera Comisión afirmó la unidad de las letras hispánicas, y, de nuevo, la tesis del mejicano José Gaos y de Federico de Onís, que propugna el estudio de las literaturas hispánicas sin tener en cuenta el criterio geográfico. Recomienda que esta unidad sea tenida en cuenta por las Universidades y profesores de Hispanoamérica, España y aquellos países en los que tiene cabida la enseñanza de la lengua y la literatura españolas. La tercera Comisión recomendó la necesidad de que los autores de novelas y obras indigenistas incluyan vocabularios en sus obras, y que se tenga en cuenta que, más que para desunir y provocar la lucha del hombre contra el hombre y de la clase contra la clase, la literatura debe tener una función pacificadora, cristiana y puesta al servicio de los fines espirituales y culturales de la Humanidad. El rector y presidente del Congreso, don Antonio Tovar, propuso, dentro de esta Comisión, la recolección sistemática mediante medios mecánicos seguros, y la subsiguiente edición y estudio de las manifestaciones habladas de todas las lenguas aborígenes de América. Las ponencias presentadas a esta Comisión fueron recomendadas por la Mesa directiva al pleno de las Jornadas, encareciendo su publicación. La cuarta Comisión recomendó como necesaria la investigación y clasificación de la labor de los traductores al castellano; propugna la creación de cátedras y seminarios de literatura comparada y, a ser posible, la fundación de un Centro hispanoamericano de literatura comparada, que tenga una revista dedicada al estudio de tales cuestiones y que se edite rotativamente en los países hispánicos. También pide que el Pleno se sume a su deseo de que el Premio Nóbel de Literatura atienda la importancia actual de las literaturas de la comunidad hispánica. El último artículo de las recomendaciones presentadas al Pleno por esta Comisión se refiere a la necesidad de que la Academia de la Lengua y el Instituto de Cultura Hispánica se fijen en la posibilidad de auspiciar un diccionario de americanismos y de expresiones usuales americanas. De especial importancia es la recomendación que dice que en los países en que

se haya abolido o no haya existido el estudio de la lengua latina, se imponga en la enseñanza media y superior. En lo apuntado acerca del estudio e investigación sistemática de los traductores hispánicos se recomienda también encarecer a la U. N. E. S. C. O. que intensifique su programa de traducciones de índole literaria, en especial de los clásicos hispánicos. En la cuarta Comisión se pide que los Centros de investigación de las literaturas hispánicas lleven a cabo estudios monográficos de aplicación del método histórico de las generaciones en el campo de las letras hispánicas. Se aplaude la obra del Instituto de Cultura Hispánica por la edición de sus Antologías hispánicas en la colección "La Encina y el Mar", y tanto de éste como de otros Centros editoriales se encarece la elaboración de Antologías, considerando, además de la poesía, la novela, el ensayo y la filosofía. Se solicita que, en lo concerniente a España, y estando en proceso de redacción los programas de lengua y literatura en la enseñanza secundaria, se proponga la inclusión de un plan que estudie sincrónicamente las literaturas de España y de los pueblos hispánicos. Se recomienda la creación del Día del Idioma, la repatriación de los restos de César Vallejo al Perú y la edición de sus obras completas, así como también la repatriación de los restos del inca Garcilaso al Perú. La quinta Comisión recomienda la edición de una biblioteca de estudios griegos y latinos, la creación en España de grandes bibliotecas de literatura hispanoamericana, la creación de cátedras como la Ramiro de Maeztu, y la supresión, en lo posible, de las barreras aduaneras, que hacen que los libros producidos en los países hispánicos sean casi inaccesibles para los lectores de nuestra comunidad. Afirma la unidad de las letras hispánicas y recomienda que la literatura sea enseñada con este criterio en colegios y Universidades.

Aparte del provecho que ha podido sacarse de estas Jornadas (el más inmediato son las conexiones y conocimiento recíproco de los delegados), dos fundamentales pueden mencionarse: el de una prueba más de la unidad hispánica y el que, en verdad, España es un puente por el que pasa a Europa la literatura hispanoamericana. La lección de estas Jornadas ha sido el absoluto convencimiento y el más arraigado sentimiento de que hoy los países hispánicos tienen una misión que cumplir, para la cual ya están maduros; pero que tal misión sólo puede llevarse a efecto bajo la sombra de la cultura española y de su más pura tradición espiritual. En estas Jornadas se ha visto cómo la conciencia de unidad

de los pueblos hispánicos puede ser poderosa y fecunda. Pues sólo así podrán nuestros pueblos tomar parte directiva en la Historia Universal.

R. G. G.

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN:

CARLOS D. HAMILTON
JOSE R. BOADELLA
RAMON CRESPO PEREIRA
FELIX ALVAREZ MARTINEZ
CARLOS JOSE COSTAS
RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT

BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

EL TEMA DE OCCIDENTE

"El intento de tratar la historia de la Humanidad en la perspectiva histórica de la Redención, pasa, desde hace casi dos siglos, como sencillamente de mal gusto." Con parecidas palabras—me atengo más al pensamiento del autor que a una traducción literal de la bella frase alemana—comienza Werner Henneke su gran obra en cuatro volúmenes *Transformación y problemas de Occidente—Formwandel und Probleme des Abendlandes*—, de los cuales, hasta ahora, sólo el primero—que tengo ante mí—ha visto la luz. El segundo, según mis noticias, está en prensa. Del tercero, aún inédito, se ha adelantado un capítulo, "La edad de las ilusiones", en el número 42 de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS. El cuarto tratará del Sacro Imperio, como tarea escatológica de todos los tiempos.

Werner Henneke, sin embargo, acomete derechamente la tarea de dar una nueva—y vieja—versión de la Historia. Utilizando su propia expresión en el título de un artículo—traducido, por cierto, al castellano—, con que en el pasado septiembre contestaba en *Stimmen der Zeit* a algunas cuestiones propuestas por Zemb, una "visión cristiana de la Historia".

A ello encamina su obra, de la que, con la garantía del primer volumen —*Del Estado-ciudad al Sacro Imperio,* tras cerca de un centenar de páginas previas de "Introducción General"—, puede afirmarse que, en lo sucesivo, será tenida muy en cuenta cada vez que se trate de hacer consideraciones panorámicas sobre el rumbo, valor y sentido de la trayectoria históricocultural de Occidente.

* * *

De un tiempo a esta parte, la hondura de la crisis que padecemos ha venido reclamando sobre este tema la atención de diversos pensadores: Spengler, Toynbee, Huizinga, Dawson, Guardini, Ortega... A ello se debe una no escasa literatura que, de una u otra manera, ha contribuído a prestar conciencia al hombre de nuestros días de la situación peculiar en que le toca desarrollar su existencia. Que, de un modo u otro, todas ellas son páginas de valor, históricamente esclarecedoras del momento actual de la cultura occidental, es, fuera de toda duda, innegable.

Pero también lo es que algunas—y la obra de Spengler es típica para el caso—, no obstante haber alcanzado suficiente altura para volverse sobre el pasado, no han conseguido desprenderse más que muy parcialmente de sus supuestos doctrinales, sin alcanzar, por consiguiente, a superar una posición que tiene tanto, por lo menos, de epigonal como de crítica.

Cuando Spengler, concretamente, habla de "predecir la Historia", o afirma que ninguna verdad alcanza vigencia fuera de su círculo correspondiente, en realidad está mostrando una escandalosa dependencia de situaciones doctrinales pasadas y todavía no lejanas, en vez de acusar una exención que hubiera dado solidez a su obra y objetividad a sus juicios.

Algo de lo mismo, *mutatis mutandis,* podría proporcionalmente decirse de los intentos de Toynbee y Ortega por comprender la Historia y dar razón de ella. En realidad, vienen a hacer rigurosamente contemporánea la página maravillosa en que Husserl, con matemática pulcritud, denuncia el contrasentido de todo tipo de relativismo, ya sea individual, específico o incluso histórico.

* * *

El interés por un determinado tema aumenta, si no nace, en la medida en que deviene problema: así, en el caso de la salud, en el de la educación y, por supuesto, en el de la Historia. Pero, justamente, este tipo de interés azorado y urgido que corresponde al problematismo, transido de sabor, en que el hombre y su futuro aparecen comprometidos, solicita una disciplina especial, por la serie de elementos heterogéneos que concita y la variedad de intereses que se interfieren en su seno. Con otras palabras: la consideración de aquellas cuestiones, entre cuya amplitud y complejidad queda aventurado el hombre, exigen un puesto de observación excepcionalmente sólido y elevado si no quiere arriesgarse la mirada por el asendereado camino del *parvus error in principio,* en el que, sin embargo, no deja de ofrecerse abundante pasto a la posibilidad de sugestivas perspectivas y aciertos siempre parciales, por más que, en definitiva, se torne inaccesible una panorámica de valor incondicional y un juicio, por consiguiente, de mínima solidez aceptable.

Por lo que respecta a la cuestión que nos traemos entre manos, el estudio y valoración de la historia y la cultura occidentales, a partir de la crisis que hoy atraviesan, puede afirmarse con toda seguridad que estará condenada al fracaso en una u otra medida, en tanto en cuanto no se acometa desde un puesto de observación enteramente ajeno a los postulados doctrinales del proceso, hoy en irremediable declive, que se trata de estudiar. Mientras el espectador, sea cual fuere su jerarquía, sea un miembro más de la dinastía que ha venido rigiendo en el trayecto históricocultural, cuya actual crisis precisamente presta carácter problemático al estudio, su perspectiva estará siempre condicionada y constreñida por unos límites no por sutiles menos rígidos y eficaces, como acontece en el caso de los distintos tipos de historicismo ya aludidos.

Porque, sin duda, uno de los trazos más espectaculares del pensamiento y la cultura modernos ha sido el racionalismo, aunque en nuestros días esté definitivamente descartada la intención spinoziana de estructurar la ciencia moral, *more geometrico.* Pero si ésta y otras optimistas exageraciones han perdido su poder de sugestión, permanece todavía evidente otro trazo más profundo y más esencial que las animó desde que el espíritu naturalista del Renacimiento se impuso a la primitiva intención religiosa luterana, y, con él, la inflexible obstinación en enfrentarse con todo género de realidad y cuestión de manera unívoca, sin rebasar jamás el plano de las categorías meramente intrahumanas.

Aparte de su endeblez doctrinal, pues, lo que descalifica hoy al historicismo es su condición de parásito de un árbol cuyas raíces están secas y al

aire, esto es, de la magna, bien que extemporánea, moderna interpretación de la vieja divisa de Protágoras.

* * *

Es evidente que toda contemplación es relativa a la calidad y situación del sujeto que contempla. La relativización de la perspectiva se hace tanto más digna de atención ante el objeto histórico, por la peculiar implicación que éste hace del propio hombre espectador. Por eso, sin duda, está Ortega muy en lo cierto al subrayar la dificultad que la elaboración histórica entraña; pero ello es también un argumento más para exigir una desconexión, hasta donde sea posible, del trayecto histórico estudiado.

Por eso, en un sentido muy determinado, el de simple intención de *sapientia*, la filosofía, en último término, queda siempre incompleta en cuanto no rebase los límites del conocimiento natural para integrar armónicamente las noticias de la fe con las recibidas o por recibir de los sentidos o intelecto, bien que en otra acepción, en cuanto *sapientia mere humana*, no deje de tener fisonomía y sustancialidad propias y acabadas, tanto más interesantes de respetar cuanto que cumple un papel fundamental en la arquitectónica total del posible saber humano.

En el fondo, cierta superación del objeto es condición de todo tipo de saber, aunque probablemente en ninguno se manifieste de modo tan imperioso, bien que tan presto a pasar inadvertido, como en el dominio de la Historia.

* * *

Decía que en Historia el problema se reviste de una excepcional dificultad por la peculiar hondura con que el sujeto aparece inmerso en el objeto. La dificultad es importante, porque en ningún caso queda superada por una más o menos consciente mera falta de atención a ella. Y resulta entonces que la única posibilidad de enfrentarse a la Historia con intención de profundidad y con alguna perspectiva de éxito consiste en considerarla desde arriba, mediante la superación del plano categorial puramente humano, que la Edad Moderna ha venido empeñándose obstinadamente en circunscribir como único posible campo de juego.

Una rigurosa *sapientia* histórica probablemente no es posible sino como rigurosa Teología de la Historia. Con mayor seguridad puede afirmarse que un estudio profundo y una exacta valoración de un proceso histórico sólo es asequible a partir de una auténtica superación de los supuestos sobre que se ha tendido. Pero, justamente, la actitud más prodigada en nuestros días, la historicista, no es más que la forma crepuscular en que viene a declinar el espíritu moderno cuando ha perdido la gran energía vital que le hizo antes manifestarse dogmáticamente en Spinoza, Hegel o incluso el positivismo. Que tales manifestaciones concretas se vean hoy como agua pasada e insalobre no es poco, pero sí seguramente insuficiente. Una consideración rigurosa y profunda de la cuestión exige llegar hasta los fundamentos que las sustentan, superando decididamente la estrecha perspectiva exclusivista humana, demasiado humana, del humanismo moderno.

* * *

El primer acierto esencial, pues, y decisivo de Werner Henneke en su consideración de la Historia está en la agilidad con que desde el principio se instala en un punto de vista sistemáticamente rechazado en los últimos tramos de historia moderna, superando, por consiguiente, sus doctrinalmente gratuitos supuestos.

"Los fundamentos intelectuales de nuestra civilización no son ya sostenibles." La perspectiva progresista ha perdido su credibilidad; "la subversión en la situación sociológica justifica, evidentemente, una subversión en la perspectiva históricofilosófica". En definitiva, "el Occidente ha entrado en la Historia como un Estado de Dios, y sólo podrá mantenerse como organismo vivo en ella en cuento regrese a los supuestos intelectuales de los que ha salido". "Naturalmente—añade inmediatamente—, esta frase no quiere decir que debamos o podamos restablecer una situación cualquiera del pretérito, sino simplemente poner de relieve que los problemas del pasado en modo alguno están muertos para nosotros, sino que reclaman también una solución de la ilustrada generación actual, y que esa solución sólo puede hallarse en que incluyamos otra vez el desesperado presente en la perspectiva históricorredentora de la Revelación."

Y de ahí procede la consideración de la Historia bajo razón de unidad, "porque yo—según declara en el artículo antes citado: "Visión cristiana de la Historia"—, en contradicción con Spengler y Toynbee, no trato de escribir una historia de los ciclos, sino una historia del excepcional proceso que el profundo Hugo de San Víctor ha señalado como *opus restaurationis,* y apunta al renacimiento del hombre asemejado a Dios". Y señala el origen volteriano de la parcelación del proceso histórico en diferentes círculos culturales, entre los que, dando de lado toda interpretación cristocéntrica de la Historia, el cristiano-occidental viene a contarse como *quiddam inter pares.*

Podría la actitud de Henneke parecer extraña al hombre actual, incluso poco filosófica—por serlo también teológica—, y así acontecerá sin duda a cuantos no recuerden que justamente ésa fué la posición de Agustín de Hipona, precisamente en el mismo tema y en horas también crepusculares, así como la que mantuvo el pensador creyente de los siglos posteriores, hasta que una serie de motivos, quizá ni siquiera razones, vino a imponer al pensamiento el nuevo rumbo de una trayectoria cuyo resultado nos es hoy trágicamente patente.

* * *

"Lo que el hombre sea no lo aprende, ciertamente, en cavilaciones sobre sí mismo, ni tampoco por experimentos psicológicos, sino mediante la Historia." Bajo esta frase de Dilthey se extiende la Introducción General, que divide en cinco apartados de diferente extensión.

En el primero establece la distinción entre perspectiva profética y perspectiva humanística de la Historia. Para aquélla, "la más alta *causa finalis* de la Historia está en las intenciones de Dios; para la humanística, en las intenciones del hombre soberano". Esta, en el desarrollo humano, atiende simplemente a la trayectoria que une al habitante de las cavernas con el moderno dominador de la creación; aquélla, al peregrinaje del hombre desde su estado de naturaleza hasta su elevación al orden sobrenatural: "Ambas consideran como objetivo de la evolución la imagen de un superhombre." La perversión

del pensamiento moderno en este sentido, con especial claridad expreso en Voltaire, consiste en la primacía absoluta que a la perspectiva del progreso concede, prescindiendo totalmente de la de redención.

* * *

En el segundo apartado se expone la conexión entre la perspectiva humanística y la versión del mundo de la ciencia moderna. En él se advierte la relativa semejanza que nuestra situación espiritual guarda con la edad de los Padres de la Iglesia. "También nosotros estamos ante el hecho de que el día del hombre soberano que los historiadores del XVIII y XIX se cuidaron de pintarnos se ha hundido en la oscuridad de la noche." Parece que la breve historia en que Diderot resumía la miseria humana—el hombre artificial, artificiosamente injerto en el natural—, no tiene demasiado que ver con la exactitud. Y el "hombre artificial", el hombre sobrenatural, las más de las veces incluso hoy todavía muy borrosamente aludido en vagas apelaciones a la trascendencia, empieza a ganar un interés que no había conocido desde la Edad Media.

* * *

Seguidamente se estudia la ruptura de la versión del mundo de la ciencia moderna. El mecanicismo no ha conseguido dar razón de la vida: "El problema de la aparición de la vida en lo inerte es hoy tan inexplicable como en tiempos de Aristóteles." Todavía más incompetente se muestra ante los fenómenos espirituales de la historia de la cultura.

* * *

Con ella falla también—cuarto apartado—la perspectiva humanística de la Historia. Ya no se puede preguntar por las "intenciones de la Naturaleza" del modo con que, *de facto,* Kant y Herder se han hecho una y otra vez cuestión. "La Historia revela una trascendente intención redentora de Dios y no simplemente una intención inmanente de la Naturaleza", aunque en la primera apenas se haya reparado desde los tiempos de Spinoza, que ya no reconocía el Dios trascendente de la Escritura, sino al *Deus sive substantia sive natura* de su sistema panteístico. Con ello, la Historia, para la moderna filosofía, vino a convertirse en un capítulo de la Historia Natural, mientras que el pensamiento medieval descubría el momento decisivo en la oposición entre el *opus creationis* de los seis días bíblicos y el *opus restaurationis* explícito en el proceso de la Historia.

Se muestra, pues, cómo la perspectiva humanística, mediante su caprichosa selección de épocas, ha dado no sólo una versión completamente unilateral de la Historia, sino que ha visto también de modo fundamentalmente erróneo el proceso del desarrollo de la Humanidad al tomar como motivo rector de la Historia la dilatación de la soberanía humana sobre las fuerzas de la Naturaleza. En realidad, entre el poder físico y el moral, entre el dominio de las leyes naturales y la subordinación a las leyes divinas, existe una relación de proporcionalidad que no puede ser modificada por el hombre en favor de un

señorío humano sobre la Naturaleza. El *thema* de la Historia, viene a concluir, no es la intención civilizadora del hombre, sino la de Redención de Dios.

* * *

En el apartado quinto—"El regreso a una perspectiva profética de la Historia como supuesto de una nueva versión del mundo y del hombre"—, como el anterior, notablemente más extenso que los tres primeros, se contienen las afirmaciones definitivas de esta teoría de la Historia: "El principio de inmanencia del método científiconatural, que dió a la vida espiritual de los tres últimos siglos su dirección de apartamiento de la versión del mundo de la Revelación, ha probado su esterilidad tanto en el ámbito de la Historia Natural como en el de la Historia."

Sería aventurado el intento de resumir lo esencial siquiera. Baste citar el comienzo del último párrafo: "La versión de la Historia occidental que sigue trata de aplicar simultáneamente el tipo de consideración profético y el científico, y trato de explicar el material empíricohistórico desde su causalidad inmanente como de interpretarlo en su relación a la realidad ideal y trascendente."

El empeño, pues, es de extremada ambición, y las bases, sólidas, porque sólo a una contemplación cristiana es asequible la compleja verdad de la Historia. Seguramente no se ha equivocado la autoridad del magno historiador alemán Franz Schnabel al escribir: "Tal vez, cuando dispongamos de los cuatro volúmenes, estemos ante la réplica cristiana a Spengler y Toynbee."

Razones de espacio y método me han aconsejado limitar la noticia a la Introducción General. Un juicio, empero, sobre las 400 páginas de maravillosa literatura que componen el primer volumen va incluído en la opinión de que estamos ante un libro cuya inmediata traducción al castellano es de extraordinario interés.

J. A.

POESIA ESPAÑOLA. ENSAYOS DE METODOS Y LIMITES ESTILISTICOS, por Dámaso Alonso.—Editorial Gredos, 1952.—Segunda edición.

En este libro de Dámaso Alonso hay que separar sus ensayos sobre Garcilaso, fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Góngora, Lope y Quevedo, de los capítulos dedicados a perfilar su concepto de la Estilística, que forman un tratado sobre el contenido, límites y método de esta disciplina, tal como él la entiende y cultiva. El que en los primeros se pongan en práctica las teorías expuestas en los segundos, le da a este libro mucha unidad y aumenta el interés con que se leen los unos y los otros. Hechos como estamos a investigadores que nunca se han preocupado por la base teórica de su trabajo, los esfuerzos de Dámaso por ciméntar doctrinalmente sus investigaciones sobre poesía no sólo son brillante excepción en el campo de nuestras letras, sino que llenan una necesidad hondamente sentida por cuantos creemos en la unidad del espíritu humano y, por tanto, en la de la cultura.

Sin pretender resumir toda la doctrina de Dámaso Alonso, diremos que su punto de partida es una corrección a la teoría saussuriana del significante y el significado. Para él, éste no es un concepto, sino un complejo en el que puede haber uno o varios conceptos, descargas afectivas y sinestesias que constituyen nuestra reacción ante el significante, el cual, a su vez, también es un complejo, ya que se unen a la imagen acústica otros elementos de extraordinario valor expresivo, como la cantidad, la tensión o el tono. El análisis del significado y del significante nos permite descubrir los significados y los significantes parciales, que de ningún modo se corresponden. Lejos de identificarse con las palabras, más bien se identifican los significantes con las frases que tienen significado cabal y completo. Pero también pueden desempeñar función de significante un poema, una estrofa, un verso, o, en el otro extremo, un acento, una sílaba, una aliteración, una curva melódica. También se opone a Saussure al negar lo arbitrario de la vinculación entre significante y significado; su teoría de la motivación de este vínculo es precisamente el fundamento de su Estilística.

No menos luminoso es lo que nos dice sobre los tres grados por que se pasa en el conocimiento de la obra poética. El primero es el del lector, cuya intuición se distingue de la científica en que no es sólo conceptual, sino que afecta a toda el alma, en la que produce delectación. El segundo es el del crítico, que plasma en imágenes y valora sus intuiciones, sin preguntarse por qué la obra las provoca, ya que tiende más a la síntesis que al análisis. Su misión es también explicar lo que no se comprenda en las obras antiguas. El tercer grado es el del investigador del estilo, que aspira al conocimiento científico de la obra de arte, que sólo obedece, por su unicidad, a la ley interna de su desarrollo, y que, por tanto, sólo es cognoscible intuitivamente. Esto no significa que sea imposible estudiar y catalogar lo que haya en un poema de coincidente o de semejante con otros poemas, sino que lo esencial de cada uno de ellos escapará a las mallas más finas. La Estilística, que tiene hoy más de aspiración que de realidad, no es, por tanto, una ciencia, sino un conjunto de métodos y técnicas investigadoras, que al desarrollarse y ser aplicadas harán que vaya disminuyendo lo sólo cognoscible intuitivamente. Hay una Estilística que procede del significante al significado y otra que sigue dirección opuesta. Según Dámaso, la Estilística es el único camino para llegar a esa Ciencia de la Literatura de que tanto se habla, pero que aun no existe.

También se revuelve contra el intento de limitar la Estilística al estudio de lo afectivo en la lengua artística por confundir con ello las imágenes y por creer que lo lógico o conceptual sólo interesa desde el punto de vista de la Gramática, como si la manera de desarrollar su pensamiento no fuera un rasgo del estilo de cada escritor. Esto significa que el estilo puede estudiarse lo mismo partiendo de lo conceptual que de lo imaginativo o de lo afectivo. Sólo la intuición nos revelará qué es, en cada caso, lo más indicado. Muy interesante es lo que nos dice de las relaciones entre la Estilística y la Gramática en el capítulo en que rebate el estrecho concepto que Bally tiene de la primera.

Si ahora pasamos a los estudios sobre poesía, nos encontramos, por una parte, con los consagrados a Garcilaso y a Góngora, o, mejor dicho, a sendos fragmentos de la *Egloga III* y del *Polifemo;* en segundo lugar, con el grupo formado por los estudios sobre ciertos aspectos de fray Luis y San Juan de la Cruz, y, en tercer lugar, con los que dedica a Lope y Quevedo. Tres grupos

claramente diferenciados por el uso de distinta técnica. Estilística del significante en el análisis de las octavas de Garcilaso y Góngora, que estudia verso por verso, señalando el valor expresivo de cada uno de los significantes que se superponen para producir el dulce halago de los sentidos que caracteriza a estos dos poetas. Si a ello se añade que rápidamente se plantean y resuelven muchos problemas de la estética del Renacimiento en el primer caso, y de la del Barroco en el segundo, se tendrá una idea de la densidad de pensamiento de estos dos trabajos.

Lo mejor que hay en el dedicado a fray Luis es el estudio de la estructura de sus odas, que, como las de Horacio, tienen una parte ascendente, hasta llegar al clímax, y otra descendente, que es el anticlímax, y cuyas estrofas son independientes unas de las otras, lo que favorece los contrastes y las transiciones. Si parte de lo que nos dice Dámaso Alonso de San Juan de la Cruz resulta conocido para los lectores de su libro sobre este poeta, en el capítulo sobre el influjo de la poesía tradicional y cortesana en la de nuestro santo se encuentran muchos datos nuevos. También es nueva la relación que aquí se establece entre este aspecto de su obra y aquellas poesías que conservamos de Santa Teresa.

Los trabajos sobre Lope y Quevedo están hechos con un criterio muy distinto. En la imposibilidad de estudiar toda la lírica de estos poetas, y en la no menor de encontrar un poema que compendiara su extraordinaria variedad de aspectos, va señalando los que considera más interesantes estilísticamente. La humanidad de Lope, reflejada en sus versos; su petrarquismo y su gongorismo; sus intentos de poesía cerradamente filosófica en el mismo momento de la aparición y del éxito del *Polifemo,* y con la que ingenuamente esperaba hacerse admirar por los cultos; su gusto por los *bodegones:* tales son las facetas de la lírica de Lope que estudia Dámaso. En el trabajo sobre Quevedo se nos revela a un Quevedo apasionado, que rompe los moldes clásicos para expresar sentimientos y sensaciones de una asombrosa modernidad. El estudio del problema que nos plantean los sonetos estoicos; el del estilo de los versos burlescos; el de las transvasaciones idiomáticas entre las dos mitades de su mundo poético; el de la pesadumbre, el de la desmesura y el de la angustia, son otras tantas felicísimas calas en el estilo de este poeta.

Doctrina sólida y profunda. Análisis que nos revelan aspectos nuevos de los grandes líricos del Siglo de Oro. Teoría y práctica de la Estilística. Todo ello expuesto en un estilo que, sin rehuir los esquemas y las abstracciones, está muy cerca de la lengua hablada. Estilo de hombre que reacciona al contacto con el hombre que estudia y que trata de hacerse perdonar lo mucho que sabe a fuerza de gracia, de sencillez y de levedad.

E. M. B.

LA NOVELA MEJICANA DE AGUSTIN YAÑEZ

En la literatura mejicana actual destaca, sin duda, sobre los demás, el género novelístico, dentro del cual se ha logrado ya alcanzar algunas cimas, como la que supone, por ejemplo, el nombre de Mariano Azuela. La obra azuelista

marca, en efecto, a la novela de Méjico nuevos caminos y representa, para el siglo XX, en este sentido, un papel semejante al que significa la producción literaria de Fernández Lizardi en la literatura decimonónica de aquel país. Es Azuela, en definitiva, la base o el punto de partida de los novelistas mejicanos de nuestro tiempo.

Pero, dentro de esa mayor perfección, el género narrativo contemporáneo presenta en Méjico ciertos caracteres de superficialidad, de dibujo lineal y episódico—como ha dicho José Luis Martínez—, que denuncian un abandono, en muchos aspectos, de la intimidad humana, de la auténtica entraña nacional, como materia novelable. A esto se debe, quizá, la casi absoluta falta de exploración novelesca que el ambiente provinciano de Méjico presenta; falta que ha venido a reparar, en buena parte, la obra de un escritor que es, seguramente, el más destacado prosista de esa tendencia literaria de inspiración provinciana. Me refiero a Agustín Yáñez.

Joven todavía—alrededor de los cuarenta y cinco años—, Agustín Yáñez cuenta ya en su haber con una obra abundante y polifacética. Nacido en el Estado de Jalisco, en 1929 figuraba entre los más conspicuos colaboradores de *Bandera de Provincias*, la revista de Guadalajara que agrupó en sus páginas a varios hombres representativos del Méjico actual—González Luna, Gómez Robledo, Gutiérrez Hermosillo y Cueva Brambilla, entre otros—y en la que quizá Yáñez empezase a darse a conocer como narrador, iniciando así una carrera que ha sido abundante en frutos literarios: *Espejismo de Juchitán*, *Flor de juegos antiguos*, *Pasión y convalecencia*, *Archipiélago de mujeres* y *Al filo del agua*. Paralelamente, su labor como historiador y crítico es también estimable, y así lo demuestra su biografía del padre Las Casas, su edición de las obras de don Justo Sierra y el estudio dedicado a este famoso historiador y político, sus ensayos sobre las aptitudes del alma indígena, sus trabajos sobre *Genio y figura de Guadalajara*, *El contenido social de la literatura iberoamericana*, *Fichas mexicanas* y los dedicados a la personalidad de Fernández de Lizardi y de Santa Anna.

No se trata, sin embargo, de hacer aquí un estudio completo acerca de la personalidad literaria y científica de Agustín Yáñez. Con lo apuntado queda, por otra parte, clara la silueta cultural de este escritor, cuyo retrato habría de terminarse con una alusión fugaz a las actividades políticas, que ha iniciado Yáñez hace unos meses, con el cargo de gobernador de Jalisco.

Tan sólo, pues, ha de analizar este ensayo la obra novelística de Yáñez, contenida en cinco libros de desigual valor literario, pero representativos todos de la técnica y el estilo del escritor. Y entrando ya en el examen crítico de esta obra, parece oportuno señalar desde ahora, como una de sus características esenciales, el profundo mejicanismo de que toda ella está empapada. Agustín Yáñez es, como se ha dicho más arriba, el novelista más representativo e importante de la tendencia literaria de inspiración provinciana. Los pueblos de Méjico, "los pueblos rabones, olvidados y melancólicos, con una vida que se detuvo en los años de Juárez o de don Porfirio, invadidos lentamente, con escándalo de sus más conspicuos vecinos, por despojos de la civilización: la corriente eléctrica y sus derivados, las ideas y las costumbres modernas, los nuevos vehículos" (1); esos pueblos constituyen el escenario de

---

(1) José Luis Martínez: *Literatura mexicana siglo XX. 1910-1949*. Primera parte. Méjico, Antigua Librería Robredo, 1949, págs. 206-207.

estas novelas, donde el ambiente y la vida locales adquieren el rango de tema y argumento central. Serán, a veces, unas páginas—las de *Flor de juegos antiguos*—"transidas por el recuerdo de Guadalajara y maceradas en los perfumes, colores, ruidos y decires de la clara ciudad", en las que el novelista logra extraer del pasado el sabor infantil y grabar el misterioso hallazgo del niño que descubre un mundo. "Las dulces empresas de la niñez—ha escrito José Luis Martínez—, su fantasmagoría, el escenario de la ciudad con el misterio de sus barrios, calles, escuelas e iglesias, los juegos y los sueños de la infancia, reviven en estas páginas conducidos por el tema de las canciones infantiles" (2). Será, en otras ocasiones—en *Archipiélago de mujeres*—, la incorporación de tipos, figuras y obras universales—*Rolando, La Celestina, El libro de buen amor, Otelo, Amadís, Tristán e Isolda, Don Juan*—, el ambiente mejicano de Yucatán o de otros pueblos o ciudades. Será, en fin, la vida toda de los pueblos mejicanos—los pueblos morados, que ha dicho José Luis Martínez—la que quede apresada en las cuartillas—así en *Al filo del agua*—como muestra del poder analítico del escritor para ahondar en la intimidad dramática de los medios provincianos. Pero, en todo caso, Méjico y sus gentes, con su alma y su corazón auténticos, estarán presentes con su riqueza humana, de la que Yáñez sabe extraer riqueza novelística.

Y no es que Yáñez haya sido el primero en cobrar para la novela este ambiente y sus tipos. Ya Rubén Romero, por ejemplo, en *El pueblo inocente*, con más carga hacia lo humorístico, y en *Rosenda*, con mayor penetración en lo grave y conmovedor de la provincia mejicana, había hecho algo en este sentido. Mas, evidentemente, sólo el escritor jalisciense ha logrado una estampa tan fina, emocionante y rica de ese ambiente, como la desarrollada en *Al filo del agua*. Porque esta novela es, sin duda, "uno de los pocos textos mejicanos contemporáneos que merecen, sin reserva, el nombre de novela, con todas las implicaciones de plenitud y profundidad que distinguen al género en sus más destacados ejemplos". Y es que esta obra carece de ese dibujo lineal tan común a casi todas las novelas mejicanas, ya que "su estructura, por el contrario, tiene una complejidad orgánica; sus caracteres son ricos y matizados; sus recursos estilísticos no omiten ninguna de las conquistas importantes de la novela contemporánea; todo el libro, en fin, nos entrega un mundo viviente, en lugar de los esquemas fragmentarios que abundan en nuestra novelística" (3).

Al filo del agua es, en efecto, la obra narrativa más importante de las publicadas hasta ahora por Agustín Yáñez (4) y, sin duda, la más representativa y valiosa de la tendencia provincianista. En ella, el tema central es el ambiente provinciano, pueblerino, con su pobreza y su religiosidad un tanto negativa por carecer de la idea de una consoladora esperanza. Novela, por otra parte, de intención fundamentalmente estética, su mismo tema, su técnica y el criterio que presidió su elaboración han hecho que algún crítico la clasifique como obra para minorías, "inusitada y excepcional" (5). Quiere decir esto que sobre el tema, sobre la acción, el argumento y los personajes

---

(2) Ibídem, pág. 133.

(3) José Luis Martínez, obra citada, pág. 209.

(4) Tengo noticias de que proximamente aparecerá otra novela importante de Yáñez, con el título de *La última morada*.

(5) Manuel Pedro González: *Trayectoria de la novela en México*. Méjico, Ediciones Botas, 1951, pág. 327.

mismos predomina en la obra el propósito del autor de utilizar estos elementos para realizar obra de arte literario donde todo parece subordinado al estilo.

Pero *Al filo del agua* es algo más que eso. A través de las varias acciones simultáneas o relacionadas que se pueden distinguir en la novela, el escritor logra dar, por encima de su preocupación estilística y de su peculiar técnica —nueva quizá en la novelística mejicana—, una certera y completa visión de la vida de un pueblo mejicano. Esa vida se desarrolla en torno a dos polos fundamentales: la religiosidad y el mundo, con sus múltiples tentaciones, que llegan a turbar el quieto ambiente aldeano, llevadas por una bella extranjera, por los recuerdos ciudadanos de una muchacha o por la presencia de un joven que regresa al pueblo después de haber trabajado como bracero en los Estados Unidos.

En cuanto a la técnica, quizá su principal novedad consista en revelar los estados mentales y de conciencia de los personajes. Estos se mueven en torno a un núcleo fundamental: la iglesia, que centra muchos episodios y acciones, cuyos respectivos relatos vienen a constituir casi otras tantas novelas dentro de la obra, pero que no obligan al lector—contra lo que afirma Manuel Pedro González—a hacer ningún esfuerzo para recobrar el hilo que une a todas ellas. Por otra parte, Yáñez usa, como peculiaridad expresiva, de la repetición machacona de conceptos y palabras, con lo cual consigue, por un lado, definir mejor los caracteres y, por otro, producir en el lector la sensación de monotonía, somnolencia y quietud que caracteriza a la vida campesina. Véase, en prueba de ello, este párrafo de corte azorinesco: "Domingo. Tarde pueblerina. Después del rosario. Recogida la plaza. Idas las gentes de los ranchos. Cerradas las tiendas. Encerradas las familias. Calladas las campanas. Las calles abandonadas. La angustia exasperada. Sin tener adónde ir, hacia dónde salir. Todavía el sol alto. La tarde clara, inútil. Sordos golpes de sangre, que quiere reventar. Tedio de las horas muertas. El más pesado tiempo en este confín, en este confinamiento. Sin poder trabajar, sin poder ir de visitas, ausente cualquier diversión, despachado el ejercicio vespertino, lejanos todavía cena y lecho. Conversaciones aburridas. Dentro de las casas. Bostezos. Lástima de tarde bonita. De vez en vez, pasos de hombre. Dentro de las casas pueden algunos leer, dormir; pero los más, no. Domingo, finado el ejercicio tempranero" (6).

El estilo cortado ayuda aquí también a dar esa impresión de monotonía. Pero también conspira a ello la forma de presentar los hechos, siempre resuelta mediante una narración, es decir, con la presencia del novelista en todos los momentos de la obra. Esta modalidad, señalada como defecto general y que, a veces, puede serlo, hace que los personajes actúen casi siempre a través del autor, con lo cual la impresión de lentitud queda reiterada, y el lector puede vivir al verdadero paso de la experiencia pueblerina. Y este es, en definitiva, el principal propósito del autor: dar a conocer—dice—vidas que "ruedan, que son dejadas rodar en estrecho límite de tiempo y espacio", en un lugar cualquiera del Arzobispado de Guadalajara, cuyo nombre no importa recordar. He aquí el pueblo:

"Pueblo de mujeres enlutadas. Aquí, allá, en la noche, el trajín del ama-

(6) Agustín Yáñez: *Al filo del agua*. Novela. ilustraciones de Julio Prieto. Méjico, Editorial Porrúa, S. A., 1947, pág. 205. Véase José Luis Martínez, obra citada, págs. 210-211, y Manuel Pedro González, obra citada, págs. 331-332.

necer, en todo el santo río de la mañana, bajo la lumbre del sol alto, a las luces de la tarde—fuertes, claras, desvaídas, agónicas—; viejecitas, mujeres maduras, muchachas de lozanía, párvulas; en los atrios de iglesias, en la soledad callejera, en los interiores de tiendas y de algunas casas—cuán pocas—furtivamente abiertas.

"Gentes y calles absortas. Regulares las hiladas de muros, a grandes lienzos vacíos. Puertas y ventanas de austera cantería, cerradas con tablones macizos, de nobles, rancias maderas, desnudas de barnices y vidrios, todas como trabajadas por uno y el mismo artífice rudo y exacto. Pátina del tiempo, del sol, de las lluvias, de las manos consuetudinarias, en los portones, en los dinteles y sobre los umbrales. Casas de las que no escapan rumores, risas, gritos, llantos; pero a lo alto, la fragancia de finos leños consumidos en hornos y cocinas, envuelta para regalo del cielo con telas de humo azul.

"En el corazón y en los aledaños, el igual hermetismo. Casas de las orillas, junto al río, junto al cerro, al salir de los caminos, con la nobleza de su cantería, que sella dignidad a los muros de adobe.

"Y cruces al remate de la fachada más humilde, coronas de las esquinas, en las paredes interminables; cruces de piedra, de cal y canto, de madera, de palma; unas, anchas; otras, altas; y pequeñas, y frágiles, y perfectas, y toscas.

"Pueblo sin fiestas, que no la danza diaria del sol con su ejército de vibraciones. Pueblo sin otras músicas que cuando clamorean las campanas, propicias a doblar por angustia, y cuando en las iglesias la opresión se desata en melodías plañideras, en coros atiplados y roncos. Tertulias, nunca. Horror sagrado al baile: ni por pensamiento: nunca, nunca. Las familias entre sí se visitan sólo en caso de pésame o enfermedad, quizás cuando ha llegado un ausente mucho tiempo esperado.

"Pueblo seco, sin árboles ni huertos. Entrada y cementerio sin árboles. Plaza de matas regadas. El río enjuto por los mayores meses; río de grandes losas brillantes al sol. Aridos lomeríos por paisaje, cuyas líneas escuetas van superponiendo iguales horizontes. Lomeríos. Lomeríos.

"Pueblo sin alameda. Pueblo de sol, reseco, brillante. Pilones de cantera, consumidos, en las plazas, en las esquinas. Pueblo cerrado. Pueblo de mujeres enlutadas. Pueblo solemne" (7).

Pero en este pueblo, en las gentes que lo habitan, hay también deseos; deseos ocultos, que disimulan su respiración, y hay que pararse para oírla tras las puertas cerradas, en el rastro de hombres, mujeres y muchachos y en sus rezos y cantos eclesiásticos. Y algo va a suceder también en el pueblo. *Al filo del agua* es una expresión campesina que significa el momento de iniciarse la lluvia y, en sentido figurado, la inminencia o el principio de un suceso. Así lo explica el autor y así sucede en su obra: la primera lámpara de gasolina, el cometa Halley, el Centenario, la Revolución.

La vida, pues, de un pueblo mejicano *al filo del agua*, cuando va a caer el antiguo régimen, el régimen porfiriano, es el argumento de esta gran novela de Agustín Yáñez. El autor, para describir esa vida, hace gala de una prosa rica y elegante y, quizá, un poco inflexible, que da a la obra cierto tono recargado y conceptista. Por los párrafos transcritos, se habrá podido observar en el estilo un claro recuerdo de *Azorín*, del Valle-Inclán de las

---

(7) Agustín Yáñez, obra citada, págs. 9-10.

Sonatas y de Gabriel Miró; posiblemente también de otros autores. Pero en lo fundamental, Yáñez logra crear un estilo propio y emocionante, como demuestran las páginas de sus novelas. En las cuales, por otra parte, es bueno señalar—con Manuel Pedro González—la importancia estética que tienen las mujeres, las campanas y la noche. El tema nocturno es, sobre todo, digno de ser anotado. Ya en *Pasión y convalecencia,* una de las primeras novelas de Yáñez, la noche desempeña un papel relevante en la psicología del personaje central. Oigamos:

"Pero ninguna felicidad era semejante al escrutinio de los cielos de noche, junto a la madre, en cuyo regazo placía descansar la cabeza, ojos arriba; los dedos venerandos iban y venían entre el pelo, abriendo momentáneas veredas con firme mansedumbre; nuestro observatorio, sin luz terrena alguna, era el borde de mi cama, cerca del balcón, cuando iba a dormirme; o la puerta de la cocina, bajo la parra, cuando el sosiego se había apoderado de la casa; o las gradas del brocal del pozo, envueltas por la bugambilia; o la mitad del patio exterior en la casa del rancho, cuando en tiempo de aguas dejábamos el pueblo para estar cerca de mi madre y de mis hermanos grandes que ya trabajaban...; primero, casi siempre, era la contemplación silenciosa, larga, mientras mi madre, también con los ojos fijos en la celestial, eterna esfera, conducía, con respuesta si acaso maquinal, una plegaria o entonaba, a boca cerrada, una canción de arrullo; a medida que las miradas se abismaban en las profundidades de la altura e iban descubriendo los más pequeños astros, crecía el resplandor de la noche, solemne como nunca lo fuese el día o el de la luna, y bajaba, envolvente, una como armoniosa música sin sonidos, que era el mayor deleite para mi arrobo; me sentía pequeño como cualquiera de las estrellas, pero tan grande y brillante como ellas, y como si entre ellas ocupase un sitio de su jerarquía; nunca me intimidó mi insignificancia; antes me animaba la mística seguridad de mi destino; comprendía entonces la confianza de mi padre al desafiar los peligros de la noche cuando hay estrellas, su gusto por emprender largas jornadas bajo aquella luz, y su temor de aventurarse en la nublada oscuridad; yo heredé el amor a las caminatas en el desamparo nocturno, sin humana compañía, por senderos lejanos, con el solo conocimiento de las estrellas, y el pavor cuando se ensombrecía la noche; el afán heredado se bautizaba y confirmaba en los abismos de aquellas contemplaciones, cabe mi madre, que era la madrina del astronómico sacramento; transfigurada mi conciencia, impulsábame a escudriñar los limbos más densos, a encontrar las cosas perdidas, que ni San Antonio, por minúsculas, pudiera hallar; adivinaría pensamientos recónditos y expondría su ciencia del Universo; ¡qué dichosa claridad de los ojos y de la emoción al crear su teoría de la noche y de los astros!..." (8).

Y en esa misma novela, cuando la voz de la urbe da jaque al corazón y el protagonista, convaleciente, decide el regreso a la ciudad, era una noche sin estrellas. Del mismo modo, *Al filo del agua* comienza en una noche—"Aquella noche"—, que es aprovechada por el autor para presentar a algunos de sus personajes. He aquí, por ejemplo, los sueños, temores y tentaciones de don Timoteo Limón: "El Infierno, la Muerte, el Juicio, la Gloria, su mujer, Damián, el difunto Anacleto, las formas de garridas muchachas, el huizachero

---

(8) Agustín Yáñez: *Pasión y convalecencia.* Novela. Méjico, Abside, 1943, páginas 14-15.

de Juchipila, sus deudores, las siembras, las lluvias, las sequías, los ladridos de *Orión* le daban vueltas en remolino; la cabeza le daba vueltas, que era una desesperación, toda la santa noche, la eterna noche, y su cuerpo no más daba vueltas de un lado a otro de la cama, sin conciliar el sueño, sin oír las esperanzas de los gallos, sin sentir señales de vida, ladridos presagiosos, relinchos, mugidos, pasos, campanadas. Dijéramos que hubiera tomado café o fumado más de cuatro cigarrillos; pero ni eso. Ido el sueño, se le iba la cabeza vacía, no, llena de jaqueca y de malos pensamientos molientes que le hacían daño físico, y el esfuerzo por desecharlos y conseguir dormirse lo extenuaba más que una fiebre, durante las horas interminables. El pecado de superstición era el culpable: si no hubiera consentido las abusiones por el aullar de *Orión,* el enemigo no viniera con tantos embelecos. Parecía quedarse quieto, en sueños, y un sobresalto pasaba otra vez todos los filos de la rueda sobre la cabeza: se habrá muerto Damián; si yo enviudara, me robarán lo que tengo, sufriremos larga sequía, las cantadoras de la feria, me voy a morir...: picudos filos de la rueda implacable, cada vez más grotescos, más audaces y pecaminosos; más débil cada vez la resistencia, en la noche sin fin" (9).

Estas notas generales caracterizan, en conclusión, la novela de Agustín Yáñez. Todavía, sin embargo, faltarían algunos aspectos de ella por desarrollar más ampliamente. Manuel Pedro González, por ejemplo, ha señalado la coincidencia que *Al filo del agua* presenta con *Los fracasados,* de Mariano Azuela; por la presencia de los dos párrocos y los dos coadjutores; coincidencia que quizá se deba a que ambos novelistas, los dos jaliscienses, se inspiraron en el mismo ambiente. Pero lo más importante, respecto a Yáñez, es mostrar cómo en el camino que él ha emprendido puede hallarse la definitiva solución para lograr una novela mejicana de talla continental.

J. D.

(9) *Al filo del agua,* pág. 29.

UNA TRADUCCION EN VERSO DE LA *ODISEA*

Poder hablar elogiosamente de una traducción española es tarea tan grata como poco frecuente. Si el elogio es a propósito de una traducción en verso, miel sobre hojuelas. Y si el intento es tan ambicioso como el de ofrecer al lector español una nueva versión, en verso, de la *Odisea,* y si este intento ha sido plenamente logrado, motivo será de echar las campanas al vuelo, ya que, por desgracia, es más fácil topar en nuestras letras con pedestres, cuando no disparatadas versiones de obras extranjeras, que con aciertos rotundos, como el logrado en esta traducción, realizada por el poeta Fernando Gutiérrez.

Debemos también agradecer a José Janés la elección de este glorioso y venerable título, para que constituya y conmemore el número mil de las obras publicadas por su editorial, cuyo catálogo, contra lo corriente en España, está lleno de títulos importantes y sugestivos, viniendo a llenar así algunas de las lagunas que existen en las traducciones españolas, para las que suele seguirse

una especie de selección al revés, traduciéndose muchas veces obras sin el menor interés, incluso comercial, y dejando en el olvido títulos indispensables en toda biblioteca *à la page.*

Ya conocíamos otras acertadas y concienzudas traducciones de Fernando Gutiérrez, especialmente sus inmejorables versiones de la obra de Proust, pero lo conseguido en su versión de la *Odisea* es de tal interés que, aun dejando a plumas más autorizadas su comentario crítico-filológico, no me resisto al deseo de dejar constancia en estas páginas de *Cuadernos* de mi gratitud por la pura emoción estética que su trabajo me ha producido, y que hasta ahora sólo podía ser alcanzada por los *happy few,* conocedores del lenguaje homérico.

Solamente traduciendo en verso, y en verso de medida y fuerza equivalentes, se puede decir que se da al lector una idea aproximada de lo que es una obra concebida en verso en el original. Lo demás será como quedarse a la puerta del teatro a leer el programa con todos los cantables de la obra, y pretender después hablar de la belleza de lo que en el interior se ha representado.

El texto exacto, fijado por Bérard, la fidelísima versión española, en prosa, de Segalá (no conozco aun la traducción catalana, en verso, de Carles Riba), podían satisfacer nuestra curiosidad por conocer los hechos relatados por Homero, pero sólo una versión en verso hecha por un auténtico poeta podía extraer del fondo de los siglos el temblor emocional de la obra resucitada, viva ante nosotros; el perfume auténtico de la flor poética, fresca y recién cortada.

Difícil empresa la de encontrar en la métrica española el verso equivalente al exámetro griego. No era posible inventar en español—ni acostumbrar el oído del lector español—, a las formas que La Roche ha fijado para dar al exámetro épico el número de sílabas preciso. Gutiérrez ha encontrado la solución en el verso de dieciseis sílabas, ya prestigiado y aclimatado entre nosotros por Rubén. Y éste ha sido el recipiente adecuado para escanciando en él, con pulso seguro, el vino generoso y antiguo de las viejas vides homéricas.

Ya desde la *Invocación,* nuestro oído se alegra al reencontrar la cadencia que en *La marcha triunfal* despertó en nuestra juventud una admirativa sorpresa:

Habla, musa, de aquel hombre astuto que erró largo tiempo,
después de destruir el alcázar sagrado de Troya,
del que vió tantos pueblos y de ellos su espíritu supo,
de quien tantas angustias vivió por los mares, luchando
por salvarse y salvar a los hombres que lo acompañaban...

El milagro se ha producido. Un poeta ha tomado casi textualmente la excelente versión en prosa de Segalá y le ha insuflado el espíritu épico. Las mismas exigencias de la métrica habrán contribuído a elegir las palabras más acertadas, las elisiones, los giros que darán más elegancia y fuerza a la frase. Compárese con el texto en prosa:

> *Háblame, musa, de aquel varón de multiforme ingenio que, después de destruir la sacra ciudad de Troya, anduvo peregrinando larguísimo tiempo, vió las poblaciones y conoció las costumbres de muchos hombres, y padeció en su ánimo gran número de trabajos en su navegación por el Ponto, en cuanto procuraba salvar su vida y la vuelta de sus compañeros a la patria...*

¡Qué agradecida es la poesía para el que bien la sirve! Véase cómo "el

varón de multiforme ingenio" se ha convertido en la definición ya inconmovible de Ulises, "aquel hombre astuto". En la versión en prosa, y tal vez en parte al no estar acuciado por la necesidad del número preciso de sílabas, se ha dado por aproximación la definición correcta de Ulises; en la versión poética, se ha ido a dar de lleno en la diana de la palabra exacta. Lo mismo exactamente podemos decir de todos los restantes versos del trozo citado. De "el alcázar sagrado de Troya", sustituyendo a "la sacra ciudad de Troya"; de "...y de ellos su espíritu supo", resumiendo magistralmente al "vió las poblaciones y conoció las costumbres de muchos hombres", y el último verso citado, con su perfecta medida de acentos y sílabas, cuya cadencia recuerda los más acertados de la *Marcha triunfal*: "Por salvarse y salvar a los hombres que lo acompañaban".

Como puede verse, la fidelidad a los textos fijados es perfecta, pero ahora es un poeta el que ha cogido el arpa del sublime ciego y un eco de su propia voz nos llega a través de una lengua y una métrica distintas de las suyas.

Si "para muestra basta un botón", nos abstendremos de seguir comparando textos. Los citados serán suficientes para hacerse cargo de la dificultad de la empresa emprendida por Gutiérrez. Los aciertos apuntados habrán de repetirse necesariamente todo a lo largo de los centenares de versos del poema. En estos casos, más que en los de creación original, se confirma el aserto de que "el arte es una larga paciencia". Puede serlo en los casos de Valéry, de Mallarmé, etc., o ser, en cambio, el resultado de una ráfaga de inspiración en Hugo, en Zorrilla, en Espronceda. En una traducción, en cambio, la inspiración (que sin duda la hay, y es indispensable) no puede volar a su antojo, sino que debe canalizarse, seguir los cauces ya trazados por el poema original, renunciar, a veces humildemente, a algunos regalos de las musas. O bien, como le ocurrió a Corneille con el Cid, empezar traduciendo para terminar creando, pero esto ya es otra historia.

Hay que saber torturar el lenguaje hasta obligarle a liberar la palabra justa, el giro, la construcción adecuada, y ¡cuánta sorpresa inesperada, cuántas inesperadas bellezas se logran arrancarle! No hay que desesperar nunca. Siempre, el genio del lenguaje acaba apiadándose del traductor tenaz y le hace entrega de la gema preciosa y precisa para engarzar en la reproducción de la joya que está copiando.

Esta ha sido, sin duda, la recompensa que la tenacidad y el talento poético de Fernando Gutiérrez han encontrado al final de la ímproba tarea acometida. Y ella deberá bastarle, ya que no es frecuente en España prestar a estos trabajos la atención que merecen, para criticarlos o alabarlos justamente. Ello hace que la mayoría de las traducciones se encomiende a plumas no calificadas y a que se realicen estos trabajos, sin consultar diccionarios, de una manera hambrienta, rápida y disparatada.

Tal vez esto se remediaría en parte si, como en Francia, se instituyese en España un premio anual a la mejor traducción. Ello animaría a los traductores a esmerarse en su trabajo y a los editores a encomendar sus traducciones a plumas solventes de verdaderos escritores y no de personas que, por conocer el idioma traducido, pero sin dotes de escritor, "cometen" las traducciones que con frecuencia padecemos.

Pero volvamos a la lectura de la *Odisea*, en la versión, que yo llamaría ya definitiva, de Fernando Gutiérrez.

¡Qué ecuanimidad en los juicios del viejo Homero! Ya encontramos en él la teoría de la predestinación y del libre albedrío:

Los mortales se atreven, ¡ay!, siempre a culpar a los dioses,
porque dicen que todos sus males nosotros les damos,
y son ellos que, con sus locuras, se atraen infortunios
que el Destino jamás decretó...

Mas si el Cronida pretende ser imparcial e impasible en los destinos de los hombres, los dioses y las diosas del Olimpo intervienen apasionadamente en defensa de sus favoritos, de aquellos de quienes han recibido más fervorosos sacrificios y hecatombes. Así, Minerva, la de las claras pupilas, intervendrá en favor del errabundo Ulises:

Mas a mí el corazón se me parte por un desdichado,
por Ulises, que ha tiempo, distante de todos los suyos,
malandanzas padece en una isla de dobles riberas.
En su tierra arbolada, un ombligo del mar, vive ahora
una diosa que es hija de Atlante...

Voy citando versos al azar para que se vea la calidad de éstos y los aciertos de las metáforas homéricas: isla=ombligo del mar (por cierto no consignada en el texto de Segalá, que dice: "una isla en el centro del mar", renunciando así, innecesariamente, a una tan bella imagen, tal vez por creer prosaicamente que el lector no gustaría de ella o no la entendería).

Como en todos los lenguajes primitivos, hay en el de Homero una fervorosa reiteración de la cualidad o calidad más importante o definidora de los seres o cosas nombrados. Zeus será, siempre que se le nombre, "el que nubes reúne"; Atenea, la de "las claras pupilas"; Penélope, "la prudente", y Ulises, el héroe del poema, disfrutará de todo un verso para él solo, cada vez que se le mencione: "aertiada, raza de Zeus, agudísimo Ulises." Pero es, sobre todo en las cosas, en los objetos, hasta en los más sencillos, en cuya reiterada descripción hay como una oculta ternura, un infantil asombro o un deseo de hacer resaltar su suntuosidad o riqueza, como si acabasen de ser inventados o recibidos de manos de los dioses.

Las "esponjas de innúmeros ojos", las "hermosas grebas", las "altas lanzas de punta de bronce", los "áureos y bellísimos jarros", las "jofainas de plata", etc., recuerdan las adjetivaciones siempre encomiásticas que encontramos tanto en las literaturas orientales, como en las canciones de gesta de la alta Edad Media o en el lenguaje actual de los indios americanos.

La lectura de la traducción de Fernando Gutiérrez avanza no sólo sin cansancio, sino con un renovado deleite. Podríamos seguir entresacando trozos del poema tan bellos como los citados, pero creemos que éstos serán suficientes para incitar a su lectura. Puedo decir que he comprobado, no sin cierto asombro, que jóvenes no universitarios ni aficionados a lecturas exquisitas han leído el libro con entusiasmo hasta el final, sin el menor cansancio y saboreando y recitando en voz alta muchas de sus tiradas.

Si, como ha dicho Sánchez Mazas, la secreta aspiración de todo poeta es la de ser leído por las modistillas, no debe ser pequeña la satisfacción del padre Homero, desde el Hades, al ver resucitado su poema, por obra y gracia de un joven poeta español, no sólo para los eruditos de las Hespérides del

siglo xx, sino para sus más sencillos habitantes que con las aventuras del prudente Ulises se recrean, como sus contemporáneos de la vieja Grecia.

C. R. D.

LUIS GALLEGOS VALDES, CRITICO DE LITERATURA

El profesor Gallegos Valdés, que desempeña una cátedra de literatura hispanoamericana y centroamericana en la facultad de Humanidades, de El Salvador, se ha venido manifestando como un notable crítico. Recientemente ha aparecido su libro, de miras ambiciosas, *Tiro al blanco,* Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes, San Salvador, 1952. En él se recogen varios estudios, producto de una constante labor de investigación, que fueron apareciendo entre los años de 1943 a julio de 1952. El autor nos muestra, a través del balcón salvadoreño, un panorama literario de amplio horizonte.

El raciocinio seguro, preciso, así como la mesura y equilibrio de sus juicios, hacen inconfundible su estilo y, generalmente, su ponderada actitud le permite adentrarse en la aventura fantástica, que significa toda labor crítica, por el camino seguro que ha de conducirle a positivos resultados.

El libro está integrado por los siguientes ensayos: *Consideraciones sobre la crítica, Gutenberiana, Aspectos del teatro cervantino, Quevedo, Azorín, Azorín, novelista; Benjamín Jarnés, Pedro Salinas, Rufino Blanco Fombona, Balzac y su obra* y *Marcel Proust reencontrado.* Diverso es el valor de estos estudios. Desde el completo y bien enfocado sobre la figura y obra del venezolano Blanco Fombona, así como su repercusión, hasta los dos ensayos sobre los autores franceses, en los que el autor se limita a enjuiciarlos sin apoyarse en una bien cimentada documentación. Esto quiere decir que la crítica de Gallegos Valdés oscila entre la brillante visión propia de la espontaneidad periodística y el juicio severo y comedido, propio del que ha manejado con detenida minuciosidad la bibliografía del tema que trata.

El autor hace una diferenciación entre lo que llama crítica de texto y crítica literaria. La primera es la que realizaban Clemencín, Hartzenbusch, Rodríguez Marín, Cejador... y la segunda, la propia de Valera, *Azorín* o Alfonso Reyes.

Lo que especialmente nos llama la atención de sus afirmaciones es la claridad de planteamiento, ya que le acompaña una especie de sexto sentido que le ayuda a discernir en los problemas del gusto. El mismo, a este respecto, se expresa de la siguiente forma:

> "Y comoquiera que el buen gusto es, hasta cierto punto, algo instintivo, aunque pueda formarse con la lectura selecta, la visita a los museos y el trato con gente culta, de aquí que pueda concluirse que, en el fondo, el espíritu crítico es una actividad casi fisiológica y que, asimismo, el enfoque crítico viene a ser en ciertas razas e individuos tan natural como el enfoque del ojo sano que capta el perfil de las cosas con facilidad y justeza."

Se nos manifiesta, por lo tanto, como un comentador que capta el matiz

y saborea el concepto y el estilo a medida que sigue la lectura. Conceptúa la labor crítica no sólo como una actividad propia de la inteligencia, sino también de lo intuitivo, por donde entra dentro del ámbito de la creación. Observamos cierta complacencia, propia del que se satisface en su menester. Y de esta forma vemos cómo se desarrolla su estilo flúido, jugoso, y que tiene el don de hacer que sus disquisiciones tengan una viveza y atracción peculiares. Es un lento discurrir, en el que los suaves meandros de la imaginación van sorprendiéndonos con nuevas motivaciones, que terminan por darnos un juicio claro y exacto de lo que el autor quiere exponer.

Cada uno de estos ensayos, al finalizar, lleva estampada la fecha de su publicación. Sin embargo, como sobre algunos de estos temas se han publicado, más adelante, estudios importantísimos, que fijan y determinan diversos aspectos del mismo, hubiéramos deseado encontrar unas notas que hicieran alusión a los mismos. Digamos, por ejemplo, que no se hace mención alguna, al tratar de las comedias de Cervantes, y especialmente de *La Numancia,* de la representación que se hizo de esta pieza teatral en el anfiteatro de Sagunto, bajo la inteligente dirección de don Francisco Sánchez Castañer, con motivo del IV centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes. Por añadir otro ejemplo, recordemos el magnífico libro de Emilio Carilla, sobre la figura y obra de Quevedo, o la edición, con prólogo y notas, en dos volúmenes, de la obra del gran satírico, realizada por Astrana Marín. Ninguna de ellas se tiene presente en el estudio sobre Quevedo de Gallegos Valdés. También quisiéramos indicar que, en algunos momentos, su bibliografía, que es muy amplia, no es todo lo completa que pudiera, pues consulta algunos historiadores o escritores que, aportando gran número de datos, no nos ofrecen la seguridad ni la precisión debidas.

Debemos destacar, especialmente, el artículo sobre *Pedro Salinas,* en el que se da una segura semblanza de este autor, amparada en una numerosa y firme información.

El autor nos ofrece en este libro dos ensayos sobre *Azorín.* En el primero, señala globalmente numerosas cualidades de este novelista levantino, que nos descubrió el paisaje castellano, y, en el segundo, se circunscribe a su faceta de novelista, planteando los interesantes problemas que se desprenden de su actitud respecto a este género, así como de la relación observada con los novelistas de la generación anterior (la Pardo Bazán, Pérez Galdós, Pereda, Valera, Alarcón, Palacio Valdés, Coloma y Octavio Picón).

Tiro al blanco es un libro sugerente, de grata lectura, en el que, con indudable maestría, se nos ofrece una visión muy aguda de diversos escritores españoles y de un hispanoamericano.

A. V. B.

PICASSO: RETRATOS Y RECUERDOS, por J. Sabartés.—Ed. La Cariátide.

Entre la innumerable bibliografía picassiana, nos aparece este libro: *Picasso: Retratos y recuerdos,* de Jaime Sabartés, que hoy ve la luz en su idioma original tras de haber sido traducido a otros idiomas.

La ya conocida colección de monografías La Cariátide incorpora este título a su serie con las excelencias de extraordinario. No es un libro suntuoso con profusión de láminas, hoy tan al uso. Es un libro para leer, en una cuidada y correcta edición, ilustrada con alguna reproducción de obras muy poco conocidas y algunas curiosas fotografías.

El autor, gran amigo de Picasso desde la adolescencia, ha convivido dos grandes períodos de la vida del gran pintor: los años de Barcelona y primeros pasos en París; después, su vuelta a encontrar en 1935 hasta nuestros días, en los años de madurez. (¡Quién se atreve a hablar de la vejez de Picasso!)

De estas dos épocas se cuentan y se viven muchos hechos cotidianos, menudos, insignificantes muchas veces en el plano de la "gran anécdota"; pero más sutiles para adentrarnos en una zona de intimidad, es decir, en la propia personalidad humana del artista.

Unas veces, el autor cuenta sus propios recuerdos, y otras muchas, los dos personajes conversan y recuerdan, saltando de acá para allá, de París a Málaga o a Barcelona o a Antives, refiriéndose a las cosas más menudas, lo mismo que surgen en una conversación cualquiera, en el rato más ocioso. Sus aficiones, sus debilidades o las adversidades de este hombre tan rotundo que es Picasso, van saliendo, mejor que clasificándose, a la vez que el personaje se mueve en una escena o en un momento determinado, adquiriendo con ello su justo relieve.

Sabartés, con verdadera y exquisita delicadeza, sabe muy bien hacerse desaparecer, adelgazándose tan sutilmente a través del relato que parece dejarnos solos en la propia intimidad, donde Picasso se entrega a "la pata la llana" a cualquier menester.

Si el artista es el hombre, este libro nos lleva de la mano hacia la faceta más íntima, humana y sentimental del hombre Picasso como ningún otro, y nos ayuda a comprender al artista en su gran dimensión racial e individual, a la que tan necesariamente hemos de recurrir para caminar por su obra tan compleja y tantas veces desconcertante y paradójica.

Aquí vemos el quehacer y el vivir cotidiano de este andaluz alegre y hablador entre la gente, haciéndose cada vez más hondo y más dramático en su soledad, en esa soledad que se llama cada día Pablo Ruiz Picasso.

J. R. E.

CARTA DE AYER, SEGUNDA NOVELA DE LUIS ROMERO

En el número 32 de CUADERNOS hablé de *La Noria*, Premio Nadal 1951, y de su autor, Luis Romero. Refiriéndome a su estilo, a su andamiaje técnico de novelista, a su modo de hacer y contar, dije en uno de los párrafos: "A Luis Romero le encasillarán los eternos maniáticos del encasillamiento en los escaparates pintiparados de las últimas—o, por lo menos, penúltimas—maneras de novelar. Se hablará de los norteamericanos—Dos Passos, en primer término—, se hablará de Sartre, se hablará de Kafka en cierta manera..." Y terminaba: "Para nosotros, y sabemos que no nos equivocamos en este punto, Luis Romero es un escritor que brilla con luz propia, un escritor que *des-*

literaturiza. Y ahí, creemos, están su razón vital y su más prometedora cualidad."

Ahora acabo de leer con todo detenimiento la segunda novela de Luis Romero: *Carta de ayer,* publicada por la Editorial Planeta en su mejor colección. Su lectura, detenida (hay que repetirlo), minuciosa, lenta, ha producido en mi ánimo de lector un choque violento. Un choque, supongo, que tiene sus raíces en el recuerdo de aquella *La Noria,* variopinta, incansable, por cuyas páginas discurrían las vidas, tomadas con precisión, al minuto, de tantos y tantos personajes, escogidos al azar en las calles de una gran ciudad. Aquel desfile, aquel constante fluir humano, aquello que me hizo suponer la razón vital del autor y también su más prometedora cualidad, ha sido sustituído en *Carta de ayer* por un esfuerzo sobrehumano de gran escritor, empeñado en la pirueta difícil por la lisa y llana narración, para la que sólo se precisan dos personajes.

Carta de ayer es la historia de un tremendo y apasionado amor. El protagonista, que nos cuenta en primera persona, y ella, Claudia, se ven arrastrados a la turbulencia de una pasión torturante. Luis Romero usa, y nunca abusa, de todos los medios posibles para sobrecargar la acción, pasajera, accesoria siempre, de la dosificación masiva, que conduzca al lector a un terreno obsesionante, donde no cabe más que la constante preocupación por el desenlace de aquel amor enfermo y sin fronteras.

A mi entender, el personaje central, el narrador, un oscuro escritor sin fortuna y sin dinero, está soberbiamente dibujado desde las primeras páginas del libro. Claudia, la protagonista, sufre altibajos. La vemos vagar por un mundo que le ha fallado. Tiene prestancia de autenticidad, fibra humana. Pero, a veces, sobre todo a medida que corren las páginas, Claudia se doblega y llega a parecer un muñeco sin vida en manos del autor, dispuesto a todo por conseguir la atmósfera y el *clímax* propuestos antes de empezar a escribir. Los personajes accesorios, esos que Romero nos demostró en *La Noria* cómo se convierten, en la pluma de un buen escritor, en personajes centrales, apenas si existen. Cuatro o cinco, con el desdibujo que necesitaba ese amor que es toda la novela, de cabo a rabo, como un *fatum* tremendo y trágico.

Carta de ayer es una novela bien escrita. Falla en su base, esto es, en sus cimientos, en la forma de concebir para casi trescientas páginas lo que hubiese necesitado muchas menos. Sin embargo, gracias a esa mano de escritor, que sabe imprimir interés por ese amor, en primerísimo término, que anula a los protagonistas, *Carta de ayer* se lee con agrado, mejor diríamos con desagrado, con una avidez torturante por ese final que se presagia, y para el que, sacrificándolo todo, Luis Romero empezó a escribir desde la primera página.

Al final, cuando el virtuosismo ya no es necesario, cuando se penetra en el último acto de un amor desgarrado, Luis Romero nos hace ver todo lo buen escritor que es. En las últimas páginas, el personaje, medio borracho, enloquecido, corre febril por las calles de la ciudad. Hay un sereno que queda en el recuerdo. Un tabernero. Un coche que pasa. Tranvías que van a encerrar. Es madrugada. Aquí, Luis Romero, con los pequeños elementos que él precisa para lograr la novela auténtica, nos recuerda al mejor Luis Romero de *La Noria.* Es lo interesante, lo que vale, lo que nos hace repetir, una vez más, lo que dijimos hace algún tiempo: "...ahí están su razón vital y su más prometedora cualidad."

M. T.

LA CRISIS DE EUROPA

Durante el II Curso para extranjeros celebrado el pasado verano en Palma, tuvo a su cargo don Francisco Sintes Obrador, Director general de Archivos y Bibliotecas, las conferencias de clausura que, bajo el tema "Dos aspectos de la crisis de Europa", pronunció los días 6 y 7 de agosto en la capital de la provincia balear.

Con ellas, la Excma. Diputación Provincial de aquel archipiélago ha compuesto un folleto (1), de reciente aparición—tal vez editado un poco de prisa, a juzgar por sus abundantes erratas de imprenta—, donde se reúne, para su difusión y estudio, el texto íntegro de ambas lecciones.

El autor desarrolla la primera bajo el epígrafe NATURALEZA Y MISIÓN DE EUROPA, tomando como guía al conde Gonzague de Reynold. De acuerdo con su título, esta lección es casi enteramente expositiva; lleva un preámbulo corto, donde recoge los acontecimientos políticobélicos más importantes ocurridos dentro de los cincuenta años que van de siglo y sus consecuencias, indicando cómo al esbozarlos no ha hecho más que moverse por la "capa externa del devenir histórico". Después, al ahondar en ésta, al bajar a los recintos "subhistóricos" en busca de la contestación precisa a la "angustiada pregunta" sobre la crisis de nuestro continente, se plantea otra: la de "¿Qué es Europa?", cuya respuesta, en un acertadísimo esquema punteado, ocupará el resto de estas páginas hoy, que en su día constituyeron un armónico tiempo de conferencia.

La termina con las siguientes palabras: "Este anhelo que acabamos de hallar en la entraña misma de Europa (y no de Europa como simple realidad material, sino de Europa como misión histórica), adquiere plenitud cuando el Cristianismo infunde a la realidad material del Imperio romano su contenido espiritual... La Cristiandad unifica la cuenca del Mediterráneo, cuna de Europa, y es Europa misma; pero no llega a conseguir la total ordenación política de la Humanidad. La innovación vitoriana fué solidarizar a los hombres, no por su coincidencia confesional, sino por su condición de seres humanos. En servicio de esta idea, los españoles descubrieron, conquistaron y colonizaron el Nuevo Mundo. La sangría de este nuevo esfuerzo condujo a Westfalia, donde venció otra manera de entender a Europa. Las últimas consecuencias de esa nueva manera de entender a Europa las está sacando la U. R. S. S. en la actualidad", cuyo contenido, a modo de cabeza de desembarco, justifica el título de la segunda lección: RUSIA Y EUROPA.

La brillante exposición del permanente antagonismo entre Rusia y Europa, del origen de estas dos zonas de fricción—oriental y occidental—, con una meta de salida en la desmembración del Imperio cristiano de Occidente—ecuación Roma-Bizancio—, y la permanencia de la realidad pagana, como clave del Imperio bizantino—compromiso entre la verdad y el error, esencia propia de todas las herejías—; el fracaso inicial de una Rusia cristianizada en el cisma y de una Rusia que, posteriormente, entra en contacto con Occidente a finales del siglo XVII, precisamente cuando el aglutinante cristiano muere en Westfalia, para dar entrada a la Europa de Lutero y Descartes, liberada de la pesadilla española, son los hitos que usa el autor para jalonar esta se-

---

(1) Francisco Sintes Obrador: *Dos aspectos de la crisis de Europa.* Impreso por acuerdo de la Excma. Diputación Provincial de Baleares. Escuela Tipográfica Provincial. Palma de Mallorca, 1953.

gunda conferencia. Luego, más que mediada la charla, el testamento—verdadero o apócrifo—de Pedro el Grande le servirán para llegar, a través de Solovief, Dostoyevski, etc., etc., a la última conclusión, que contiene la esencia de la actual crisis de nuestro continente: "La doble insensatez de Europa—dice Sintes—, originando un movimiento que destruye en Rusia la influencia cultural europea, provoca una reacción contra ella, un apoyo en sus propias raíces autóctonas y en esa cantera de poder infinito de Asia, y la retrotrae a su forma tradicional, propia de Oriente..., a la vez que en Europa amenazan la vida misma de nuestra cultura..., debilitando la capacidad de resistencia de Occidente frente a ese poder en trance de ascensión y de dominio que alumbró en Oriente la propia Europa. A este resultado—concluye—nos ha conducido el triunfo en Europa del espíritu moderno."

J. A. L.

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN:

JOSE ARTIGAS
ENRIQUE MORENO BAEZ
JAIME DELGADO
CARLOS R. DAMPIERRE
ANGEL VALBUENA BRIONES
JOSE ROMERO ESCASSI
MARIANO TUDELA
JUAN ANTONIO LIAÑO

ASTERISCOS

LA MAQUINA DE TROVAR ELECTRONICA

* * * Es cosa sabida que Antonio Machado imaginó un personaje, Juan de Mairena, del que dice que fué "poeta, filósofo, retórico e inventor de una máquina de cantar". La ficción ideada por Machado se complica, sin embargo, pues si seguimos en la lectura, poco después de lo anterior, tropezamos con la siguiente parrafada: "Sostenía Mairena que sus *Coplas mecánicas* no eran realmente suyas, sino de la *Máquina de trovar,* de Jorge Meneses. Es decir, que Mairena había imaginado un poeta, el cual, a su vez, había inventado un aparato cuyas eran las coplas que daba a la estampa." Un diálogo muy gracioso, fino y sutil, entre Juan de Mairena y Jorge Meneses, nos da cuenta, incluso, del funcionamiento del aristón poético o máquina de trovar. Pero no me parece oportuno abrumar al lector con la descripción minuciosa de los detalles técnicos que pueden aprenderse en el curso de tan sabroso diálogo. El asunto es, por lo demás, del dominio del lector de CUADERNOS. (De lo contrario, el lector curioso puede enterarse del secreto o artificio de la mencionada máquina leyendo las páginas 388-396 de *Poesías Completas,* de A. Machado. Cito por la 4.ª edición de Espasa Calpe.) No obstante, no me resisto a callar el texto de una copla "fabricada" por el aristón de Meneses. Helo aquí:

Dicen que el hombre no es hombre
mientras que no oye su nombre
de labios de una mujer.
Puede ser.

Quede, pues, bien sentado. Antonio Machado, gran poeta y pensador inteligente, descubrió, hace muchos años, una máquina de poetizar. No hace al caso que tal mecanismo no pasara de ser una ficción. Lo esencial es que nuestro poeta había pensado en ello. De este modo, en cierta medida, dió realidad al invento. Un técnico avisado podía haber llevado a la práctica tan genial idea. Ahora bien: sea de ello lo que fuere, el caso prodigioso es que *ya se ha llevado a la realidad tangible* esta ficción de Machado. La primera noticia sobre el asunto la tuvimos por boca de don Emilio Novoa en la sesión inaugural de la Sociedad de Cibernética, recién creada. Este señor, ilustre ingeniero de Telecomunicación, hizo saber al público asistente a su discurso que había sido realizada una máquina automática que hace poesías prosificadas. El inventor, un francés, la ha bautizado con el nombre de la musa de la poesía épica y de la elocuencia: Calíope. Intrigado por tan formidable noticia, dada escuetamente, sin más detalles, me he dirigido a don Angel González del Valle, director de la revista *Cálculo automático y Cibernética,* buen

amigo mío, quien, amablemente, me ha proporcionado datos sobre esta máquina de trovar electrónica. He aquí lo más saliente del citado invento:

Se trata de un artefacto, de aspecto parecido al de un aparato de radio, el cual está provisto, a los lados, de dos lámparas, una de color verde y otra de color rojo. Estas lámparas constituyen los medios expresivos del *aristón* poético. La máquina opera con elementos traducibles a un sistema de numeración de base dos. Como se sabe, todo número puede expresarse en este sistema, llamado también binario, con sólo dos cifras distintas: el uno y el cero. (El sistema de numeración que nosotros utilizamos corrientemente es el de base diez, y en éste se utilizan diez cifras distintas para la representación de los números.) Los diferentes números representables con esas únicas cifras el 0 y el 1—pueden constituir un "lenguaje", en el que pueden "escribirse" los poemas prosificados que "concibe la imaginación" del aparato. Naturalmente, la lectura en esta "taquigrafía" engorrosa sería muy molesta, y el inventor, Albert Ducrocq, ha provisto a la máquina de otros artificios, que permiten "traducir" aquel lenguaje esotérico y enrevesado al francés ordinario y legible. El autómata dispone para esta faena de unas 65.000 palabras. (Es probable que alguien, al leer todo esto, crea que le queremos tomar el pelo o que todo no es más que una burla codornicesca. Lejos de mí tal propósito. Lo que digo es la pura verdad. Además, la cosa es perfectamente razonable. No es éste momento de entrar en tecnicismos. Pero el lector escéptico debe conceder crédito a estas palabras. En realidad, todo se reduce a encauzar, en cierto modo, al azar, aprovechando la gran velocidad de las calculadoras electrónicas y el sistema selector de los modernísimos mecanismos de autorregulación. Por otra parte, ahí está, para responder del invento, la personalidad del descubridor, quien, como queda dicho, se llama Albert Ducrocq: joven físico, de unos treinta años, ex alumno de la Politécnica de París, licenciado en Ciencias y miembro activo del Centre d'études atomiques et électroniques, de Versalles. No cabe duda, por lo demás, que este curioso y escalofriante artilugio es el punto de arranque de una verdadera revolución en el dominio de la Cibernética. Ducrocq ha inventado, asimismo, otros mecanismos dotados de imaginación, tales como el pintor electrónico surrealista. Para terminar esta breve nota, voy a dar el texto de uno de los poemas "electrónicos" escritos por Calíope:

"Je n'ai pour horizon qu'une tenture rouge d'où s'échappe par intermittence une chaleur suffocante. On distingue à peine une mystérieuse silhouette féminine, fière et terrible: cette grande dame doit être une des saisons de l'année. Elle semble dire adieu. Je ne vois plus rien et m'avance alors vers le décor que mes mains écartent confusément."

(Por si fuera menester para algún lector que lo desee, ésta es la versión en castellano literal: "Yo no tengo por horizonte más que una colgadura roja de donde se escapa, intermitentemente, un calor sofocante. Se distingue apenas una misteriosa silueta femenina, altiva y terrible: esta gran dama debe de ser una de las estaciones del año. Ella parece decir adiós. Yo no veo ya nada, y me adelanto entonces hacia la decoración que mis manos apartan confusamente".)

Creo que sobran los comentarios. Dejo al cuidado del lector extraer las consecuencias pertinentes.

R. C. P.

* * * Yo necesito hablar sobre Corea, pero ¿y si no me comprenden?, ¿y si, además de no comprenderme, pierdo el ómnibus de las siete?... ¡Pues que lo pierda! Yo necesito hablar sobre Corea.

Salgo por Paredes, Santa Engracia, entro por Luchana. Por encima de unos tejados—continúo andando—asoman los mástiles metálicos de la Radio España. Esto me recuerda algo: anuncios, concursos, transmisiones sin interés, ¡qué manera de gastar dinero para molestar al público! Bueno, ¡y a mí qué!... Recuerdo que tengo que terminar medio libro en la Hemeroteca Nacional, sobre los Indios Ranqueles, pero también tengo música en casa de Marita. No sé qué hacer. En la Hemeroteca se está bien. Edificio nuevo y confortable. Yo, que sufre el com-ple-jo-de-la-ca-sa-vie-ja; juventud educada y estudiosa, silencio discreto.

De cuando en cuando hay que levantar la cabeza del libro para descansar, y la mirada vuela al encuentro de otras miradas, del reloj a la ventana, de la ventana a la lechuga envuelta en una hoja del *A B C*, que tiene encima del pupitre una señora de mi edad. Yo me quito años. Podría decirle algo con cualquier pretexto, pero no me atrevo: soy excesivamente bien educado y estoy en Corea... La mirada continúa suelta, evolucionando; me fijo en el vecino de la derecha, bien parecido; se me figura que tiene que ser simpático, ¿por qué no se lo pregunto? Imposible. Salta a la vista que los dos somos muy bien educados. Miro de reojo y leo: "Espérame en Siberia, vida mía." Se da cuenta, y tose, se rasca; en este momento yo necesitaría una mosca para espantarla, pero no pasa. Lo dicho: en Corea. Iré a casa de Marita. Tiene discos nuevos; una mezcla rara de Chapí y Prokofieff (¿estará bien escrito?) Continúo andando. Suben dos muchachas guapas y casi elegantes, hablando animadamente, con la alegría que proporciona el hablar de novios. Me parece que eran rubias y capaces de hacer sonreír a una piedra. Y la piedra se sonríe. Necesito zapatos. Un buceo en el metro y estoy en la Gran Vía. Niuve & Co. presenta sus artísticos escaparates a cargo del Estudio Logian. Este mes toca submarina, quiero decir, mar por dentro; un festival de tritones y de sirenas, tocadas con flotantes telas, entre simpáticos peces, algas, caracolas, etc. Corea ciento por ciento. No; tampoco iré a casa de Marita; tendría que cambiarme de corbata y no me da tiempo. Entro en la galería de W. Y a todo esto son las ocho. Expone M., pintor moderno, clima funcional de Corea con paralelo 38 bien conseguido. Pero el arte moderno... Bueno, lo pensaré otro día. Llego a la Castellana y me siento en una silla de ésas. Fumo un cigarrillo, miro. La corriente humana sigue su curso... Armonía, bellos colores, la belleza de la mujer española, contrastes que invitan a filosofar. Pero a mí no me gusta la filosofía en Corea, no está bien allí; los pensamientos se agudizan demasiado y una peligrosa y juguetona descortesía sin fronteras tiende a invadir los áticos recintos del espíritu... Pero en mí una aventura filosófica para otro momento que me espera, con su azul y su selva y su mar también: Existencialismo + Clasicismo + X. Sófocles. Teogonía de sombra, aprendiz de piedra. No. El ave y su mañana. El mundo canta.

ANTÍGONA.—*¡Oh tumba, oh tálamo, oh cárcel perpetua de mi mansión subterránea, a ti voy ya en busca de los míos, que son incontables los que, difuntos ya, tiene recibido Perséfone entre los muertos. La última de todas, y en suerte*

con mucho la más triste, voy también yo, antes de alcanzarme el término de mis días.

... ...

CREONTE.—*¿Qué? ¿Qué es eso que así anunciáis con tanta solemnidad?*

... ...

Pago la silla y me voy. Un nuevo buceo en el metro y estoy en el Callao, en la encrucijada de los cines, en pleno reino de Corea. Los expresivos carteles, bien dibujados y radiactivos, despiertan intensamente la atomicosis entre los transeúntes que van y vienen de Corea a Corea. La ilusión es ciega y, como el amor, tiene muchos nombres para la juventud que extrena sus tiempos para la festividad de su gloria... ¡Oh la juventud!

Continuamos andando, muchos. Del aire al mar, del mar a la tierra, de la tierra al mapa, del mapa a la bandera, de la bandera a casa. Para hablar... de todo, incluso de Corea.

Y ahora, el lector intrigado podrá preguntarse, si quiere: Pero ¿qué tendrá que ver Corea con todo esto? Pues sí, pues tiene. Dentro del sentido estrictamente fonético del idioma portugués o brasileño, ya que ambas Academias dan largas al tiempo para llegar a un acuerdo práctico y definitivo sobre el puente común fonético-ortográfico del mismo idioma, origen de la cultura de estos dos pueblos hermanos por ser hijos espirituales de una misma madre; idioma que presenta, por comparación, hondas fisuras de sentido en la actualidad, que tienden a diferenciarlo, no sé si por razones complejas de polo opuesto o no menos opuesto paralelo. Geográficamente hablando, etc., etc., la palabra *Corea* puede muy bien traducirse fonéticamente así: *Color es él*. Y nada más y nada menos por ahora que la paz. ¿Será el fin de nuestra pesadilla?

J. R. B.

HOMENAJE A VINCENT VAN GOGH

* * * Con motivo del centenario del nacimiento de Vincent Van Gogh, se ha celebrado en La Haya un Symposium internacional de especialistas en el pintor de Groot-Zundert.

Jean Leymarie, director del Museo de Grenoble y autor de un importante libro sobre Van Gogh, publicado en París el año pasado, puso de relieve el simbolismo oculto tras el aparente realismo de los temas pintados por el artista. La vida y la muerte, por ejemplo, se hallan simbolizadas, respectivamente, por el sembrador y el segador; los nidos de pájaros representan el sexo; las viejas botas, el trabajo honrado...

El doctor Edo Tralbaut, bien conocido por su largo trabajo exhaustivo, en flamenco, sobre la evolución de Van Gogh durante los pocos meses que pasó en Amberes, en 1885-86, se ocupó de la influencia ejercida por el arte japonés sobre el maestro holandés. El culto de las *japonaiseries*, introducido por los hermanos Goncourt, llegó a su máximo en Van Gogh, el cual marchó a Provenza porque pensaba que esta región era "el equivalente del Japón" en Europa, y llegó incluso a realizar interpretaciones al óleo de los grabados japoneses. Según el doctor Tralbaut, Van Gogh fué el primer artista europeo

capaz de sumergirse por completo en una mentalidad oriental, y puso de manifiesto, de este modo, la falsedad de la sentencia de Kipling: "Pero el Oriente es el Oriente y el Occidente es el Occidente, y nunca se encontrarán."

El profesor Kraus, psiquíatra de la Universidad de Groninga, afirmó, en primer lugar, la imposibilidad de separar las personalidades de Van Gogh hombre y Van Gogh artista. Ha llegado el momento de dejarse influir por el "culto" a Van Gogh, del cual son responsables las extravagancias de su vida y el "pecado colectivo" cometido con él. "Es necesario—añadió Kraus—considerar la vida, la obra y las cartas de Van Gogh como un todo, como una pieza de creación artística. Superando los prejuicios, sabremos qué es lo que debemos admirar primariamente en el pintor holandés."

Oscar Kokoschka, encargado de representar a los artistas actuales, no asistió personalmente al Symposium, pero envió un manifiesto en el cual hacía algunas consideraciones generales, un tanto fuera de lugar, y dedicaba solamente a Van Gogh unas pocas frases finales. Kokoschka considera el socialismo, con sus aspiraciones hacia una justicia social terrena, como una "filosofía huera". La tendencia del arte abstracto, que rechaza la imagen del hombre y de las cosas de su mundo, corresponde, con exactitud, a la "filosofía irrealista" de nuestro profetizado "bravo nuevo mundo", proclama el pintor.

Douglas Cooper, traductor, con el seudónimo de Douglas Lord, de las *Cartas a Emile Bernard*, de Van Gogh, trató de la historia y significación de la pintura del maestro *La casa amarilla* y de la casa misma, en Arlés. Esta casa, hogar y estudio de Vincent Van Gogh, pudo llegar a ser el cuartel general de aquella gran escuela de coloristas meridionales, tan ansiada por el pintor, el cual creía de corazón en el esfuerzo colectivo. En ella, Gauguin y Van Gogh vivieron juntos durante aquellos meses intensos de 1888, en que tuvo lugar la primera gran batalla entre el realismo y la abstracción, a expensas del equilibrio mental del holandés. "Creo que hoy—ha dicho Douglas Cooper en la B. B. C., comentando su propia intervención en La Haya—, cuando la batalla entre el realismo y la abstracción se ha hecho más general e intensa; cuando un cuerpo de aficionados, reputados como jueces del arte moderno, nos pide que aceptemos algunos insignificantes trozos de piedra o de chatarra retorcida como monumento apropiado para los millones de semejantes nuestros que han sido aprisionados y sacrificados por razones políticas, es deber de todo crítico responsable recordar a nuestros artistas, no sólo el cuadro *La casa amarilla*, de Van Gogh, y todo lo que éste implica, sino también aquel impresionante tributo a un ideal, pintado por un artista que Van Gogh admiraba sobre todo: el gran cuadro de Delacroix *Grecia expirando en las ruinas de Missolonghi*, que se encuentra en el Museo de Burdeos."

La principal conclusión práctica del Symposium de La Haya ha sido el proyecto de crear un Archivo y Biblioteca de Van Gogh central. De los dos lugares propuestos—aquellos donde hay mayor colección de cuadros del pintor—, el Museo del Estado de Kröller-Müller y el Museo Gemeente, de Amsterdam, fué elegido este último por ser de más fácil acceso para los investigadores.

F. P. N.

CINE EN RELIEVE

* * * Sin conocer el estado técnico de la cuestión en torno al cine en relieve—y yo lo desconozco en absoluto—es imposible predecir algo sobre el futuro de esta forma cinematográfica y, en definitiva, del cine en general. Si esta forma es perfeccionada y alcanza madurez de instrumento artístico, no habrá, naturalmente, más que cine en relieve. Si, por el contrario, las dificultades técnicas estancan el cine en relieve en la fase en que ahora se encuentra—o a poca distancia de esta frase—, el cine en relieve se extinguirá. Habría que conocer, como digo, el estado técnico de la cuestión.

Hasta ahora, la visión de estas proyecciones es penosa. El relieve—o mejor, la perspectiva—se aprecia parcial e irregularmente. Los buenos momentos (que no son, naturalmente, los momentos efectistas, sino otros en que la visión se aclara y perfecciona, apreciándose planos, distancias, perspectivas) nos hacen pensar que la cosa va por buen camino. Pero el conjunto fatiga como un prolongado experimento.

—Cuando quiera ver cine en relieve—decía a mi lado un espectador, apenas comenzada la proyección de *El hombre en las tinieblas*—iré al teatro.

El cine en tres dimensiones no es, pues, hasta ahora espectáculo, sino experimento: un curioso experimento de Física recreativa. Pero un experimento lleno de sugerencias para el futuro. Un experimento con sentido, al margen del puro valor espectacular—que no es mucho—y del valor artístico—insignificante—que puedan tener las actuales proyecciones públicas del cine tridimensional. Hay que recordar que en el cine todo ha sido, en un principio, experimento.

En cuanto a la repercusión que el posible éxito definitivo de este cine tridimensional pueda tener en él ámbito del teatro, me parece que será apenas perceptible. Seguirá—ocurra lo que ocurra con el cine en relieve—habiendo teatro. Y hasta puede que muchos aprendan a amarlo a través de ese cine, que no será, a fin de cuentas, más que una especie de teatro supertécnico.

A. S.

SOBRE EL PORVENIR DE LAS CIENCIAS

* * * La ciencia, hacer humano, es una realidad "abierta". Esto quiere decir que, por un lado, es histórica—es decir, dependiente de los hombres y del tiempo—, y, por otro, que se está haciendo. Es difícil ser profeta a largo plazo. Pero, dentro de un entorno temporal, suficientemente pequeño, se puede aventurar una tesis. Sobre todo si nos aleccionamos en el pasado inmediato. Si, para fijar ideas, reparamos en el caso de las llamadas ciencias exactas, nos encontramos que fué un espejismo pensar que en ellas todo estaba hecho. Sirva de ejemplo Lagrange. Sabemos que este gran matemático llegó a creer que la ciencia físicomatemática, en que él brillaba como creador de primera magnitud, perdería toda su importancia en Academias y Universidades. Lagrange se reveló mal profeta. No contaba con el advenimiento de las relevantes fi-

guras que remozaron el "viejo mundo", trayendo auras saludables e innovadoras. Los trabajos de Gauss, Galois, Cauchy, Cantor, etc., demostraron el error de perspectiva de Lagrange. Por lo menos hasta nuestro tiempo. Es verdad que "el sistema del mundo sólo se encuentra una vez", y que "Newton tuvo suerte, porque en su tiempo el sistema del mundo estaba todavía por descubrir". Pero, posteriormente, los genios científicos de los siglos XIX y XX han descubierto nuevos horizontes, han penetrado en "selvas vírgenes" no holladas por ningún pie humano, y han hecho ver que es ilusorio pretender poner barreras al futuro. Puede objetarse a todo lo anterior que Lagrange era un pensador del siglo XVIII, y que carecía, ciertamente, de elementos en que apoyarse para su visión del futuro de la ciencia. Mas es el caso que, a finales del siglo XIX, un físico insigne, A. A. Michelson, cometió análogo error al pensar que los grandes descubrimientos ya estaban hechos, y que la tarea fundamental de la física sería la medición, cada vez más precisa, de las constantes de las leyes ya descubiertas. El mismo año, empero, Roentgen descubría los rayos X. Sobra el comentario.

Ultimamente, Jules Romains, en *Science et Vie*, ha escrito un artículo en que figuran conjeturas reflexivas acerca del tema de los confines de las ciencias. Se trata de saber si la ciencia está clausa. Si ya todo lo importante está hecho. Tras la lección que nos ha dado el inmediato pretérito, parece osado acometer nuevamente, sin las debidas cautelas, el interesante asunto. Romains piensa que el descubrimiento de lo real no tiene límites previsibles, ni en extensión ni en profundidad. Sin embargo, pone reparos a la característica "apertura" de las posibilidades de la realidad, nunca agotables. El reparo consiste en decir: "De acuerdo en que nunca se agotará la riqueza de lo real. Pero el número de los descubrimientos de primera magnitud es finito." (Convendría que Romains precisara el significado de esa finitud. Pues, como se sabe, es finito el número de estrellas que pueblan el firmamento y el de los átomos del universo. Hay, por tanto, categorías dentro de la finitud. ¿Qué se entiende por grande y pequeño?) Las palabras del académico francés atrajeron la atención de H. Corbière, colaborador de *Les Nouvelles Littéraires*. En varios de sus números han ido apareciendo, suscitadas por las preguntas de Corbière, numerosas respuestas de sabios famosos y de científicos y profesores destacados. En verdad, estos hombres de ciencia merecen crédito en las disciplinas que cultivan. Al tratar de temas ajenos a su profesión, irrumpen, en realidad, en un terreno en el que no poseen autoridad—la ciencia histórica de la profecía está todavía por hacer—. Sin embargo, siempre suelen escucharse con interés las palabras de los científicos, aunque a la postre se reconozca, tras de la pertinente meditación, que a veces discurren sobre un tema en el que no son maestros. Una cosa es hacer ciencia y otra, muy distinta, reflexionar sobre lo hecho desde un punto de vista filosófico o, por lo menos, desde el miradero de una ciencia de la comprensión de los haceres humanos y de la estructura de la realidad. A pesar de lo dicho, es interesante pasar revista a las opiniones de algunos científicos, entre los que responden en dicha revista a la interrogante planteada.

La mayoría se muestra optimista sobre el porvenir de la ciencia. Todos creen que resta mucho por hacer. No puede señalarse ningún pesimista o escéptico. Para Louis de Broglie, por ejemplo, nada permite pensar que no permanezcan, fuera de nuestros conocimientos actuales, realidades más importantes todavía que las que nos son accesibles. Es verosímil que la fisonomía de

la ciencia se modifique profundamente de nuevo. Además, De Broglie piensa que es muy probable que, en el momento presente, ignoremos un gran número de cosas esenciales. Puede haber realidades inaccesibles en razón de la imperfección de nuestros sentidos o porque la mente del hombre sea radicalmente insuficiente para penetrar en ellas. Con todo, este científico francés de merecida fama admite que la ciencia de mañana se parecerá tan poco a la de hoy como ésta se asemeja a la de ayer.

Como queda dicho, la mayoría de los científicos consultados admiten que no se ha llegado al confín de la ciencia. Pero téngase presente que se refieren a las ciencias de la naturaleza física. No han sido consultados hombres de ciencia de las restantes disciplinas humanísticas. Por otra parte, algunos restringen sus vaticinios a las ciencias que les son conocidas. Pero, de un modo u otro, todos son de opinión que hay mucho todavía por hacer. Citemos algunos nombres de los sabios a que estamos refiriéndonos. Maurice de Broglie, Gaston Ramon (microbiólogo), Emile Borel y Francesco Severi (matemáticos), M. Cosyns, Max von Laue, M. L. Oliphant, P. S. Epstein y A. O. C. Nier (físicos), J. B. Sumner (bioquímico), H. J. Müller (zoólogo), J. Bordet (bacteriólogo), B. Lyot y H. Shapley (astrónomos), Kistiakowsky (químico), etcétera.

Como broche final, pueden citarse las palabras de uno de ellos, Müller: "A decir verdad, se reconoce hoy que el azar no favorece más que a los espíritus preparados, es decir, a los sabios, que han creado las condiciones requeridas para que se pueda manifestar." No basta, pues, con saber que el mundo está esencialmente abierto—como el hombre—para progresar y triunfar. Hay que trabajar duramente para poder recoger las ubérrimas cosechas que se avecinan, y que una tormenta o cualquier cataclismo pueden malograr sin remedio.

R. C. P.

POESIA Y GEOGRAFIA

* * * Y así volvió a nacer la poesía en el alma de un poeta que no quiso desmorirse para no justificar aires que no eran de su propiedad. Sus cinco libros sin orillas quedaron reducidos a cinco manchas decorativas, que, como moscas de color, se habían posado sobre el planisférico que estaba clavado en la pared de su cuarto.

Y allí estaban, ¿allí?, las cinco partes del mundo inspirando cinco frases líricas que se elevarían como cinco columnas de mármol blanco, ya que no existe un transparente, y sobre los cuales, una cúpula de ondulantes nubes fantaseaba la base de una nueva mitología, si esto fuera posible—y yo sé que lo es—, proyectando hacia adentro (ya que hacia afuera no podía, por sentirme preso a cuatro ratas neumáticas de oro alto, y para matarlas necesitaría, a su vez, otro poco de oro, y carecía de él); proyectando hacia adentro, repito, la evasión de codiciadas distancias, que así se vengaban de los enemigos de sus rumbos...

Y la noticia de este arterisco, ya que de noticias se trata, es que la Poesía es, con mucho, más fuerte y funcional que la Geografía misma, sobre la cual actúa con créditos a largo plazo. Con la Geografía en el alma podemos llegar a amar una bella negra y, quizá, a descubrir una gruta estalagmitada y con bi-

sontes rupestres... Pero con la Poesía podemos pasar tal cual un dios por un cielo de indios y arrastrar hasta el cielo nuestro sus verdes santos totémicos y sus selvosos ángeles, aún chorreantes de fresca agua oculta, de tiernas lianas y jadeos anfibios; podemos traspasar grutas donde duermen misteriosas grafías que los arqueólogos británicos no pudieron prever, por un exceso de lógica geográfica y por una lamentable falta de tiempo poético.

Y los cinco libros, tal cinco puertas de un mundo iluminado, estaban jugueteando entre líneas, letras, números y colores: delfines jóvenes con las curvas de lapislázuli de sus lomos parabólicos oficiando en la sinfónica proa de un barco, que más bien parecía una flecha de pan cortando el planisferio de donde a donde... Empecé a ordenar sensiblemente todo aquello, pues en todo aquello existía un orden sensible. Las letras, hartas de su sangriento cautiverio en aras de una diosa extranjera, empezaron a articularse en palabras preliminares a la irrupción del espíritu y a elevar su incógnita y virginal arquitectura sobre incipientes y fragmentarios cimientos.

Sobre el enorme y verde corazón del sur de América se expresaba así:

Antarta-Tabú / la obedecida de las serpientes / diosa dibujada durante el vuelo de las luciérnagas y las mariposas / abre sobre el verde corazón de Amazonia / la cosmogonía secreta de las patrias / vencedoras del fuego.

Y en un lugar del planisferio escolar, donde el tulipán y el naranjo se entienden, el verbo infantil y pirotécnico volvió a ordenar la siguiente frase:

La ninfa Eurasia / ahogada en su propia linfa / reparte entre los pueblos de la tierra / los fragmentos del espejo que reflejaron su cuerpo desnudo / y que un sol viejo rompió por envidia / al querer reflejarse en él.

Sobre la inmensa isla niña negra que tiene el nombre de Africa, el verbo mareante sugirió la siguiente frase:

Adan-náh / la mujer negra 1950 / posa sobre las aguas del tiempo adormecido / el claro continente de Afrilandia / mientras sus elefantes miran...

Sobre las blancas nieves del Norte, donde las altas estrellas de la fe se enfrentan, un nuevo orden de misteriosas palabras decía:

G-hill / el dios blanco de los polos eternos / tiende con su compás / padre de hielo / un alto puente de paz / sobre el Atlántico Norte.

Pero lo que más me llegó al alma, como si fuera el elogio de una voz amiga y que yo nunca agradecería verbalmente, fué la pérdida de mis ojos en el sector encantado del Pacífico, cuando escuchando vi:

Narara / la niña música de Australasia / toaada de luz / inaugura nuevos salones de aire del Pacífico / contra la tiranía bárbara de un Mediterráneo estancado / afro-berebere / y reo de lesa alma.. / Narara se tiende, sonriente, y sueña, sueña, sueña...

Ustedes pueden tomarlo, si quieren, como una salida literaria. Yo insisto en afirmar en que ésta es una noticia de actualidad, muy propia de nuestra revista.

J. B.

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN:

RAMON CRESPO PEREIRA
JOSE R. BOADELLA
FRANCISCO PEREZ NAVARRO
ALFONSO SASTRE

INDICE

Páginas

BRÚJULA DEL PENSAMIENTO

DÍEZ DEL CORRAL (Antonio): *Los puntos cardinales de Europa* 135
SOUVIRÓN (José María): *Descubrimiento* 150
ROA (Armando): *Santiago Ramón y Cajal* 155
MARTÍNEZ RIVAS (Carlos): *Retrato de dama con joven donante* 169
HORIA (Vintila): *La interpretación cíclica de la historia* 177
VALENTE (José Angel): *El condenado* 191

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

El latido de Europa:

Más sobre el lenguaje de las abejas (199).—Autenticidad del cine italiano (200).—Hans Reichenbach (203).—Ibsen y el hastío romántico (205).—La democracia cristiana o la invitación a la soledad (207).—La semana rumana 209

"Nuestra América":

La obra de Andrés Bello (211).—Puerto Rico, un pueblo "manos a la obra" (213).—José de la Cuadra (214).—Lo que la agricultura hispanoamericana debe a la Iglesia (216).—Una biblioteca de autores colombianos (218).—Conclusiones del Congreso de vida rural de Manizales (221).—La pintura escolar argentina, vista a través de una exposición (221).—Ciento veinte millones de campesinos pobres 223

España en su tiempo:

Santayana, náufrago en el mundo (227).—La exposición de F. Mateos (229).—La sociedad española de cibernética (233).—Primera Exposición Internacional de Artesanía (235).—El cuarteto Vegh (236).—Jornada de lengua y literatura hispanoamericanas en Salamanca 237

Bibliografía y notas:

El tema de Occidente (242).—Poesía española. Ensayos de métodos y límites estilísticos (247).—La novela mejicana de Agustín Yáñez (249).—Una traducción en verso de la *Odisea* (255).—Luis Gallegos Valdés, crítico de literatura (259).—Picasso: retratos y y recuerdos (260).—*Carta de ayer,* segunda novela de Luis Romero (261).—La crisis de Europa 263

Asteriscos:

La máquina de trovar electrónica (265).—Paz en el paralelo 38 (267). Homenaje a Vicente Van Gogh (268).—Cine en relieve (270).—Sobre el porvenir de las ciencias (270).—Poesía y Geografía 274

Páginas de color: La nación argentina en sus orígenes étnicos y en su potencial humano, por *Liubimiro Males.*—Portada y dibujos del escultor español *Carlos Ferreira;* dibujo del poema, del dibujante español *Calderón.*

LA NACION ARGENTINA EN SUS ORIGENES ETNICOS

POR

LIUBIMIRO MALES

José Imbelloni, el decano de los culturólogos y americanistas argentinos, dice en un trabajo suyo (1): "Hay un hecho que mayormente nos interesa poner en relieve, y es que, desde el primer momento en que nacen esas reflexiones sobre la población y su porvenir [se refiere a la población del pueblo del Plata], se anuncia el correspondiente deseo de que la mezcla de sus elementos constitutivos alcance el estado de homogeneidad indispensable para la vida orgánica de la nación argentina. Nadie cierra los ojos ante el espectáculo de promiscuidad que ofrece la población en los distintos grupos humanos entrados en la mezcla desde el día de la Conquista hasta hoy. Hubo escritores que sacaron de tal espectáculo la inspiración para componer páginas ejemplares. Ahí están los capítulos descriptivos de Sarmiento y de Bunge." "Cuán curioso—dice Bunge—, cuán abigarrado panorama..., diríase una inmensa Torre de Babel a la que acuden los hombres de todas las edades de la Historia, cráneos largos y puntiagudos, chatos, pequeños, grandes; teces blancas, amarillas, rojas, cobrizas; lenguas americanas, latinas, germánicas, aglutinantes, onomatopéyicas..., y todo barajado, revuelto, yuxtapuesto, sin soldarse, formando un inconmensurable guisado de cosas de Asia, de Africa, de Europa y de América!... ¡Qué manjar tan indigesto para los historiadores, los literatos, los críticos, los antropólogos!... ¡Sobre el porvenir de ese caos de luces y tinieblas duda el mismo Dios!"

Entonces no debemos maravillarnos si el doctor Rauenbusch, en su *Comentario sobre el problema de la raza en la Argentina,* publicado por el ministerio de Educación Pública de la nación de Buenos Aires, 1927, afirma —como lo expone Imbelloni—que la población de la Argentina está muy lejos de formar una raza sistemática, es decir, una nación verdadera. Desde la segunda fundación de Buenos Aires (Santa María de los Buenos Aires) por Juan de Garay, en 1580, hasta las inmigraciones recientes, pueblos, naciones, culturas, lenguas y razas, las más variadas, vinieron a formar el crisol argentino. ¿Cómo, entonces, no concluir con Rauenbusch?: "Con frecuencia se lee en las obras de los historiadores y literatos argentinos de una raza argentina que llegará a formarse, que tiene que formarse o que se está formando. Debe tratarse casi siempre de autores cuyo entusiasmo patriótico corre parejo con su ignorancia en el terreno del estudio de las razas, y solamente esto puede servir de disculpas."

E Imbelloni, al presentarnos el estudio de este autor alemán, añade: "Si admitimos que Rauenbusch se propuso inquietar, perturbar y, sobre todo, tocar el alarma para que los argentinos despertaran a la verdad de que 'el problema de la raza es como la llave de la Historia', y que 'un pueblo en formación que lo descuide no tiene porvenir como pueblo', nadie puede negar que lo consiguió con eficacia plena."

Pero cuando nos acordamos del aserto de seudoantropólogos de que la "raza" de las poblaciones europeas es demasiado heterogénea, que hoy en día no

---

(1) JOSÉ IMBELLONI: "La formación racial argentina", *Argentina en marcha,* I, Buenos Aires, 1947.

hay "razas puras", no nos asustamos. Sabemos que *para ellos* la nación argentina ni siquiera podría considerarse nación verdadera: indígenas, negros, inmigrantes europeos que provienen de las más diversas naciones, sirios, libaneses, árabes, judíos, hindúes; en las ciudades, también japoneses; un verdadero conglomerado sin amalgamarse, indescifrable... ¿Quién entonces se atrevería a hablar de unidad étnica argentina?

¿Unidad étnica? Sin duda: unidad biológica, unidad cultural. Porque para nosotros sí que existe la unidad étnica argentina. Para nosotros el problema es más claro y su solución más confortable. El problema de la etnogénesis de una población no nos puede asustar: para nosotros no es una búsqueda estéril de pueblos desaparecidos, de relictos de palabras, nombres o frases de idiomas "autóctonos" ya muertos, de huesos de gentes y culturas de poblaciones del pasado; para nosotros la etnogénesis se basa en el estudio de la población viviente, del contemporáneo, en el estudio de la antropología, cultorología de las generaciones presentes. Para solucionar problemas étnicos, que son indudablemente de actualidad política y nacional (el estudio del indígena desaparecido no lo es), nos parece inadecuado ocuparse únicamente del pasado, en la mayoría de los casos del pasado remoto y remotísimo, y desconocer la antropología de la población viviente, ignorar las leyes biológicas por las cuales se efectúan los cruces entre individuos racialmente distintos. El factor cultural e idiomático, y más aún el antropológico (somático), indudablemente está mejor determinado por los acontecimientos más recientes—históricos—, y no únicamente por los protohistóricos y prehistóricos. Así, en el caso nuestro argentino, es importante conocer el aporte de la "sangre" argentina de las varias corrientes inmigratorias no solamente pretéritas, sino históricas, recientes y contemporáneas.

* * *

Para abordar nuestro problema debidamente, necesitamos unas aclaraciones.

Ya en 1938, en su patria nativa, Yugoslavia, y recientemente para el mundo científico, en 1947, el profesor doctor Branimiro Males, ahora director del Instituto de Antropología de la Universidad de Tucumán y director del Instituto Etnico del Norte Argentino, publicó algunas observaciones sobre la genética racial. En los años anteriores comprobó la existencia de algunos tipos humanos de formación relativamente reciente, histórica, en la población del suroeste europeo. Al mismo tiempo, estudiando las características morfológicas de estos tipos raciales, comprobó que no son los caracteres en sí, morfológicos o funcionales—los cuales se manifiestan en los cruces como dominantes o recesivos—, los que se heredan de generación en generación y que entonces forman la individualidad morfofuncional de la persona, sino que es el *conjunto*, de forma y función, el que caracteriza un determinado tipo racial.

Para comprender esta aserción, hemos de tener clara ante todo la diferencia que hay entre la *raza* y el *tipo racial*.

Salvador Canals Frau, ya profesor de Etnología de la Universidad Nacional de Cuyo y vicedirector del Instituto Etnico Nacional de Buenos Aires, en su tratado *Prehistoria de América* (Buenos Aires, 1950), dice con razón: "...si queremos que nuestros conceptos tengan un valor inequívoco, y a ello tienden las ciencias, se entiende de suyo que no podemos denominar del mismo modo a entidades taxonómicas de distinta gradación. De ahí que sea preferible dar a las entidades biológicas inferiores el nombre de *tipo racial*. En consecuencia, llamaremos tipos raciales a las subdivisiones de razas."

A las claras palabras del profesor Canals Frau debemos únicamente agregar que para nosotros los tipos raciales, "unidades taxonómicas más inferiores y fundamentales", las "entidades biológicas" verdaderamente heredables, son las variaciones elementales del nórdico, del mediterráneo, del adriático —como ahora llamamos al conjunto de los tipos de origen común, al dinárico

de Deniker—, del euroorientaI (para los blancos), es decir, los dináricos, nóricos, panónicos, alpinos, carpáticos, dálicos, etc., etc. A los *tipos raciales*, entidades bióticas, realmente existentes como manifestaciones de forma y de función de los individuos, siguen hacia arriba en la escala taxonómica: la *raza* y la *gran raza*, entidades biológicas. Digo biológicas, como antes dije bióticas, porque lo biótico en aquello que pertenece al fenómeno (biótico), biológico aquello que pertenece a la ciencia (biológica). En vez de gran raza también podemos decir grupos de razas.

Así que una de las constataciones de Canals Frau podemos completar así: "A la *especie* hacemos seguir hacia abajo la *gran raza*, o el *grupo de razas* (los blancos, los mogólicos, los negros); la *raza* (para la gran raza europea, o los európidos: los nórdicos, los adriáticos, los mediterráneos, los eurorientales), y a ésta el *tipo racial* (por ejemplo, los teutonórdicos, los nóricos, los atlantomediterráneos, los carpáticos, para mencionar de cada raza un tipo racial único)." (2).

Para nosotros, la raza no es otra cosa que un conjunto estático de individuos pertenecientes a *varias* entidades morfofuncionales fundamentales, pero entre sí parecidas, a varios tipos raciales. El tipo racial es manifestación real, la raza un concepto *taxonómico*. El tipo se hereda, la raza únicamente mediante el tipo. Los tipos raciales entre sí parecidos, vinculados por un origen común, forman una raza. Hay, por ejemplo, más tipos mediterráneos o tipos adriáticos, como ya hemos explicado.

Esta diferencia entre la raza y el tipo racial para nosotros es de suma importancia. Se habla usualmente de cruces raciales; pero son *los individuos los que se cruzan, no las razas*. Y los individuos, por sus características morfológicofuncionales, cuando son producto de padres pertenecientes a tipos raciales distintos, se manifiestan de dos modos: o demuestran las características de un determinado tipo racial, y en ese caso se dice que son individuos de "raza pura", o heredan unas características de parte del padre y otras de parte de la madre. El primer caso lo tenemos cuando la "sangre" heredada por los progenitores está suficientemente saturada por un tipo racial. En el caso contrario, ningún tipo racial, por la potencia dinámica que tiene en el juego de la herencia, se podrá manifestar integralmente; el individuo tendrá unos caracteres del padre y otros de la madre, en la mayoría de los casos los caracteres dominantes.

Ahora bien: Males comprobó, basándose en sus investigaciones sobre la población de una isla dálmata (Sipan), que cada tipo racial se comporta distintamente en los cruces: como dominante en relación con unos, y como recesivo, cruzándose con otros. Denominó biodinámica racial a la disciplina científica que debiera ocuparse de estos problemas de cruces. Sus conceptos fueron bien acogidos por destacados antropólogos del mundo científico internacional. Y citamos esta y otras teorías y definiciones de dicho profesor, habiendo sido las mismas aceptadas como verdades científicas por los antropólogos europeos y americanos.

Ya en sus publicaciones del año 1940, y después en 1947, comprobó Males que algunos tipos raciales pertenecientes a la raza mediterránea (como sin duda lo es el tipo mediterráneo clásico, el mediterráneo de ojos claros, todavía sin denominación), encarándose con tipos raciales adriáticos (el dinárico y el hercegovés), se comportan como dominantes. O dicho en palabras más sencillas: que si uno de los padres pertenece a uno de los tipos raciales mediterráneos (el mediterráneo clásico, por ejemplo), y en su "sangre" no tiene mayores mezclas ajenas, es decir, que sus padres y abuelos pertenecían a las formas mediterráneas; y si el otro de los padres pertenece al tipo dinárico o hercegovés de la raza adriática, es decir, él y sus antepasados, los hijos de esta pareja pertenecerán—en la ma-

---

(2) B. MALES: "La Biodinámica y la Biogénesis racial en el estudio de la población", *Revista del Instituto de Antropología*. Universidad Nacional de Tucumán. Vol. 5-6.

yoría de los casos—al tipo racial mediterráneo. Así que no son únicamente *algunas* características del tipo, o si se quiere de la raza mediterránea, dominantes en la herencia, sino que lo es el *mismo conjunto morfofuncional genético*, que en un individuo se manifiesta como tipo racial mediterráneo. Ese mismo fenómeno de dominación, o sea de recesividad de tipos raciales, lo observó Males para los tipos nórdicos y los tipos criollos. En su informe al Instituto Etnico Nacional de Buenos Aires sobre los resultados de sus investigaciones en la provincia argentina de Santiago del Estero, elevado en 1947, dice: "Individuos pertenecientes a los biotipos nórdicos (al fenonórdico, teutonórdico, escandinavo, etc.) en la provincia de Santiago del Estero son tan raros que se puede afirmar que el elemento racial nórdico no forma parte de la población santiagueña. Los padres, abuelos y tatarabuelos de los Mittelbach, Bruhn, Weinberg, Weimann, etcétera, de las generaciones actuales pudieron pertenecer, y pertenecían sin duda, a biotipos nórdicos; pero ahora sus hijos y nietos no se distinguen en nada o muy poco de sus conciudadanos de origen criollo, español o italiano. La raza nórdica, rubia, alta, dolicocéfala, leotoprosopa y l e p t o r i n a, desapareció; de ella no queda casi ningún rastro. Un hecho de notabilísima importancia; un hecho que se puede expresar con los términos de la siguiente ley: *Las generaciones vivientes de una población racialmente no homogénea combinan, racialmente, con la de uno de sus padres solamente en los casos en que éstos hayan pertenecido a tipos raciales dominantes en la biodinámica racial de la población*."

El concepto de esta ley biogenética fundamental es desconocido por muchos antropólogos contemporáneos. Por ejemplo, por Ales Hrdlicka, quien, queriendo refutar los conceptos de Madison Grant—por los cuales la población de los Estados Unidos de América al terminar la guerra civil era "no sólo nórdica, sino también puramente teutónica, con una mayoría anglosajona en el sentido más estricto de la palabra"—, hizo un análisis antropométrico sobre los dos mil yanquis cuyos cuatro abuelos nacieron en Norteamérica. Y encontró—como era de suponer—sólo un pequeño porcentaje del elemento r u b i o. La conclusión de Hrdlicka es más que errónea. Lo saben, sin ser antropólogos, los directores de las películas norteamericanas de argumentos históricos patrios. Hrdlicka pensaba determinar la pertenencia racial de las generaciones pasadas, estudiando la de la población viviente. Una tarea absolutamente imposible: No son solamente los inmigrantes braquicéfalos, los de la Monarquía austrohúngara, los dináricos, los alpinos y otros, por los cuales se introdujo el elemento oscuro en la complexión de la población norteamericana, sino que también, en primer lugar, el oscurecer de la pigmentación se debe al carácter dominante de la raza mediterránea. El porcentaje de los rubios en las viejas familias yanquis (es decir, las mencionadas de los cuatro abuelos americanos) disminuyó del mismo modo que desapareció casi del todo el elemento nórdico en la población santiagueña argentina (3).

¡Y no son únicamente las características de complexión las que se introducen como preponderantes en una población racialmente no homogénea por medio del tipo racial dominante!

Hay tantas otras, desde la forma de la cabeza, de la cara, de la nariz, hasta las disposiciones por unas u otras enfermedades. Las poblaciones racialmente distintas no se mezclan, pues, *cuantitativamente* por el número, sino *cualitativamente, imponiéndose el tipo racial de mayor dinamismo hereditario*. En nuestro caso—en el caso argentino—los hijos de los inmigrantes dináricos se quedan dináricos, los de los nórdicos se quedarán nórdicos, pero solamente h a s t a que mezclen su sangre con la de criollos. Y en caso que se mezclara repetidamente, desaparecerá el dinárico, desaparecerá el nórdico, y quedarán en los hijos y nietos las características de los tipos raciales criollos, o de los mediterráneos provenien-

---

(3) Idem.

tes de gente de origen español o italiano.

Una aclaración, unos ejemplos más. Entre los irlandeses hay no pocos que pertenecen a los tipos raciales mediterráneos. ¿Son éstos en su mayoría descendientes de pueblos pregermánicos? Sin duda, no. En la población mediterránea de las Islas Británicas predomina la "sangre" germánica, pero se impusieron por su dinamismo biogenético las gotas de sangre autóctona, que son, en sus manifestaciones raciales, de tipo mediterráneo. La población de Hercegovina y de Bosnia, de religión serbioortodoxa y católica, pertenece casi absolutamente a los tipos adriáticos: al dinárico, al hercegovés y al nórico. Pero los hallazgos protohistóricos nos demuestran que los tatarabuelos de esta gente pertenecían en muchos casos a otros tipos ahora desaparecidos. Es decir, los noadriáticos desaparecieron, asimilándose biológicamente.

* * *

Así que no es todo en Argentina tan "barajado, revuelto, yuxtapuesto y sin soldarse" como pensaba Bunge. Los "cráneos largos y puntiagudos, los chatos, pequeños, grandes; las teces blancas, amarillas, rojas y cobrizas", ya después de pocas generaciones, se van asimilando biológicamente casi de la misma manera—en el caso argentino—que las lenguas y las culturas. Participamos unos años en el peregrinaje de los italianos a la Virgen de Luján. De millares de italianos e hijos de italianos que llegan de toda la República Argentina, la mayoría habla más bien español que italiano. Pero también los rastros fisionómicos de muchos son netamente criollos.

* * *

Nos quedaría ahora, en esta primera parte, más teórica, decir algunas palabras sobre los mestizos. ¿Hay mestizos en la Argentina? Sin duda los hay: son los hijos, y algunas veces los nietos, de parejas de europeos o criollos con el nativo indígena. Pero de éstos hay muy pocos. Unicamente en algunas provincias y en Buenos Aires, donde se cruzan todos los caminos demográficos. Basándose en los conceptos del profesor Males sobre la biogénesis de los tipos raciales, podemos afirmar que los criollos no son mestizos; los criollos en sentido antropológico. Forman tipos raciales bien definidos, formados definitivamente. Hay dos o tres tipos diferentes y pertenecen sin duda alguna a los tipos marginales de la raza mediterránea. (Entre paréntesis, una explicación: Los tipos marginales son aquellos que derivan de tipos pertenecientes a distintos grandes grupos raciales, dos o tres. El tipo racial abisinio, por ejemplo, deriva de unos tipos raciales europidos y unos negros; el criollo, o mejor dicho, los criollos, derivan de tipos pertenecientes a la gran raza blanca y tipos amerindios.) El mestizo, por ejemplo, hijo de un padre de tipo racial armenio o de un mediterráneo y de madre indígena, en la mayoría de los casos tendrá las características de su madre. El proceso inverso, es decir, la asimilación de la "sangre" indígena por la criolla o europea, será más lento; dependerá, primero, de la potencia asimiladora del tipo racial blanco (los tipos mediterráneos, los marginales—como son el armenio, el anatólico, el oriental—asimilarán más de los tipos nórdicos, de los euroorientales, como lo son el alpino y el báltico); segundo, en cuanto a los mestizos de las generaciones siguientes se cruzarán repetidamente con criollos o blancos, es decir, en cuanto la "sangre" blanca se mezclase en más generaciones con la indígena de la primera pareja, así también con más facilidad se borrarán los rasgos heredados por parte de la línea materna, o por parte de la madre mestiza con "sangre" latente blanca. Los procesos se realizarán en base a la segunda ley biodinámica de Males, formulada así: *En el híbrido se produce un retorno a una de las razas de los antepasados, cuando a los elementos hereditarios, manifiestos o latentes, se agregan influencias genéticas que operan en el mismo sentido.*

Ahora bien: podríamos preguntarnos cuál es el aporte de los distintos tipos raciales, o de las distintas razas—si así se quiere—, en la formación de la población argentina o, en otras palabras, cuál es el aporte de las distintas unidades étnicas: de origen autóctono prehistórico, de los tiempos de la Conquista y colonial, y de procedencia inmigratoria reciente y contemporánea. Pero nosotros, es esta oportunidad, no podemos ocuparnos de datos estadísticos.

Tanto menos cuanto que la cantidad por sí sola no nos dice mucho. Es la calidad, el valor dinámico del tipo racial que influye en la composición definitiva de una población. Para nosotros es evidente que a los datos estadísticos se deben agregar los resultados de los estudios antropológicos sobre el dinamismo racial de la población. Y de éstos bien poco sabemos... Pero sí que además de una descomposición racial —en casos de mezclas constantes o abruptas—, como lo están destacando los autores hasta ahora, tenemos siempre también un proceso paralelo de composición, de síntesis, de un arreglo racial dinámico bien evidente.

En el instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán, o como recientemente acostumbramos a denominar: de San Miguel de Tucumán, en colaboración con el Laboratorio Antropológico de la provincia de Salta, se están realizando estudios preliminares para poder determinar el aporte orgánico real de las varias corrientes inmigratorias y metastásicas que desde los tiempos coloniales forman el crisol demográfico y racial del noroeste argentino y de la Argentina en general. Dichos estudios se realizarán concentrados en el Instituto Etnico del norte argentino, recientemente fundado en la ciudad de Salta por el superior Gobierno de la nación argentina, y embargarán la población de todo el norte argentino. El Instituto Etnico del norte argentino depende directamente del actual Rectorado de la Universidad Tucumana, y así dicha Universidad cumple con uno de tantos deberes para con la nación y con el mundo hispanoamericano.

Ya que no podemos ocuparnos de datos estadísticos argentinos generales, el análisis de los cuales exigiría más de una exposición, mencionaremos, en cuanto nos parece de interés para nosotros, algunos de los resultados de estas investigaciones estadísticas al servicio de la antropología.

La población criolla, verdaderamente criolla, es decir, en sentido racial biológico y no por el modo de vivir y su cultura, en su "sangre" además del elemento nativo—en su "sangre" digo— no tiene otro elemento sino el español. Inmigrantes italianos, anglosajones u otros muy raramente forman familias antes del primer decenio del siglo XIX. Los libros matrimoniales de la ciudad de Salta—la "muy noble y leal ciudad" de los reyes españoles—nos revelan que entre los años 1690 y 1800 se casó únicamente una pareja "sajona" (1693) y una francesa (1771), y además un italiano—genovés—se casó con una salteña mestiza (1727). Pero en el mismo período de más de cien años se acercaron al altar 176 varones y 142 mujeres españolas. En el siglo XIX tenemos verdaderas olas de matrimonios en los cuales participan españoles, o como parejas o como varones que se casan con hijas de salteños. En la parroquia de Nuestra Señora de la Merced, del total de los varones inscriptos en los libros matrimoniales, nacieron en España:

En	el	decenio	1801-1810,	un	3,58%
"	"	"	1811-1820,	"	7,55%
"	"	"	1821-1830,	"	27,92%
"	"	"	1831-1840,	"	1,28%
"	"	"	1841-1850,	"	1,70%
"	"	"	1851-1860,	"	19,10%
"	"	"	1861-1870,	"	24,20%
"	"	"	1871-1880,	"	1,27%
"	"	"	1881-1890,	"	3,69%
"	"	"	1891-1900,	"	3,23%

El mismo hecho se puede observar en las inmediaciones de la capital de esta provincia para la población campesina. Así, por ejemplo, para la parroquia del Departamento de Cerrillos, tenemos estos datos:

Hasta 1830 hay muy pocos españoles casados.

En el decenio	1831-1840,	un	10,71%
" " "	1841-1850,	"	4,81%
" " "	1851-1860,	"	18,43%
" " "	1861-1870,	"	12,57%
" " "	1871-1880,	"	5,71%
" " "	1881-1890,	"	0,87%
" " "	1891-1900,	"	0,31%

En un período de cerca de ochenta años, en esta parroquia se casaron únicamente dos ingleses, un irlandés, un alemán, un austríaco, un francés y—todos en el último decenio (1891-1900)—12 italianos. O sea que, basándose en los datos obtenidos por los libros parroquiales, se puede afirmar que la población campesina de los alrededores de una de las más importantes ciudades del Noroeste nuestro argentino está formada, aparte de los nativos y de los bolivianos, que constantemente están inmigrando, únicamente por los inmigrantes españoles (un 87-70 por 100 del total de inmigrantes).

En el ya citado Instituto de Antropología se está estudiando el origen de la población viviente del Noroeste argentino por medio de un "censo" que se efectúa mediante las escuelas primarias y secundarias sobre el lugar de nacimiento de los cuatro abuelos de cada alumno.

Mencionaremos algunos de los primeros resultados obtenidos.

Para la ciudad de Tucumán—sus suburbios—se han obtenido los siguientes resultados:

Un 55,00% de la ciudad misma de Tucumán.
" 5,70% de Santiago del Estero.
" 12,10% del noroeste argentino.
" 1,30% de las otras provincias argentinas.
" 0,20% de la ciudad de Buenos Aires.
" 0,70% de los países hispanoamericanos.
" 12,10% de España.
" 0,30% de Portugal.
" 8,80% de Italia.
" 2,00% de los Países Arabes.
Un 0,60% de los pueblos eslavos y bálticos.
" 0,80% de otros países europeos.
" 0,10% de la India.

En el centro de la ciudad de Tucumán, el origen de la población en porcentaje es el siguiente:

De la misma ciudad......	un	42,10%
De Santiago del Estero.	"	6,60%
Del Noroeste	"	10,30%
De otras provincias argentinas	"	3,80%
De Buenos Aires	"	2,10%
De los países hispanoamericanos	"	1,00%
De España	"	11,50%
De Italia	"	8,30%
De los Países Arabes......	"	4,80%
De naciones eslavas y bálticas	"	4,10%
De otros países europeos.	"	5,00%
Del Japón	"	0,10%

En la Escuela Sarmiento, de Tucumán—esta Escuela es un colegio para mujeres al cual pertenecen las hijas de las mejores familias de la ciudad—, se han obtenido los siguientes resultados:

Un 27,70% de la ciudad misma.
" 1,00% de Santiago del Estero.
" 1,30% del Noroeste.
" 2,10% de otras provincias argentinas.
" 0,50% de países hispanoamericanos.
" 0,60% de Buenos Aires.
" 26,10% de España.
" 14,40% de Italia.
" 5,40% de los Países Arabes.
" 13,30% de países eslavos y bálticos.
" 6,60% de otros países europeos.
" 0,40% de Palestina.

En la ciudad de Tafí Viejo, en la provincia de Tucumán, el origen de la población en porcentaje es el siguiente:

De la provincia de Tucumán	un	33,30%
De Santiago del Estero...	"	3,30%
Del Noroeste	"	10,90%
De otras provincias argentinas	"	1,30%
De Buenos Aires	"	1,30%

De países hispanoamericanos	"	2,20%
De España	"	19,00%
De Italia	"	15,60%
De los Países Arabes...	"	4,90%
De países eslavos y bálticos	"	2,80%
De otros países europeos.	"	4,70%

Para la ciudad de Concepción, en la provincia de Tucumán, se han obtenido los siguientes resultados:

De la ciudad de Tucumán	un	52,40%
De Santiago del Estero.	"	3,50%
Del Noroeste	"	14,60%
De otras provincias argentinas	"	1,00%
De Buenos Aires	"	1,30%
De países hispanoamericanos	"	0,10%
De España	"	10,90%
De Italia	"	5,90%
De los Países Arabes ...	"	7,40%
De otros países europeos.	"	1,50%

En la ciudad de Santiago del Estero, en la provincia del mismo nombre, se han obtenido los siguientes resultados:

De la misma ciudad......	un	49,90%
De Tucumán	"	6,40%
Del Noroeste	"	3,40%
De Buenos Aires	"	1,80%
De otras provincias argentinas	"	4,70%
De países hispanoamericanos	"	0,20%
De España	"	7,40%
De Italia	"	13,90%
De los Países Arabes ...	"	8,40%
De países eslavos y bálticos	"	1,30%
De otros países europeos.	"	2,20%

Y para la ciudad de Salta se han obtenido los siguientes datos gracias al censo mencionado:

De la misma ciudad ...	un	54,40%
Del Noroeste	"	16,60%
De Buenos Aires	"	1,80%
De otras provincias argentinas	"	3,00%
De Bolivia y Chile	"	3,70%
De países hispanoamericanos	"	0,70%
De España	"	9,70%
De Italia	"	6,60%
De Brasil y Portugal ...	"	0,10%
De países árabes y mediterráneos	"	3,30%
De países eslavos y bálticos	"	1,40%
De otros países europeos.	"	1,40%

Una observación: En este censo no se tomaron en consideración los alumnos de religión israelita, pero sin duda también los hay judíos entre los que declararon que sus abuelos son de origen polaco, ruso, sirio o ucranianos. El vulgo argentino a los judíos les llama rusos. Entre los países árabes hay sirios y libaneses en mayoría, algunos armenios, turcos, iranianos y otros del Asia anterior.

Los datos mencionados nos pueden dar un aspecto bastante exacto sobre la formación de la población actual argentina. Si delineamos un perfil desde el "campo" más apartado hasta los centros dinámicos, comerciales e intelectuales de las ciudades del Noroeste, podremos observar, entre otros hechos interesantes por la etnogénesis argentina, lo siguiente:

La población de las sierras y de las quebradas, de las mesetas y del campo, casi despoblado y desolado, es decir, la población de las regiones estacionarias, sin recientes progresos en la ganadería y agricultura, donde la vida se desarrolla como en los tiempos de los tatarabuelos, es netamente criolla e indígena; en los pueblos y villas hay además núcleos hispánicos de los tiempos de antaño. Acá y allá se encuentran familias de comerciantes y pulperos sirios y libaneses, es decir, de árabes o turcos, como el pueblo generalmente los llama. En las regiones de los valles fértiles, ya en el camino de las ciudades, el indígena casi desaparece bajo el manto—muchas veces aparente—del mestizo y del criollo, y las colonias del inmigrante reciente, español e italiano, son siempre más frecuentes. Los olivares, naranjales, tabacales, ya están en manos de gente de origen español e italiano. Pero a los cañaverales, donde el trabajo es

más de índole sezonal, aún acuden criollos e indígenas desde los más remotos rincones del Noroeste y de los confines bolivianos. En la región de la industria azucarera todavía se está formando no sólo el criollo en un nuevo sentido social y cultural, sino también el mestizo en sentido biológico. Así, pues, la periferia de las ciudades, donde vive el obrero chico, el ordenanza, el recién llegado del campo, que deja el duro trabajo de sus padres en busca de una vida más fácil y de las canchas de fútbol, pistas de baile y de las luces de neón, hablando en sentido biológico, manifiesta la síntesis de la población. La periferia es el crisol biológico de la población contemporánea. La periferia y los centros industriales. Allí se encuentra el criollo, de "sangre" indígena y española de antaño, con el obrero oriundo de Europa, en la mayoría de los casos con el inmigrante español e italiano. Aquí los sirios y los libaneses, los eslavos, abren sus pequeñas tiendas adaptándose integralmente a la vida del país. En los centros comerciales vinculados al campo y a las zonas agrarias y ganaderas—como lo es Concepción, en la provincia de Tucumán—, los siriolibaneses radican sus familias, cruzándose muy a menudo con la población nativa, y los hijos de polacos, rusos o yugoslavos no aprenden el idioma de sus padres, ni siquiera a decir madre o padre. Por el contrario, el gran comercio, la industria, las instituciones escolares y culturales, atraen más al español o al extranjero en general, y sobre todo a los hijos de españoles e italianos que nacieron en Argentina y que ahora, en los centros administrativos y demográficos, ejercen su profesión como abogados, médicos, profesores, etc.

Ahora un problema más, que para el antropólogo es de suma importancia. ¿De dónde proviene el inmigrante español, es decir, el aporte preponderante en la formación de nuestro crisol argentino?

No tengo a mano datos, y creo que tampoco existe una estadística que pudiera satisfacernos. Para las ciudades del Noroeste—Tucumán y Salta—, el Instituto de Antropología (hoy de Etnografía) de la Universidad Nacional de Tucumán, tiene algunos datos por los cuales no son los gallegos quienes encabezan la inmigración, como se puede oír usualmente en Buenos Aires, sino los de Andalucía y Castilla la Vieja. Los españoles, como los italianos, aportan a la formación racial argentina, en primer lugar, el elemento morfológico mediterráneo. El tipo racial atlantomediterráneo, alto, dolicocéfalo, leptoprosopo (es decir, de cara larga), leptorino (de nariz larga y estrecha), de complexión oscura (tez, cabello y ojos oscuros), tiene un lugar prominente entre los tipos raciales argentinos. Me permito observar que se manifiestan en los rasgos del excelentísimo señor Presidente Perón las características del tipo atlantomediterráneo, uno de los más varoniles y armónicos. Así es como Perón, también antropológicamente, representa a la nación argentina.

¿De dónde proviene entonces el inmigrante español? Pues bien, mencionaremos los datos que se refieren a las ciudades de Salta y Tucumán.

En la ciudad de Salta, los inmigrantes españoles son:

De Galicia	un	8,64%
De León	"	9,56%
De Cataluña	"	8,63%
De Valencia	"	8,02%
De Vasconia	"	1,45%
De Aragón	"	7,29%
De Andalucía	"	33,41%
De Asturias	"	2,91%
De Castilla la Nueva ...	"	2,55%
De Castilla la Vieja	"	16,54%

En la ciudad de Tucumán los inmigrantes españoles son:

De Canarias	un	1,00%
De Andalucía	"	32,00%
De Cataluña	"	10,00%
De Murcia	"	2,00%
De Valencia	"	2,00%
De Aragón	"	2,20%
De Baleares	"	2,50%
De Castilla la Nueva ...	"	2,60%
De Extremadura	"	2,00%

De Navarra	"	2,00%
De Vasconia	"	2,00%
De Castilla la Vieja	"	8,00%
De León	"	13,50%
De Asturias	"	10,00%
De Galicia	"	6,00%

Nuestros datos se refieren al Noroeste argentino. Las demás regiones de la República Argentina tienen todavía que estudiarse sistemáticamente con estos mismos métodos.

No hay duda que la composición antropológica de las regiones del Noroeste, del litoral, de la zona andina, de la parte central y del Sur, difieren, más o menos, de esta nuestra descripción. Pero en cuanto se distancian, es decir, en cuanto se puede hablar de elementos anglosajones, alemanes, eslavos u otros, no debemos olvidar nuestras premisas de índole biológica. Cuando se habla de franceses, alemanes o anglosajones e irlandeses, ya no se puede hablar, como hasta ahora, de una etnogénesis integral argentina, de la formación nacional argentina. Se debe admitir que todavía hay procesos étnicos paralelos al argentino. Pero en el momento en que estas entidades étnicas entren en contacto de sangre y en contacto cultural con los elementos nacionales, en pocas generaciones pierden sus características particulares diferenciales. Unicamente los españoles no cambian esencialmente. No cambian, porque—como hemos explicado—no tienen que cambiar.

No hay duda entonces que siempre el aporte español a la formación de la población argentina es aún considerable.

Pero él no es únicamente preponderante y decisivo por su cantidad numérica, por su calidad bioenergética racial en la formación postrera del crisol antropológico; él, además del factor nativo, es el único que forma la nacionalidad argentina.

En un artículo de reciente aparición, en el primer número de la *Revista de Antropología y Ciencias afines,* que se publica en Tucumán, el profesor Rodolfo Cerviño dice: "... Pero del conjunto de las naciones que intervinieron [se refiere Cerviño a la formación de las naciones hispanoamericanas] destácase España con perfiles nítidos. Abanderada de ideales ultramundanos, portadora del misterio de la Redención, señora de sí misma, consciente de su misión en la Historia, la nación española se situó desde un principio en un plano superior." Y más adelante añade: "Más de uno son, por desgracia, los que establecen un abismo entre el período llamado colonial y el independiente. Para tales, la Historia [piensa Cerviño en nuestra historia argentina] comienza con el 25 de mayo de 1810, y todo lo que haya podido ocurrir antes de esta fecha nada tiene que hacer con nosotros. Son incapaces de comprender que nacimos a la vida independiente con una cultura determinada y un determinado modo de ser; que no podemos renegar de la herencia transmitida, sino, por el contrario, afirmarnos en ella como en piedra angular que nos sirva de basamento para lanzarnos a la conquista de una personalidad propia. Pero no progresaremos en tal sentido sino buscando fuerza e inspiración en nuestras castizas y auténticas tradiciones, siguiendo el consejo de Martín Fierro:

...consérvate en el rincón
en que empezó tu existencia...

Al respeto, resulta honroso — sigue Cerviño—recordar palabras del excelentísimo señor Presidente de la República, general Juan Perón, al otorgársele, por parte de las Universidades argentinas, el título de doctor *honoris causa.* Refiriéndose a España, expresó lo siguiente: "... Como bien nacidos hijos salidos de tu seno, te veneramos, te recordamos y vives en nosotros. *¡Precisamente porque somos hijos tuyos sabemos que nosotros somos nosotros!* Por esto, sobre lo mucho que tú nos legaste, hemos puesto nuestra voluntad de seguir hacia arriba hasta escalar nuevas cumbres y conquistar nuevos laureles que se sumen a los ya eternos que supimos conseguir."

"Y en el discurso pronunciado en la Academia Argentina de Letras—recuerda Cerviño—, con motivo del Día de la Raza y como homenaje en memoria de don Miguel de Cervantes Saavedra en el IV centenario de su nacimiento, dice Perón: *"Si la América española olvidara la tradición que enriquece su alma, rompiera sus vínculos con la latinidad, se evadiera del cuadro humanista que le demarca el catolicismo y negara a España, quedaría instantáneamente baldía de coherencia y sus ideas carecerían de validez."*

EDICIONES
MUNDO
HISPANICO